A mi querido amigo
Alberto de [illegible] en
señal de amistad

[illegible]

VENUS CITEREA

Novela-Teatro. Humorada mito-satírica

VENUS CITEREA

—— EN DOS PARTES ——

Comedia de dioses y faunos, con motivos para un poema sinfónico

ORIGINAL DE

Alfredo Gutiérrez Gorostiza



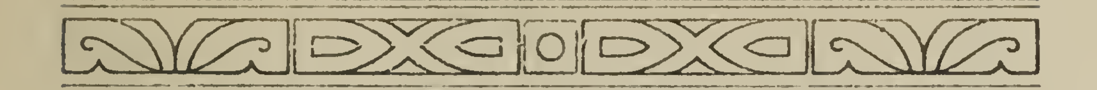
MADRID
MPRENTA DE J. LÓPEZ
San Bernardo, 19 y 21
1917

A D. Eugenio de Zárraga

compañero en las armas, incondicional amigo, cuentista inspirado y polemista formidable, como prueba de amistad acrisolada e imperecedera

El Autor.

No me importa que el vulgo, despiadado,
mal clavar pueda su malicia.
De agua pura, el torrente desbordado
tiene la entraña.
Lleva el oro en su brillo la justicia
y el caballero en su lanzón la hazaña.



AL QUE LEYERE

No gustó al poeta seguir el cauce que sus hermanos espirituales encauzaron en estos tiempos modernistas, ni toleró aires de protección, ni gestos intencionados. Logró mover sus monigotes en el terreno de la farsa sin miras de lucro, huyendo de la vulgaridad en el decir. Algún altivo señor, con aires de protección, vino a indicarle el camino por donde el cuerno de la abundancia es próspero para todos. A título de gran valía hubo quien, desinteresadamente, quiso dispensarle la merced, poniendo el talento, inspiración y pluma en su provecho.

Gracias, señores míos, por vuestros rendidos y desinteresados cumplimientos, y extiéndanse éstas a cuantos consejeros venían aumentando mis inquietudes y temores con sus juicios de hombres de valía en lo que al teatro se refiere.

Cierto que, visto el parto desde el punto teatral, es algo menos que imposible su representación, y

no ya por las dificultades que el tinglado acarrearía, sino por el mismo diálogo, en el que, a sabiendas, hice extenso en varios parajes y de difícil dialéctica en otros; pero sí me es lícito hacer una salvedad (y esta caerá de su peso si se observa mi detenimiento en la descriptiva durante el curso de toda la obra), veréis esta novela teatro, que así es, no ha sido escrita para representarse. Dos fines únicamente perseguí: buscando bellezas, arrancar de mis abortos un trozo de literatura, que bien puede inspirar a este o aquel músico un gran poema sinfónico, y poner en solfa, cosa que ha de traerles sin cuidado, a los dioses olímpiacos. Ahora, avisado lector, eres el llamado para señalar mis equivocaciones.



INVOCACIÓN

Sabio encantador Merlín, turbas mi sueño continuamente. Tu efigie retratada en los sauces llorones contemplo. Nadie mejor que yo puede sentirte; pero no cantarte como quisiera puedo y lloro. Jamás príncipe del ingenio tu regia galanura de dicción pudo sujetar al pico de su pluma. ¡Ah, tus barbas, bruñidas de plata, porque valen un imperio!... ¿Quién mejor que la límpida masa de un tranquilo pantano pudiera retratar? ¡Ah, tus verdes ojos, hermanados en el tono, a las profundas corrientes cristalinas cuando el día es claro, y el Sol, todo oro, relampaguea espléndido. ¡Ah, tus orejas, que alas de murciélago son! ¿Y qué de tu cara de zorro, compungida y triste, que finge lloro y ríe!? De lagarto tienes el corazón, condenada el alma y de atleta el cuerpo, aunque tu roja túnica lo disimule por lo amplia, y más tú, encorvándolo caprichosamente; que los años te son leves he leído en la faz austera de Saturno, y

a pesar de las enconadas luchas en que pensaron los más fuertes desmembrar tu poderío, eres, como él, rey longevo y multimillonario de la vejez y te respeta como un hermano, ¿por qué? Siempre hermanada va la Astucia con el Tiempo. ¿Por qué?... Del tiempo son hijos todos los seres y todos los seres tienen astucia. Sin temor de morir, te ríes de la muerte, que es el Tiempo inmortal. Todo lo existente es ser. El Tiempo es Ser. Sobre todos los seres ejerce su acción la Astucia; luego tú eres inmortal, viejo Merlín. La experiencia de tu vida larga te hizo ser pensador profundísimo, narrador sublime y protorador. Y si jamás príncipe del ingenio tu regia galanura de dicción pudo sujetar al pico de su pluma..., ¿qué he de leer yo en el libro de la vida, donde dejan grabadas historias, que han sido tejidas en perlas, tus manos de artista? ¿A qué turbar mi sueño te aferras? ¡Hay para volverse loco! Óyeme, gran bufón, ¿qué pretendes de mí cuando susurras en mis oídos, tú, que eres todo astucia?... Quiero, cuando los aquilones del crudo invierno lleguen, no creas de gosampino las plantas que tengan sus peciolos y cálices nevados. ¿Y qué musican tus labios fofos muy antes que por la aurora los blancos potros de Apolo viertan en el ambiente los primeros rubíes y granates precursores del día que se aproxima, que tanto tiemblan tus barbas blancas cuajadas de nieve? Si eres lumbrera, vete a inspirar a otras lumbreras, o cuando menos, a

quienes marchan por el camino de serlo, que de sobra existen, y déjame dormir en paz. La enorme carga de tu visión aparta de mi cerebro. Quiero cantarte, no puedo y lloro, y sufro al pensar de tu personal astucia, haga caricatura y no retrato mi buena intención.

Pero... ¿qué hacer? ¿Han de quedar tus proezas relegadas al olvido? Temblando tomo la pluma para contar de aquellas tus burlas contra las divinidades paradisíacas, y sólo la gran admiración que despiertas en mi fantasía hace que empiece a bosquejar de tu perfil inconfundible y perpetuo la grotesca caricatura.

PERSONAJES QUE INTEGRAN LA OBRA

Venus
Juno
Minerva
Diana
Electra
Tetis
Las Pléyadas
Las Horas
Atropos
Lequesis
Cloto
Tisifona
Megeria
Alecto
Aracne
Rocamandona
Nayades
Nereidas
Sirenas
Alope
Bacantes
Bailarinas
Plañideras
Merlín
Saturno (1)
Júpiter (2)
Vulcano
Mercurio (3)
Baco (4)
Orontes
Ricoticoplas
Gibraleón
Hércules
Milón
Lor Squirrels
Sigilón
Morfeo
Momo
Mar Lívico
Arisco
Sileno
Pan
Falso Basilio
La Muerte
Soberano y Príncipe
Licenciosos
Tritones
Centauros
Los pecados capitales
Corte de Sátiros

Todos los dioses vestirán los trajes apropiados, según la Mitología

(1) Durante el curso de la obra se le designa también Cronos y Tiempo.
(2) Stator, Jove, Diespiter, Lapis, Tonante, Denio, Capitolino y Ammón.
(3) Mensajero y Hermes.
(4) Biforme y Bronio.

PRIMERA PARTE

VENUS CITEREA

NACIMIENTO

ACTO PRIMERO

El fondo del mar en la isla de Citeres. Pedruscos, rocas, conchas gigantescas, crustáceos, madréporas, tetracoralideos y esponjiarios.

La luz será muy opaca hacia el fondo, más perceptible en el centro y verde clara en la superficie. Por la parte superior las rizadas aguas corren chocando con los agudos riscos y acantilados de una parte de la Isla formando un manto de espumas. De día. Azul el cielo, rompiendo la monotonía de su color una blanca nube hacia el fondo. Sobre las rocas las tres deidades hermanas que hilan, sostienen y cortan la vida: Lequesis y Cloto, sentadas; ésta, desenredando el hilo enmarañado de la vida; aquélla tiene el huso que jamás abandona, y de pie la milenaria Atropos con sus tijeras gigantes, a cuyos filos el hilo de la existencia se parte y desaparece.

ESCENA PRIMERA

Atropos, Lequesis *y* **Cloto**

Atropos. Es preciso desenojar a Júpiter.

Lequesis. Sí, sí, va siendo hora de que el dios del Olimpo se compadezca de nosotras.

Cloto. Abrumadas de trabajo...

Atropos. Viejas decrépitas que no tenemos un momento de reposo, y lo peor todavía tener que alternar con las malditas hijas de Aqueronte en el Orco.

Una voz. Las cinco; Atropos, cumple con tu deber.

Atropos. Cloto, pon el hilo tirante que voy a cortar.

Cloto. *Sosteniendo tirante con las dos manos una porción de hilo.* ¿Por aquí, hermana?

ESCENA II

Dichas *y* **Merlín,**

surgiendo de entre las rocas.

Merlín. ¡Vieja Parca, deten tu mano un momento, no cortes todavía!

Atropos. No puedo demorar un momento el mandato de la mediadora del Tiempo: Némesis ordena que ponga fin a tu vida.

Merlín. Severo, rígido, es el mandato de Némesis. Demasiado sé que su compás se clava en el Tiempo midiendo a Saturno perfectamente, mas según sus cálculos hace dos minutos tenía que haber muerto y...

Atropos. ¡Qué importan dos minutos en el horario de Saturno!

Merlín. Si tú misma lo dices ¿por qué no me dejas vivir dos años más?

Atropos. ¡Dos años más!?

Merlín. ¿Qué es para el infinito un yerro de diez y siete mil quinientas veinte horas?

Atropos. *Haciendo ademán de cortar.* ¡Basta, ni un minuto más!

Merlín. *Sujetando la mano de Atropos.* ¡No cortes, no!

Atropos. Déjame hacer. Temo, de la espada de Némesis, la venganza por mi desobediencia.

Merlín. *Apoderándose de las tijeras.* ¡Ah, ya son mías!

Atropos. ¡Ladrón! ¡Suelta las tijeras, o en su defecto no tardarán nuestras quejas en llegar al Olimpo!

Merlín. ¡Cállate! Eres de las hermanas las más grulla y la más vieja. ¿No ves cómo las demás callan? Tus alaridos no los llevará hasta el Cielo el Eco de las montañas; Tonante, con sus truenos, los anulará; rugirán tus quejas por la Tierra no más, y sólo se enterará Cibeles y su consorte Saturno de mi latrocinio, a éste ya le he burlado, como acabas de ver; aquélla es demasiado madraza para desear mal a alguno de sus hijos, y por si acaso, Eolo llevará hacia el Tártaro tus lloros; mas como el Can Cerbero ladra más fuerte que tres perros dogos y el yunque y martillo de la fragua de Vulcano

nunca duermen, de presumir es que el dios forjador de los rayos de Júpiter no te atienda ni poco ni mucho.

Atropos. ¡Dame las tijeras!

Lequesis. ¡Dáselas!

Merlín. Contra estas duras rocas pudiera mellar sus filos y hacerlas inútiles.

Atropos. Tus esfuerzos serían nulos, no en balde las templó Vulcano.

Merlín. ¿Y si las arrojo al mar?

Atropos. Neptuno me las dará.

Merlín. Sabes demasiado que nadie puede quitármelas si las retengo en mi poder. Ya la muerte, para mí, es un mito. Todos los dioses del Olimpo serán impotentes a sustraer el aire vital de mis pulmones y viviré eternamente. ¿Quién podrá matarme, si el instrumento de la muerte está en mi poder? ¿Qué dices, Atropos?

Atropos. Reintégralas a su dueña y alargaré tu vida un quinquenio.

Merlín. Tanto tiempo no era menester cuando lo supliqué, y ahora quiero vivir más de tres lustros.

Atropos. ¡Sea; devuélvelas y verás cuánto vives!... Yo ordenaré a los habilidosos Cíclopes forjen tu alma, y de tu cuerpo hagan la efigie para que ésta, en su Ponto, Carón la traslade al Orco, donde debieras estar ya hace un cuarto de hora purgando todas tus

astucias y maldades, y así, Némesis no te echará en falta.

Merlín. No siembres, vieja Norna, tus falaces decires de gayolas más o menos ingeniosas. Si a pájaro me comparaste hiciste mal no hacerlo al águila caudal, que remontando su vuelo por encima de las nubes no le importan los rigores de las chaparradas. Cuanto quisiera puedo vivir, no aspiro a tal pretensión por carecer de las divinas manzanas que preservan de la vejez; aunque muchos fueran mis lamentos tendría que hacer renunciación; la divina Hebe no descolgaría para mí, del árbol sagrado de Pomona, la milagrosa fruta que mata el venidero germen de la decrepitud; y para vivir siendo cada vez más viejo, una y mil veces prefiero la muerte, a su debido tiempo, es decir, cuando yo la solicite. Mas, harto he hablado de cosas que no os competen, y a buen seguro os dijera abur y quedárame con tan devastadoras tijeras, si no me viniere en ello un gran perjuicio, que no os concedo aquilatéis. No os será profano, que en las artes cabalísticas soy demasiado diestro. Dos años de asiduos trabajos no son de despreciar, y como recompensa de tanto sacrificio el verbo de la sabiduría vino a enquistarse en mi cerebro; alumbrado por las divinas luminarias del convencimiento

obro; conseguí remontarme al más alto pedestal donde la astucia se erigía, y por sus mismas escaleras la precipité al abismo, usurpando su trono. Yo, que he sabido poblar la Tierra de brujas y trasgos; hacer repugnante vehículo de hidrofilidos a las tranquilas masas de agua dulce, donde mis enemigos sedientos solían posar sus labios, sabré, asimismo, granjearme la benevolencia de los dioses para alcanzar de ellos cuanto en gana me viniere. Por lo pronto, ya cuento con la ayuda de las Nornas, que no es poca; una negación por vuestra parte equivaldría a denominar vuestros pechos flácidos fundas de la flamígera runa de Marte.

Atropos. Paciencia, y no poca, tenemos escuchándote.

Merlín. Qué remedio, si conmigo intransigente no hubierais estado, ¿quién sino tú tendría las tijeras? ¿Quién sino vosotras tendríais el regocijo en el alma? Pero como, a lo que parece, os encuentro en más disposición de secundar mis caprichos, deciros sé que Merlín nunca solicitó de un favor sin pagarlo con creces; a cambio de vuestro sacrificio pequeño, tenerlo por revelación cierta, Júpiter os abrirá los celestes pórticos del Olimpo. Y no echéis a socarronería o embuste el hilo de mis profecías. A nada práctico me conduce mentir en esta ocasión.

Lequesis. *Burlándose.* ¿Te figuraste es tu existencia tan precisa para Júpiter?...

Merlín. ¡Oh, vieja hilandera! Para ti Minerva no te fué propicia; eres tan veloz pensando, como rápido el caracol caminando.

Lequesis. No, lo que sucede es que estando dotada de una garganta colosal, pasan por ella gigantes ruedas de molino sin atragantarla.

Cloto. Eso sí es verdad.

Atropos. Callaros, hermanas, que se explique, aunque no doy por sus palabras lo que un mal remedio a una enfermedad, y aun doy menos por su conciencia. Mientas o no, estas tres diosas feas y viejas te obedecerán en aquello que las mandases. No olvidemos que bajo la red de tus astucias caimos.

Merlín. Así me gusta veros, sibilas; sumisas nada tenéis que temer, pues no tengo porqué irritar la serenidad de los dioses. Aun si fuereis bellas y jóvenes, pudierais tener algún reparo que mis venas se encendieran y a mis labios subiera el deseo de gustar el agua en la taza del jardín afrodisíaco de vuestra pertenencia; pero siendo, como acabáis de confesar, decrépitas y feas, y aunque no lo confesarais, fuera lo mismo; tenéis que deducir por justa conclusión que, aunque fueren malísimos los deseos que me animaren, en el rosario de vuestra vida no pudiera adicionar más peso que la carga

de vuestro trabajo, vuestros años, fealdad y horrible suplicio en el Infierno.

Atropos. ¿De manera que dices...?

Merlín. Sí, a protegeros vengo, porque indirectamente, porque de rechazo cuanto bien os haga redundará en mi beneficio.

Lequesis. ¿Y qué debemos hacer?

Atropos. ¿Cómo subiremos al Olimpo sin irritar a Júpiter?

Merlín. Ofrendándole un presente digno de su regio trono.

Atropos. ¡Oh, pobres de nosotras!... ¿Y qué regalo podemos darle?

Merlín. A Venus Citerea.

Atropos. ¿Una diosa acaso?

Merlín. Sí, el verbo de la Hermosura y de la Gracia que va encarnar en ella.

Atropos. ¿Y quién nos dice si a Júpiter...?

Merlín. Se le trastornará el sentido y caerá en los divinos lazos de sus hechizos. *Dándole las tijeras.* Si queréis permanecer eternamente en el Orco, cortad el hilo de mi vida ahora mismo; si no, esperaros a que hable y hacedlo después, si os place; mas tened en cuenta que mi hijastro Lor Squirrels, por haber logrado beber el néctar divino de la copa de Némesis, se hizo dios, y en cuanto la orden de la Venganza por vosotras fuere ejecutada, él tornaría a la reina de la Belleza en horripilante engendro, y el dios Olím-

piaco, cargado por burla tanta, sobre vosotras descargaría la venganza toda acumulada en sus rayos de fuego.

Atropos. Cuanto fuere tu capricho vivirás; mas no nos tortures; ilústranos, sabio encantador. ¿No ves nuestra impaciencia? ¿No deduces de nuestro acento la mortal ansiedad que nos embarga? ¿Quieres que para ti sepamos hacer renunciación de nuestra categoría de deidades?... Sea. ¿Reclamas seamos tus esclavas?... Sea. En prenda pide lo que quieras; si de nosotras está el concederlo, sea, a cambio de tu mágica revelación.

Merlín. Quiero, no más, que vuestras tijeras no tengan virtud para anular mi vida hasta que yo lo ordenare.

Atropos. Concedido.

Merlín. Pues bien. El Cielo y la Luz están de enhorabuena; de sus repetidos coloquios el fruto germinó, y va a descender en forma de larva, que caerá precipitada al mar, al mismo tiempo que el rubicundo Apolo vierta sobre Vesta su última lágrima.

Dentro de esa nébula blanca la viva crisálida retuércese por romper la hipsípila que la aprisiona; los vapores densos se infiltrarán a través del seno líquido de palpitantes cristales, vehículo indispensable, sin el cual el divino milagro de la metamorfosis fuera un mito.

Y he aquí lo más esencial, viejas Parcas no echéis en el olvido lo que tanto trabajo, tanta astucia y sudor me ha costado averiguar... que en tonto hubiera obrado por tan largo tiempo y en balde resultara me alargarais la vida, pues la profecía de mis palabras no os bastarían para escalar el Olimpo.

Las Horas que presiden la Noche, enteradas del próximo nacimiento de Venus, vigilarán estos contornos; a estas hermosísimas jóvenes, hijas de la diosa Temis, Lor Squirrels, por mi mandato, las hará experimentar una sed abrasadora, haciendo impere el caluroso Abrego. El ánfora que a vuestros pies descansa llenarla de hidro-miel, al que agregaréis esta pócima soporífica; fiadas de vuestros venerables rostros y albas canas, solicitarán de vuestras manos la bebida, y como la Noche es siempre propicia a provocar el Sueño por reinar durante ella el dios Sigilón... suavemente mecido Morfeo, con sus alas de mariposa, descenderá de la región humbría del eterno descanso, dejando en solemne reposo a las Horas; y así, sin solícitos cuidados, la diosa Venus, encargada de inspirar el Amor por todos los ámbitos del Universo, al venir el Alba del siguiente día, de las entrañas del Mar, en una gran tridagna surgirá. Ya, sin las molestas guardianas, que a todo trance lo impedirían,

llevváis al regio Alcázar de los dioses a la más acabada hermosura de la Creación; de la diosa hacéis entrega a Jove, que por tan señalado favor os lo tendrá en cuenta y alcanzaréis la gracia que pidiereis.

Atropos. No echaremos en olvido tus sabias indicaciones.

Merlín. Que tengáis memoria de todo os repito.

Dice y desaparece, perdiéndose en la niebla espesa que durante esta escena y de una manera gradual irá aumentando; durante la misma habrá sufrido la luz la decoloración propia del Crepúsculo, y por la mar rizado, en su regia cabalgata el ínclito Neptuno, seguido de su corte de Tritones y Nereidas, volverá de su diurna expedición, siendo saludado a su paso por las Náyades de las corrientes de los ríos, que vertiginosas bajan por las resquebraduras de las rocas y por la línea de máxima pendiente.

Desaparecen en el abismo todos.

Durante el paso de las divinidades marinas, bronca tempestad precedida de relámpagos y lluvia copiosa con los agudos cantos de las Sirenas invadirán la escena.

Las tres sibilas deidades retirándose.

Lequesis. ¡Oh, cómo ruge el dios irritado!

Cloto. ¡Huyamos a su furor!

Atropos. Mala noche hace en verdad; cobijémonos y andemos muy prevenidas, porque no para buen fin, a lo que parece, Tonante hizo caminaran las arañas por el suelo.

Aracne, la bella doncella de Lidia, la misma que Palas castigó por su orgullo y osadía a serlo, con patas de migale y rostro de mujer, seguida de otras no menos corpulentas y espantables caminarán en larga procesión, haciendo presa de todo bicho viviente.

Las nubes se irán condensando en la superficie del mar. La tormenta irá perdiendo gradualmente su intensidad en la lejanía, y el Cielo, nimboso, barrido por Boreas, dejará sus caracteres de tal. Poblará la escena de sonoras carcajadas el dios de la Eterna Farsa, a pesar de ser hijo de padres tan obscuros y sosegados como me lo parece son la Noche y el Sueño, de los cuales nació Momo, seguramente con el mal propósito de desmentir, entre muchas cosas, aquel refrán que dice: "De tal palo, tal astilla". Vendrá vestido de máscara para significar cuán falso es; de la siniestra asido un polichinela de madera y una careta en la diestra, arma de que se vale para trocar lo real en ficticio; dará lúbricas cabriolas, grotescos saltos, golpeando varias veces las rocas con el muñeco de palo, de las cuales saldrán los siete Pecados Capitales encarnados en el hombre, desempeñando cada pecado su propio ejercicio.

Muchos magnates y poderosos, etc., entre los cuales se verá alguno que otro poeta y escritor de poca monta, formarán el reino de la Soberbia por sus apetitos desordenados de querer ser preferidos a otros más modestos y de méritos indiscutibles.

La Avaricia estará caracterizada por viejos, en su mayor parte nadando en oro, sin que por esto quiera decir que entre ellos, en el mismo baño de deseos de hacienda, encenagándose hasta dejarlo de sobra, no conviva algún joven.

Las numerosas divinidades campestres, mitad cabras, mitad personas, presididas por el cornudo y sátiro dios Pan, y seguidos de tantos mortales que en el mundo gustaron del nunca bien experimentado manan-

tial de la Lujuria, en pleno ejercicio de sus funciones danzarán por la escena. Aquí la prudencia aconseja de entre mis amistades no cite algunos nombres que muy bien podrían ser consignados.

Presidido por las tres Furias, el imperio de la Ira, con sus venganzas desordenadas, se le verá actuar.

El reino de la Gula lo formarán Tántalo y todos sus secuaces, entre los cuales no han de faltar los clérigos en gran número.

Mujeres y niñas ojerosas y pálidas, hombres y muchachos con el rostro del mismo color, con la terrible enfermedad llamada tristeza por el bien ajeno, habréis de comprender que formarán en escena el sexto pecado capital muy bien llamado Envidia.

Como asimismo formarán el séptimo, de la Pereza, aquellos mandrias que viereis tumbados en el suelo sin hacer nada de provecho ni importárseles un bledo que delante de ellos los demás pecados sacien todos sus apetitos, y aunque los efectuaren con sus parientes próximos, no fueran diligentes con tal de no romper el encanto que les proporciona el suyo.

Mas cuando el Mensajero Mercurio, en su vara mágica de luz y de serpientes, lleva a otros ámbitos el postrer latido de Apolo, se perderán tras múltiples peñascos de la Isla Momo y los representantes de los siete Pecados Capitales; y traídas, por Abrego, del Cielo, envueltas en sus transparentes y negras túnicas, las Horas de la Noche con las aves (1) que las caracterizan bajo el brazo, llegan empujando hacia el mar un gigantesco cúmulo, que caerá precipitado en el fondo de las salobres aguas donde se verificará la metamorfosis de la nube en Venus, según la profecía de Merlín.

Habiéndose despejado el Cielo, se verán las seis Pléyadas, su errante hermana Electra en forma de cometa

(1) Vespertilios o murciélagos.

y las demás estrellas. Diana brillará majestuosa, iluminando las siluetas de las Parcas que, entrando de nuevo a escena, se acondicionan sobre las peñas y fingen trabajar.

Como la Noche nunca amó al dios del Bullicio, las Horas de ella, por medio de la mímica, harán comprender a las Hilanderas la sed que las abrasa. En una copa cristalina, sostenida por Atropos, Cloto verterá parte del brebaje que el ánfora contiene y se repetirá la misma operación hasta que todas las sedientas hayan mitigado sus deseos. Por haber sido provocado el sueño, la Naturaleza parecerá dormir; las procelarias se recogerán para entregarse al sueño; las gaviotas cesarán en sus molestos graznidos; los insectos no se aventurarán a emprender el vuelo; su canto monorrítmico perderá la mar; las Horas dejarán de velar, y todos los seres, en el más completo mutismo, fingen sopor al paso silencioso de Morfeo, que llega vertiendo por la Isla las adormideras que siempre consigo trae, sin poderse sustraer del encanto Lequesis, Cloto y Atropos, cayéndoseles al suelo la rueca, el hilo y las tijeras.

Quedará el ambiente envuelto en una desesperante tranquilidad y la lívida y respetable silueta de Morfeo en las sombras, lentamente, se irá desvaneciendo.

Surgiendo Merlín.

Dicho. ¡Oh, Merlín! Orgulloso, en verdad, puedes estar de tu resonante triunfo; sudores, no pocos, me costó realizar mi pensamiento; pero ya las Horas no rigen en el horario del Tiempo, y a todos mis enemigos mi astucia los hizo dormir. ¡Roncar viejas Parcas, cegatas, majaderas, fieles instrumentos de mi amor! ¡Ojalá nunca despertéis de vuestra

ignorancia crasa, y ya que en estos instantes estáis imposibilitadas de todo recuerdo, cuando se rompa el encanto que os mantiene privadas, que no llegue a vuestros cerebros el engaño de que habéis sido objeto por mi parte! ¡Júpiter poderoso!... ¡Contra ti esgrimo mis armas, y no se ha de cumplir el destino fatal de que las Horas te ofrenden a Venus! ¡Venus es mía! ¡Durante mis sueños fué la señora que me atormentaba! ¡Durante la vigilia fué quien me hizo pensar, más de una vez, que mi roído corazón, ¡no! no palpitaba al cálido deseo de la astucia solamente, si que también nació el cariño... que al cabo le es dado a este viejo el milagro de la resurrección del amor, a pesar de las muchas invernadas que trocaron mis escuetos cabellos del tono de la nieve! ¡Asimismo Céfiro, bondadoso, en la estación primaveral, a los robles añosos y a las encinas milenarias cubre de brotes verdes!

¡Oh, Diosa divina! ¡En el fondo de una gruta tienes erigido un templo donde vivirás regalada de mis solícitos cuidados! ¡Sal de las entrañas líquidas presto, que voy a darte un beso lúbrico y raptarte impunemente ahora que nadie lo impide; flores no han de faltar en tus jarrones. . y en aquel recinto, encerrados, procuraré que tu vista se recree sólo en mí y más tarde en tus

hijos que has de cuidar solícita!... ¡Sal, Venus, sale!

¿Pero qué ruido atronador llega hasta mí? ¿Quién será el importuno que aquí se acerca?... ¡Ay de mí!... ¿Podré ocultarme? Ya llegan las tres Eumónides, hijas de la sangre que brotó de la herida que el padre Saturno, en lucha cruenta, infirió a su divino hijo Júpiter en el río Aqueronte. ¡Si vienen contra mí no podré sustraerme de la venganza de los dioses!... ¿Dónde me ocultaré, para que sus encendidas teas no me descubran, ni las mordeduras de las venenosas sierpes, que consigo traen, hagan presa en mí?... ¿Por qué apurarme? ¿No me sirve este sombrero, que Júpiter mismo ordenó a su hijo Vulcano forjase en su fragua, con el cual me hago invisible siempre si sé ponérmelo del revés?... ¡Ah, Tisifona rabiosa! ¡Ah, bruja Megeria! ¡Ah, furiosa Alecto!... ¡No serán, ciertamente, estas mis costillas quienes sepan el número de trallazos que con vuestras fustas descargaréis, sin llegar a saciar la sed de vuestras venganzas!

Durante este período se dejará ver y oir el furor de Tonante bajo la forma de relámpagos, rayos y truenos... La voz de Merlín seguirá sonando en escena para indicar que este personaje, aunque no se le ve, está en ella; y del profundo Averno, rodeadas de un círculo de llamas, surgirán las Furias.

ESCENA III

Dichos *y* **Tisifona, Megeria** *y* **Alecto**

Tisifona. Justo es el incomodo de Júpiter, y hemos de vengarlo nosotras. Los murciélagos huyeron de las manos de las Horas, regresando sin ellas y antes de tiempo al Olimpo. Enfurecido el dios hizo a su horrible hermano Plutón, rey nuestro, y señor del Infierno, llegar hasta su excelso trono y le dijo:

Te ordeno digas a las Furias, que sobre los causantes de tanta burla descarguen todos sus malos gases, y para que cumplas fielmente mis mandatos, toma, y le dió tan soberano puntapié, que el dolor le hizo acelerar la marcha tanto, que, del Olimpo al Orco, sólo invirtió tres minutos con cincuenta décimas.

Venía echando por esa boca veinte mil pestes a un tiempo, y con dolorosos rugidos, mientras sumergía la parte dolorida en una caldera de pez hirviendo, cosa que le sentó muy bien, nos dijo:

Partid, hijas de Aqueronte; que vuestros látigos no descansen; caigan implacables sobre los que alguna redada tendieron a mis sobrinas las Horas, hijas de mi enfurecido hermano.

—¿Y quiénes fueron los dañantes?, atrevime a replicar a Plutón.

—Pues, hijas, tenéis razón preguntándomelo, pero no lo sé.

—Preguntádselo a Júpiter, insinué.

—En eso no tenéis razón, averiguarlo vosotras, pues sois mis esclavas; ganas no tengo de que mi hermano vuelva a repetir sus furores sobre mis posaderas reales.

Megeria. Todo eso está muy bien; pero... ¿cómo averiguar quiénes hicieron el mal?

Alecto. Si no me equivoco, allí duermen las Parcas, despertémoslas...

Tisifona. Bien dices, ellas saben el presente, pasado y porvenir... de dudas nos sacarán.

La voz de Merlín. Con seguridad no os harán caso, hijas, esas astutas viejas fingen dormir por no obedeceros; pero bien despiertas hace un momento las he visto.

Tisifona. Quien quiera seáis, mortal o dios, a conveceros os moverá el furor de nuestros látigos sobre las espaldas de las sibilas si callan obstinadas.

La voz de Merlín. Veamos el milagro que las fustas terminadas de finos flagelos hacen, y a mi modo de ver no será otro que de llenar de verdugones y sangre el cuerpo de cada Parca.

Tisifona. *Acercándose a las deidades dormidas*. ¡Atropos! ¡Obedece!... Llegamos aquí

mandadas por Plutón, porque así es la voluntad de Tonante. ¿Tú y tus hermanas, a las mías y a mí, nos podéis poner sobre la pista de quién durmió a las Horas?

La voz de Merlín. Eso es pedir naranjas en desierto arenoso; no te canses, Tisifona; empleando el exhorto no conseguirás de las Hilanderas nada; otro tanto acaecerá si dejáis sobre sus espaldas las bárbaras señales de vuestros implacables látigos; por efecto de los años tienen la pelleja muy dura estas tres deidades, y, aunque la sangre chorreare por sus cuerpos, más bien tomáranlo a caricias que a cosa otra alguna.

Alecto. ¡Cloto! ¿Nada quieres tú decir tampoco?

Megeria. ¿Te son, Lequesis, a ti también indiferentes nuestros ruegos?

La voz de Merlín. Ya lo véis cómo callan las hipócritas.

Tisifona. ¡Hágase paso la violencia! ¡Vosotras lo quisisteis! *Sobre las tres dormidas caerán los látigos de las Furias con encarnizamiento, durante algún tiempo.*

Dicha. ¡¿No respondéis?! ¡Toma, toma!

Alecto. *Golpeando a Cloto.* La tralla os pondrá en razón.

Megeria. *Haciendo con Lequesis, igual que con Atropos, Tisifona.* ¡Pero, ¿no habláis?!

Tisifona. ¡Obstinadas viejas, ¿qué os habéis figurado?!

Megeria. ¡Qué os habéis creído?!

Alecto. ¡Contestad presto, tercas!

Megeria. ¡Groseras!

Alecto. ¡Indignas!

Megeria. ¿Desobedecéis a los dioses que son más poderosos que vosotras!?

Alecto. ¿De nosotras os estáis burlando?... ¡Toma, toma!

Tisifona. Irritaréis más a Júpiter de lo que le tenéis.

La voz de Merlín. No os molestéis más; las hiciereis pedazos y de buen grado lo consintieran con tal de no venderse... ¿Decidme? ¿Qué son vuestros golpes para ellas, comparados con el castigo que pudiera darles el dios Olímpico al enterarse de la urdida trama en que las Horas cayeron?

Tisifona. ¿Pero, fingiéndose las sordas, no irritan a Capitolino?

La voz de Merlín. Sí, ciertamente... ¡pero si hablaran!... de seguro le enfurecerían más.

Tisifona. ¿Y tú, quién eres que así nos hablas?

La voz de Merlín. ¿No me conocéis? Soy la voz del Oráculo. ¿Por qué no me interrogasteis desde el primer momento y vuestros deseos hubiereis satisfecho?

Tisifona. Al Oráculo intercedemos por mandato de Ammón.

La voz de Merlín. Por su poder inconmensurable estoy a las órdenes del dios. Id pre-

guntando. Mas antes, porque así lo desea el dios irritado, con las tijeras de Atropos que yacen en el suelo, a ella y sus hermanas habéis de cortad la lengua, para que en lo sucesivo sean reales sus fingidos mutismos.

Tisifona. Y que nos place ejecutar tal orden.

Una vez ejecutada por las Furias la bárbara sentencia de Merlín, con lo cual se le realizaron los deseos de dejar a las Parcas imposibilitadas para lanzar contra él acusación alguna, dice:

La voz de Merlín. Voy a satisfacer vuestra curiosidad.

No os será desconocido el mal humor de las Parcas, puesto que habéis visto repetidas veces cómo se quejaban de alternar, en el Averno, con Eaco y sus secuaces.

Hartas de ver la horripilante mueca de impiedad que desde el Olimpo las dirigía el poderoso Lapis, se les inflamó el cerebro de tan descabellada idea, que otra tan singular y peregrina no brotó en cabeza de dios alguno. Consistía ella, nada menos, en engañar a Júpiter, haciéndose pasar las Parcas por las Horas de la Noche, para lo cual, en ese cántaro que habían llenado de hidromiel, bebida que tanta aceptación la dispensan las deidades, mezclaron dos semillas de la vara de Morfeo, que a ex profeso, la noche anterior, habíanle arrebatado para

conseguir dormirlas, cambiar de vestiduras, entrar en el Olimpo, gustar de la fruta de los dioses que quita la fealdad y da la juventud y pasar estas falsas por hijas del dios y de la diosa Temis, mientras las auténticas, a quienes seguramente, si no hubierais llegado vosotras tan oportunamente para impedirlo, las habrían puesto ya sus ramplones trajes y cargado con las tijeras, el hilo y la rueca, dejándolas discurrir por aquí, hasta que Plutón las llamase a su cálida morada, las confundiera con las Parcas auténticas, y el Tiempo, que no perdona, tornaríalas en breve en horribles criaturas.

Tisifona. Permite, Oráculo, creo que desbarras. ¿Si las Horas de la Noche son doce, como otras tantas son las del Día, no creo a Denio tan profano que no conozca la tabla de sumar y en el reloj celeste tome quince por veinticuatro Horas; como asimismo Vulcano, aunque le trajere provecho, no dejaría de extrañarle ver doce Parcas en lugar de tres.

La voz de Merlín. Veo discurres como todos los demonios, sin reflexión y no te piques por ello. Ni yo me he equivocado jamás en mis apreciaciones, ni le creo a Denio tan poco dado en números, ni tan burdas, aunque lo son bastante, esas viejas señoras deslenguadas que fingen dormidas tan atroces dolores, para que se fueren solas al Olimpo y

Stator se tragase la píldora. No es eso, Tisifona. Las Parcas se irían con nueve Horas al Olimpo un poco antes de rayar el alba, y, antes de ver a Júpiter, tomarían del árbol de Pomona las consabidas manzanas.

Tisifona. ¡Ah, pícaras!... ¡Comprendida la enorme trama perfectamente! Quédame sólo una duda. ¿Antes de llegar a la mansión de dioses las nueve Horas, no se extrañarían viendo lo feas y viejas que tres de sus hermanas se habrían puesto?

La voz de Merlín. No es misión mía el contestar esta pregunta; pero es de presumir que la Noche a propósito es para no dejar ver imperfecciones y que, a buen seguro, y más de lo que la prudencia aconseja, sus fealdades las Parcas hubieran ocultado entre las túnicas.

Es cuanto tenía que manifestar. Ya estáis sobre el buen camino de la verdad resplandeciente, y ahora os toca sólo vigilar, más que nunca, los pasos de estas tres viejas que jamás deben salir del Orco y de vosotras corre impedírselo bajo riesgo de contrariar, si no lo hiciereis, al dios de los dioses; mirad muy bien porque estas, sus palabras, que el Oráculo repite sean obedecidas, y a más preguntas que me hiciereis no he de cansarme en responderlas. ¡Ea! Id llevándoos las Parcas al Infierno.

Cada Furia cargará con su correspondiente Parca, desapareciendo en el abismo y, a renglón seguido, los blancos caballos de Apolo arrastran la rosada Aurora, que al despertar de Febo su pupila, ardiente clava en los tupidos velos que se extienden por los espacios siderales, los más puros granates; a cuya evocación se renueva el ambiente tranquilo de la Noche dejando su cauce lóbrego, por dar paso a las risueñas brisas matinales, que vierten sus perfumadas auras, a cuya emanación la Naturaleza, dormida, despierta; los pájaros, silenciosos, entonan sus melodías como de costumbre; las flores abren sus cerrados pétalos, y al copioso y quejumbroso lloro de las olas que en su giro minador se estrellan contra las rocas, la más bella entre las bellas diosas de la Mitología, llevada por un manto de albas espumas, flota en la superficie del mar que deja al descubierto sus mórbidas desnudeces.

Atacado por un acceso de salvajismo, Merlín se precipita sobre Venus estrujándola entre sus nervudos brazos. Tras breve lucha, el Mago consigue arrancarla de la tridagna gigantesca, y sin escuchar los lamentos de la diosa, ágilmente salta de peña en peña con la preciosa carga en brazos; pero cuando quiere abandonar la escena, aparecen las doce Horas del Día formando círculo; los aprisionan; arrancan la víctima al verdugo a quien arrojan al mar; rompen el encanto de Morfeo con su presencia, y por el Poniente las de la Noche, y las del Día por el Oriente llevándose a Venus, suben al Olimpo con la carga espléndida a la regia mansión de Júpiter.

Merlín. *Revolviéndose en las aguas.* ¡Locas! ¡Salvajes! ¡Soltad la presa, que es mía!... ¡Habéis de llorar lágrimas amarguísimas! ¿Por qué llegasteis tan presto? ¡Ahora me

lo explico!... ¡Maldición! ¡Tan fácil que hubiera sido apoderarme de los murciélagos delatores y haber triunfado en toda línea! ¡Traedla, traedla, que es mi mujer y os perdonaré! *Pausa.* ¿Pero... qué es esto?... ¿Me ahogo!?... ¡Hijas, sed compasivas con este pobre viejo que se ahoga!... ¡Piedad! ¡Piedad!... ¡Oh, que fría está el agua!... ¡Llevaros, sí, llevaros a Venus; pero echadme una mano misericordiosa, que el traidor Neptuno me arrastra a su reino submarino!... ¡Hasta hoy no he tenido miedo al canto de las Sirenas!... ¡Socorro! ¡Socorro!... ¡Me ahogo!... ¿No me hacéis caso?!... ¡Salvadme y me haré eremita!... ¡Pi...ii...edad!... ¡Socorro!... ¡Ay, ay!... ¡Uf!... ¡Uf!... ¡Adiós!... ¡Adiós!... ¡Ay...!

Con la mueca del terror pintado en el rostro, agitando los brazos en demanda de auxilio, Merlín se irá sumergiendo hasta tragársele por completo el mar. Las Horas, implacables, habrán desaparecido. Minutos más tarde Carón en su barco llegará, y valiéndose de un largo bichero, sacará el cadáver de Merlín; en su Ponto lo acondiciona, e impertérrito y majestuoso mueve los remos alejándose con dirección al Averno.

De los ojos de Febo un rayo de luz iluminará la cara del espectro.



AMORES

ACTO II

Región del Cielo en las más altas cumbres, donde el Sol de otro sistema planetario alumbrará el cóncavo infinito. Lugar donde Saturno vive sin irradiar la influencia de su longevidad sobre la materia divinizada, que ineficaz resulta para lo divino, el compás que mide el Tiempo por ser lo divino inmortal. En regio trono de albas nubes, Júpiter; bajo sus pies dormita el águila Caudal; en torno, Diana, las Pléyadas, Baco, Marte, Mercurio, Hércules y Saturno con todos.

El rey de dioses, soberano de la luz, por los espacios sidéreos vierte las lumbres de sus rayos de oro poco a poco; el águila mueve perezosamente sus poderosos remos, de sus pupilas brotan rayos de fuego y tras los más horribles graznidos salidos de sus entrañas, hiende los espacios con celeridad inverosímil. Tal que esmeraldas en racimos piramidales, la guirnalda de verdes pámpanos del sazonado fruto que corona la frente y sienes de Baco; de envidia y odio, de la vara del Mensajero penden hechos topacios los ojos de las enroscadas serpientes; del casco de Marte y de su runa flamean los más puros rubíes, y la pálida silueta de la virgen Diana, al huir de las Pléyadas, se esfuma entre neblinas. Es el agonizar de la Noche, no extinta todavía, en brazos del Día que se avecina, en esta hora crepuscular.

ESCENA PRIMERA

Júpiter, Saturno *y* **Mercurio,** *que hablan, y las demás divinidades descritas.*

Júpiter. *Desperezándose.* ¡Hermes! ¡Hijo mío! Puedes hacer partícipes a las Horas del Día de mis deseos.
Mercurio. ¿Que vuelvan al Olimpo?
Júpiter. Sí. *A Saturno.* Y tú, padre infatigable, ¿qué nuevas cuitas tienes que contarme?

Parte veloz el Mensajero para cumplir el mandato de Júpiter.

Saturno. Nada; lo que quiero no lo quieres tú.
Júpiter. ¿Por qué no descansas cuando yo velo?
Saturno. Si descansara, moririais todos, que del Tiempo estáis hechos. Desde los anales del Cielo y de la Tierra ya existía yo; mentira que fueran ellos mis padres, que cuando se formaron me formé, y antes de la formación existe el Tiempo; sin él nada se concibe. Luego... ¿qué han de ser mis padres, los que de mí necesitaron para existir?!... Y, a propósito: *Dirigiéndose a Apolo.* ¡Escucha, nieto Polo! No pongas hoy tus blancas manos en la cítara si que para reirte de las crónicas de líricos sublimes, visionarios siempre, por no tratarlos más duramente.

Júpiter. Ya que a toda fatiga te sobrepones.

Saturno. ¿Qué?

Júpiter. Despereza entonces tus enormes alas, mira porque el filo de tu guadaña no sufra deterioro, ni tus palabras traigan enojos a mi Corte; que si a respetable edad llegaste y tu perfil rígido, cadavérico y enjuto perdura y perdurará es por el amor tan grande que te profeso.

Saturno. No mis labios callaran; fuerte en mi derrota, me queda el consuelo de los destronados; a nadie agradezco las piadosas miradas de que soy objeto, y de existir los agradecimientos, a ti menos que a otra divinidad.

Júpiter. *Recriminando.* ¡Padre!!

Saturno. No merecía serlo de quien supo arrancarme el Olimpo.

Júpiter. *Con enojo.* ¡Padre!!

Saturno. No merecía serlo de mis hijos, altivo Júpiter. Dudo si tiene entrañas quien por desposeerme repartió con sus hermanos el imperio del Universo.

Júpiter. *Dulcificando el tono.* Sí; pero el fresco beso recibes de Neptuno cuando visitas los Océanos; cuando tu forma primitiva pierde los caracteres de invisible, y allí, en el Averno, te encuentras, Plutón se desvive en complacerte y afila solícito la paternal guadaña, y yo, desde este trono, ebrio de amor

por ti y por todos, pródigamente esparzo el calor y la luz de mis flamígeros rayos. Esto no te satisface; sientes la nostalgia de tu antiguo poderío; como padre eres de todos, ambicionas ser rey de todas las cosas; no te basta ser el continente, aspiras a lo contenido, a ser la unidad que rija.

Saturno. ¡Anúlame! ¡Anúlame!

Júpiter. ¡Saturno! Tus acaloros no los tomo en consideración, que de sobra sé la influencia de tu vida en la entraña de las magnitudes. Vete a perfilar tus ironías y tus gestos altivos con los pequeños, ya que ello fué condición de los poderosos, y pues está en tus atribuciones variar la longevidad de los mortales, si en ello encontraras placer en perjuicio de tu tristeza habitual, haz la vida más corta a quien te viniere en gana.

Saturno. Y que de vosotros tenga que sufrir improperios, pase; al fin, hijos sois por la rama directa; pero del zorro viejo, aborto de una virgen y un demonio, y que vive ya más de cien generaciones, ¡no!

Júpiter. ¿Hablas de Merlín?

Saturno. A quien hace diez horas envié el mensaje de que su vida ya era un mito y Némesis susurró a mis oídos que el mandato era un hecho en manos de las Parcas.

Júpiter. Entonces, ¿a qué seguir mortificando tu cerebro con tal preocupación?

Saturno. ¿Crees que no late su existencia en mi reloj de arena?

Júpiter. *Incrédulo.* ¿Hablas con seriedad o pretendes declararme la guerra con una de tus artimañas?

Saturno. Verdad dije.

Mutación.

Ronca tempestad se desencadena por la atmósfera.

Júpiter. *Iracundo.* ¡Mi enojo caiga sobre el maldito y para las deidades que no cumpliendo su cometido amparan al mortal para que por el suelo rueden los mandatos de los altos poderes! ¿¡Quiénes los Adversos que ante mi luz se amparan para calcinarlos!? ¿¡Quién esa brillante ardilla que se interpone al movimiento regular del Tiempo!?... ¡Frente por frente todos vosotros que formáis mi Imperio!

ESCENA II

Dichos, Juno, Némesis, Las Parcas, Las Horas de la Noche, Las Furias, Baco *y* **Plutón;** *hablan todos menos las mudas Hilanderas.*

Entre el fragor de los relámpagos, todas las divinidades surgen en presencia de Capitolino al imperio de su voz, temerosas, menos Juno, que indolentemente, recostada sobre una nube, aparece al lado de Júpiter, sin darse por aludida. El dios, dirigiendo su vista hacia

ella: ¡Y tú también, Juno! Agarrándola violentamente de una muñeca.

Juno. *Llena de majestad y altiveza, desprendiéndose de Tonante*. ¡Modera tu cólera y haz excepción con quien comparte tu tálamo!

Júpiter. *Dirigiéndose hacia todos.* Que mis centellas entraran en vuestras pupilas para leer en el cerebro los pensamientos de cada uno; sin distinción de castas pagará el culpable con la desposesión de sus atributos y gemirá bajo el yugo más calamitoso de cuantos hasta aquí impuse.

Las Horas de la Noche. *Volviendo hacia la faz de Denio.* Señor, detened el curso de la luz por breves momentos, que aquí nuestra presencia se extingue tan pronto nuestras opuestas hermanas entren en el Olimpo y son de interés nuestras revelaciones.

Júpiter. *A las Horas*. Haya orden. *Y dirigiendo con arrogancia y altivez la mirada hacia Némesis*. ¡Tú! ¿Por qué guardas silencio?

Némesis. ¡Ah, divino Stator! ¿No ves mi blanco traje más puro que el armiño?

Júpiter. Y vosotras, ¡malditas Parcas!, ¿qué gesticuláis? Si os llegó el turno. Hablad.

Lequesis, Cloto y Atropos, heridas por la más viva angustia, extienden sus brazos, suplicantes, y arrastrándose y de rodillas tocan con la frente los augustos pies del divino irritado, sin poder hablar, ya que por las

Furias fué ejecutada la sentencia que dictó Merlín. Tras breves momentos de espera.

Dicho. ¡Levantaos, hipócritas! Pasó el tiempo de justificarse. Obstinadas, supisteis guardar silencio. Si otra deidad no os hiciera cargos condenatorios, quedaréis, por lo menos, mudas eternamente por desobedientes. *A las Furias.* Y en vosotras delegaré, hijas de Aqueronte, el cargo de cortar a estas viejas la lengua.

Las Furias. Seréis obedecido.

Júpiter. *A Plutón.* ¿Averiguaste, hermano, lo acontecido a mis divinas hijas las Horas, como te encargué cuando huyeron, llegando ante mí, los murciélagos?

Plutón. Ordené a Tisifona, Megeria y Alecto fueran veloces a la Isla de Cíteres, donde permanecían dormidas mis sobrinas.

Júpiter. Hablen las Furias.

Una Furia. Interrogamos a las Parcas, que estaban de guardia, que por el cargo que les confió vuestro augusto padre saben el presente, pasado y porvenir de todas las cosas a través del Tiempo; pero tan pronto nos vieron aparecer por la Isla, esquivando, sin duda, preguntas, temiendo cargos de peso sobre ellas, hiciéronse las dormidas y, como ahora vuestras palabras, fueron nuestros látigos inútiles para arrancarles alguna revelación.

Júpiter. ¿Véis cómo hay tiempo para todos? Ahora, *A las Horas*, vuestras revelaciones son oportunas.

Una Hora. A Citeres llegamos por vigilar el nacimiento Venus. Ábrego, abrasador, puso en nuestras gargantas sed, *Señalando a las Parcas*, y estas malas mujeres, guiadas de una pérfida intención, que no podemos precisar adónde alcanza... *Interrumpiendo*.

Las Furias. Nosotras, sí.

Júpiter. Después de las Horas, hablaréis.

Una Hora. Con todas las apariencias de hidromiel, del mágico cuerno de la cabra de Amaltea, encerraron en un ánfora un enjuague pestilente, y guiadas por algún talento sin par con el tirso de Bronio, para mayor blasfemia dormirnos y hacernos aborrecer el néctar, juntamente con semillas de la vara de Morfeo tres huevos de lechuza machacaron. *Las Parcas angustiadas escuchan, sin poder defenderse de tan terribles acusaciones; Júpiter mira a Baco*.

Baco. *Levantando el tirso.* Cierto: Que presté el cetro al sátiro Sileno, para una reunión que iba a celebrar con unas ninfas, y al hacerme entrega de él hallélo de un olor tan nauseabundo que tuve que lavarle en el Pactolo.

Hora I. Y solícitas se prestan a ofrecernos el vino mixtificado.

Hora II. Tan pronto hubimos satisfecho la sed, rieron con malévola intención.

Hora III. Algo de siniestro y ladino se retrató en sus caras. *Y a las Parcas.* ¡Ah, malas mujeres!

Hora IV. ¡Brujas!

Hora V. ¡Condenadas!

Hora VI. ¡Indignas!

Hora VII. ¡Hipócritas!

Hora VIII. ¡Viles!

Hora IX. ¡Rastreras!

Hora X. *A Júpiter.* Antes que el sueño nos rindiera, dije a mis hermanas soltaran los vespertilios e hice lo propio.

Hora XI. Y no sabemos más.

Hora XII. Sí: Las Horas del Día aparecieron por el Oriente, rompiendo el encanto que nos tenía privadas. Enojadas tendimos el vuelo hasta tu regio Alcázar y pedimos justicia.

Todas. ¡Justicia, Señor!

Júpiter. Idos, que vuestras hermanas tienen que llegar a mi presencia. *A las Furias.* Y vosotras sed breves.

En el horizonte se desvanecen las nocturnas una a una. No bien huyó la última aparece la primer hora del Día, seguida de sus hermanas, llevando en brazos a Venus accidentada. Durante este intervalo que aprovechan las Furias para amontonar cargos acusadores a las Parcas infelices cogidas por las redes que la Astucia esparció para todos, del tono obscuro al claroobscuro, y del claroobscuro al claro brillante se pinta la Natu-

raleza, tomando el cárdeno Cielo su más bello dulce prusia, y en el tenue azur sacudiendo todo el oro de sus melenas desde el carro de Apolo como hostia sagrada surge el Sol.

Una Furia. Procuraremos ser concisas, Señor: Guiadas de una insana pretensión, *Por las Parcas*, estas tres viejas sibilas durmieron a tus hijas por gozar de las caricias con que a éstas a diario las regalas. Protegidas por la Noche subirían al Olimpo, después de vestirse con los trajes de tres Horas, a quienes pondrían sus ramplonas vestimentas y cambiando de atributos huirían en compañía de nueve, para sumar entre todas doce, dejando a las sustitutas en la Isla, a merced de Plutón, no sin antes rociarles la cara con vitriolo. Querían para sí la suprema dicha de entregarte a Venus, comer de los manzanos de Pomona, participar de festines y bacanales, edificar sobre las ruinas del presente un programa de dichas inacabables para lo porvenir, de horribles y despreciadas llegar a la realidad de hermosas y requeridas; pero la más acabada argucia rueda por tierra, el desacierto surge de una imprevisión y juntamente con las Horas, que no regían en el horario; pitonisas, gigantes y pigmeos, dioses y mortales, brujas, trasgos, curalotodos, hadas, náyades, tritones, nereidas, sátiros y meigas que por Citeres

discurrían en aquel momento; ante el poder de Morfeo, por haber sido provocado el Sueño, quedaron en la más acabada inactividad. Tu gran aliado, el magnífico hijo de la Noche supo, ya que de él quisieron valerse contra ti los ruines, los adversos, anularlos, mientras el reloj celeste seguía palpitando y el Tiempo indestructible precipitaba los hechos, y así de las espumas del mar de Cíteres salió Venus con dos horas de retraso, tiempo indispensable para la derrota de las Parcas, dando mientras lugar a que en el Oriente se iniciaran las Horas del Día rompiendo el encanto de Morfeo, al paso de ellas toda Naturaleza despierta, salvando a sus hermanas de estas criminales que todo ahora se les vuelve gesticular y arrodillarse. *Con sorna a las Parcas.* No lo hiciereis y no lo temiereis. Decidle, decidle, sibilas, al dios, si hemos mentido.

ESCENA III

Dichos *y* **Las Horas del Día,** *entrando en el Olimpo con* **Venus** *privada*

Una Hora. Padre: A las atinadas acusaciones de las Furias, después de hacerte ofrenda al verbo de la Hermosura y de la Gracia hecho carne en Venus accidentada, hemos de agre-

gar para que cese tu reprimida cólera y el enojo del señor Tiempo, que Merlín no existe. Llevaba el sátiro zorro en sus atléticos brazos a la hija del Cielo; iba a hacerla muy suya al ver ¡cuán fresca y lozana!, aprovechándose del hondo sopor que en la Isla era. Hablaba de edificar un templo para la diosa en una gruta impenetrable, donde tus rayos serían ineficaces; altivo te desafiaba y reía de tu poder, cuando, rodeándole, le desposeímos de su preciosa carga. Quiso huir; pero Céfiro, favorable, sopló llevando a nuestras manos sus barbas de plata bruñida, y elevándole algunos metros sobre el nivel del suelo, al húmedo reino de Neptuno le precipitamos sin que su Astucia pudiera salvarle. Después, breve lucha entre la vida y la muerte, insultos, primero: Tras desesperadas palabras, promesas de enmienda y ser, en lo sucesivo, de los mártires prototipo, la luz de sus ojos fué amortiguándose; llegaron las sombras eternas para él, y dibujóse en el mar, al son de los murmurios de las ondinas, del gorjeo de aves gárrulas, del canto armonioso, timbrado, dulce, triste y agudo de las mujeres-peces, la encarnación desnuda de Carón sobre su Ponto de caoba... Ejercitando, una vez más, sus funciones que nunca verán fin, dió puesto, en la popa, al sublime director que en jaque nos traía, e

impertérrito ante la calidad del cadáver movió los remos con dirección al Tártaro.

Júpiter. *Prendado de la nueva divinidad, haciéndose cargo de la honda e insana pasión que se despierta en todos los dioses al contemplar a Venus y dirigiéndose a las Horas.* Por la ofrenda y nuevas bien venidas seáis: Mi enojo se ha calmado en parte con la muerte de Merlín, y ya que Venus duerme, en atención a ella, e impidiéndome por otra parte el imperioso deber de hacer justicia a las dañinas Parcas rendir pleitesía a la hermosura sin par, llevadla, por ahora, al gigantesco Atlas, que lo mismo que a las Pléyadas en la constelación Tauro sabiamente colocó, la pondrá muy cerca del Sol, entre la Tierra y Mercurio, elevándola al rango de planeta. Decidla cuán su belleza me cautiva, cuando despierte: que por ver sus ojos incomparables, a diario he de enviar la Luz para ella antes que en la Tierra el Sol nazca y tan luego como muera, para envidia de poetas y enamorados, y en el Cielo, *Frunciendo el ceño,* para dioses inaprensivos, que con cantigas y rondallas aquéllos, éstos con astucias livianas, han de correr frenéticos con sus amoríos requebrando y diciéndola: ¡Oh, reina, por tu hermosura!... ¡Y lucero del Alba!... ¡Y de la Tarde!... *El final de este párrafo dicho con mu-*

chísima intención; pero los dioses sin darse por aludidos siguen contemplando a Venus. Júpiter, irritado, continúa:

¡Pero malditos, que estáis todos clavando en ella vuestros impuros ojos! ¡Para quién hablo yo?! ¿A qué torpes funciones os arrastra la pasión, que ante mi vista no tratáis de ocultar?!... ¡Idos! ¡Idos! ¡Frente a frente, todos congregados contra mí, sois muy pequeños! ¡Rastreándoos en las sombras, quizás pudierais hacerme más daño; pero escuchad! ¡En la lujuria de sus carnes ebúrneas, sólo yo ¡oh, dioses! he de recrearme! *Ante el furor de Tonante se desvanecen las divinidades, menos las Parcas, las Furias y Saturno. Júpiter viendo alejarse a las Horas con Venus.* ¡Qué hermosa eres ¡oh, Venus!; mi imperio colosal pongo a tus pies! *Aprovechando la distracción del Poderoso Lapis y temiendo ser descubiertas Atropos, Cloto y Lequesis intentan huir. Dicho observándolas.*

¡Aquí las Hilanderas! El obstinado callar. Vuestra culpabilidad manifiesta. El incumplimiento a la orden de Némesis. La insana pretensión de agradarme a todas luces ofrendándome a la hija del Mar atropellándolo todo. El miramiento nulo para con mis hijas. La falta de respeto a Morfeo, en cuyo profanado jardín entrasteis en busca del Sueño,

raptando las adormideras. El sacrilegio habido, para que aborrecieran las divinidades el fruto de la dulce vid del joven rubio de los ojos negros, machacando los huevos del nido dentro de la garrafa con el tirso, sabiendo que Biforme odia a la lechuza. Y ahora vuestra huída..., cargos son que os acreditan para un castigo ejemplar; pero he de ser espléndido. Calmaré la sed de vuestras avaricias haciendo que brote del arca del sublime y millonario Pluto el oro a cascadas, tanto como el Gárgara espigas si ello fuera menester, que el filántropo hijo de Ceres no temblará ante la sangría hecha a su caudal por favorecer el Vicio, y para que no sepa discernir éste de la Virtud a la que sólo quiere atender, le arrancaré los ojos. Hércules libertará a Prometeo, encadenado por su capricho de haber dado vida con una de mis centellas a eva Pandora, en agradecimiento, sus manos de artífice en los crisoles de Vulcano harán maravillas fundiendo el oro para formar grotescas efigies, contrafiguras de lo que sois, y en las cuales vuestros vivos corazones sagrando siempre he de sepultar, y han de latir bajo el yugo de las viles pasiones que el sentimiento de la Envidia crea, aprisionados por los cercos cada vez más estrechos a medida vaya muriendo el Día, hasta que el bello metal con sus

duras paredes estruje y exprímalos a modo de esponjas así que suene la hora fatal en que pretendisteis engañarme. *Pausa.*

Como todo dolor os será pequeño ante el placer de la metamorfosis del cuerpo, que tanto deseabais, por la que tanto trajinasteis e hicisteis de malo en contra de los dioses, debéis darme las gracias.

Saturno. ¡Oh, divino hijo! ¡Cuán bello castigo impones a las egoístas!

Júpiter. *A las Parcas.* ¿A qué mirar tan compungidas? Aunque viejas, al fin seréis de oro.

Tisifona. De oro eran antes, Señor; por eso no quisimos sus amistades.

Júpiter. ¡Callaos! Vosotras dejáis que desear también y aquí no sois precisas. *Las Furias se retiran. Y a su padre viendo se dibuja en el infinito la estrella Vespertina.* Mas ¡hela ahí! ¡Saturno! ¡Ella es Venus! ¡En la región del Eter, por encima de Mercurio! ¡Oh, cuán placer deleitoso... cuando los fogosos potros del carro del poeta príncipe entren en Virgo y haya de llamarla yo matrona y no doncella! Pero ¿quién se acerca así, tan callando?

ESCENA IV

Dichos *y* **La Muerte**

La Muerte. ¿Quién sino la Muerte a pedir justicia?

Júpiter. Date prisa entonces.

La Muerte. Como no he de trabajar más, pido anules mi cargo.

Júpiter. ¿Te revelas contra mí?

La Muerte. Odio la ociosidad, y ya que en este trance me has colocado, suplico que a mi forma primitiva me conviertas, aunque sólo en pro de mi petición pongo mi celo observado desde tiempo inmemorial. A todo me prestaría menos de figura decorativa. A estos mondos huesos cúbrelos de carne, bien sea de carnero o de sátiro, y dame la vida con tu calor potente, que no fué mi papel la Pereza ni dormir a moco tendido en la boca del Tártaro.

Júpiter. Todos se han reunido por quitarme la paciencia.

La Muerte. *A Saturno.* Si a los terrenos también te gozas en hacerlos inmortales, yo fuí terreno ser y esclavo a las órdenes del Tiempo. Ellos no hicieron nada en tu loa;

yo, al menos, mis servicios que nunca pagaste, sin contar que siempre fué más mirado el esclavo del señor que el extraño al señor por poco abundosos los miramientos fueren, y no creo de justicia mientras muerto yo ellos vivan eternamente.

Saturno. Como vengas de tanto misterio rodeada, ni yo te he de entender ni mi nieta Minerva, aunque aquí surgiese por resolver este conflicto.

ESCENA V

Dichos *y* **Minerva,** *apareciendo*

Minerva. Sé, con sólo ver a las Parcas, que Atropos perdió sus tijeras, y mientras no se encuentren, los mortales se reirán de la Muerte, *Y a ésta*, de aquí tu desesperación. No puedes hacia las regiones heladas transportar en brazos a tus hermanos ni hacerlos llegar al lugar de justicia que mi padre ordena.

Las apariciones de Minerva y la Muerte se esfuman. La ira de Júpiter no reconoce límites, y buena prueba se muestra en el espacio, donde gruesas nubes se condensan, llevando cada una en su entraña un incendio. El clamor de la tronada ensordece ante la fuga de los resplandecientes rayos y la lluvia torrencial se desencadena aparatosamente.

Júpiter. ¿Oí mal?

Saturno. ¡No!

Júpiter. ¡Y así fué! ¡Aquí termina el juicio! ¡Tiemblen mis hijos y tiembla tú también, padre cariñoso! ¡Horas contadas son las de mi imperio! ¡Con sus fuerzas cada uno socavó los cimientos del bien dirigido edificio! ¡La culpa, vuestra y nada más! ¡Con mi caída, que nada me importa, ¡ah, desgracia, que vienes tendiendo tus implacables alas!, vendrá el ocaso de los dioses! ¡Que la casualidad no resulte, ¡pedidlo! ¡pedidlo!, la gran traidora de las divinidades, entregando a algún mortal las tijeras que cortan la vida, y ya, si las das, hazlo a quien de ellas no sepa valerse, que mientras mi ingenio y luz trabajarán por conquistarlas! ¡Pobres... vosotros! *Furioso, agarrando a Atropos por la garganta y llevándola por el espacio.* ¡Habla! ¡Habla! ¿Dónde están?! *Atropos, haciendo una mueca horrible, espantable, abre la boca, enseñando a Júpiter la deslenguada llaga. Júpiter, lleno de piedad, a las otras dos hermanas.* ¿Quién cortó a esta infeliz la lengua? *Lequesis y Cloto, llevándose los dedos índices a los labios para abrir más la boca, enseñan a Tonante sus mutilaciones. Júpiter, emocionadísimo.* ¡Pobrecillas, vosotras ya no hablaréis... pero seréis vengadas! *Dice, desaparece, y tras él las Parcas.*

Sólo Saturno flota en medio de la tempestad. Eolo, impetuoso, mueve en todas direcciones la túnica amplia y los nevados cabellos del dios multimillonario de la vejez. El poderoso Norte arrastra continuamente las moles de vapor hacia el Sur, empujando a escena nuevas nubes. Dijérase una procesión interminable, entre las cuales el Tiempo figura volar hacia regiones desconocidas; ya planeando, ora descendiendo, bien elevándose, se balancea por el aéreo camino, y en son de amenaza sesga el aire con su guadaña monumental.

Saturno. ¡Merlín! ¡Merlín! ¿Quién eres tú, que al mismo Júpiter engañas? ¡Genio infernal! ¿En qué región de la dilatada Esfera te ocultas? ¿Qué divinidad te cobija bajo su manto imperial? ¡La Muerte!... Cuán dulce pena para ti, con todos los tormentos que Minos, Eaco y Radamanto puedan dictar al alma más depravada, ante el castigo que mi enojo ha de concederte. La Luz, si te ocultaste en las Sombras, puede darte por muerto. Pero ¿a qué lugar pensaste arrastrar tus artimañas para engaño del Tiempo, donde flota tu vida, si el compendio de tus malas acciones es y límite de todo movimiento, evolución y metamorfosis? ¡Guerra has querido contra todos los poderosos! ¡Fuerte soy!, y ya que anulado te creen los demás... ¡de potencia a potencia te reto! ¡Caerás víctima de tus maleficios mismos! ¡Así es mi voluntad... y tiembla de este viaje que por

ir hasta ti emprende el viejo Cronos por la inclemente bóveda! ¡No en balde, a través de la tormenta, aguanto esta lluvia torrencial!

Se aleja batiendo sus alas hasta hacerse imperceptible.



METAMORFOSIS

ACTO III

El Océano Glacial Antártico en el círculo Polar, cerca del polo Sur. Al fondo flotan montañas de hielo de extraordinaria dimensión y de resplandeciente blancura. Diríase compuestas por racimos de setas gigantes, sostenidas en pedículos de distinta longitud minados en su base por la acción corrosiva y giratoria de las aguas. Pueblan estos riscos solidificados las focas marinas y las palmípedas pingüinos en grupos de dos y tres, que de vez en vez dejan oir, sin abandonar su posición vertical característica, insulso y frío canto. En el Cielo, visibles, las constelaciones Golondrina, Abeja y Camaleón. Sobre un grupo de cirros el cuarto creciente de la Luna. Con la cola hacia el Nordeste, entiéndese espectador, la Costa, que tomando esbeltísimas ondulaciones adquiere la configuración de un hidrosauro enorme y sobre el robusto dorso surge la lava de un volcán. Muestra en primer término su oblonga boca el Tártaro inconmensurable, donde confluyen el Cocito y el Flegetón, ríos del Infierno, que a fuerza de arrastrar en sus corrientes, desde los anales de la Mitología, el carbonato cálcico de los huesos de los condenados a las llamas, se mezcla con el aire y por la acción del Tiempo, bajo la forma de mamelones y conos, surgen del suelo de esta gruta las estalagmitas. Algunas en amor siempre creciente intentan besar a las estalactitas, concreciones pétreas de la misma naturaleza, que bajan del techo, formando a unirse con las primeras, soberbias columnas de cristal.

A la tapizada cueva darán fantástica iluminación las luces rojizas procedentes de las fraguas inextinguibles que Vulcano, en el centro del Infierno, mira porque no se apaguen nunca.

Al levantarse el telón el inexorable barquero, por primera vez desde hace tantos siglos que fué nombrado para tal cargo, solitario en su nao regresa por el Flegetón, perdiéndose entre los pilares y dientes de la erizada gruta.

Después, Merlin silenciosamente, precedido de su hijastro Lor Squirrels, mira en todas direcciones, y convencido de que nadie puede escucharles, dice:

ESCENA PRIMERA

Merlín *y* Lor Squirrels

Merlín. Y les hice una gatada... ¡Locas! ¡Salvajes! ¡Soltad la presa que me pertenece! Y luego, fingiendo ver muy cerca de mí la muerte, pedilas auxilio y perdón, para fingirme muerto al cabo. El viejo Carón en la boca de esta gruta tiróme al río, sin duda para que se reblandeciese mi dura piel y a Radamanto, cuando bondadoso me abriera la puerta de su cálida morada, y cayera por siempre, amén, bajo sus auspicios, no le fuera tan costoso desollarme; pero cogí el cadáver de un cocodrilo y fingiendo una muy grande humildad llamé con los nudillos en el cerrado antro. ¿Quién? respondió una aguardentosa voz, que del profundo Averno venía.

Con mucha humildad, respeto y temor, dije: ¡Abre, soy Merlín! *Burlonamente.* La puerta hermética de viejo hierro giró llorona sobre sus goznes oxidados, mientras, dejando allí al animal, que por serlo no sabría hablar para convencerles de su personalidad, zambulléndome en el río ganaba la orilla opuesta, compadecido por el alma del caimán que iba a expiar por mis culpas y aunque no la suele tener muy buena, convendrás, sobrino ardilla, a la que tengo yo no puede compararse.

Lor Squirrels. Sí, tío zorro.

Merlín. Preciso fué recurrir a estas argucias por no perderlo todo como a Venus; Júpiter es rival nada despreciable y despiadado me hubiera perseguido de saber vivo todavía al enterarse cuánta cavilación y cuán enorme enredo tuve que tender. ¡Ah, triste de mí! ¡Para abrazar a Venus solamente! ¡Pero las Horas a esta fecha habrán cantado cuán muerto estoy, así la victoria fácil será, sin contrarios, para arrancarles la hembra divina de sensual mirada! ¡Nunca como ahora fuerte me consideré, y hasta las mudas Parcas, aun cuando el dios hiciera el milagro devolviéndolas el habla, no sabrán decir quién tiene las tijeras... a gala tuve devolvérselas con el fin meditado de nuevamente incautarme de ellas, una vez que el sueño, hijo de mi astucia, flotó en aquella distante Isla.

Lor Squirrels. Da calma a tu lengua y déjate de tanto dislate. Del Cielo bajé tan celerosamente, que en el mundo no hubiera comparable en rapidez, ardilla como yo. Dejé, tras mí, a gran distancia al Tiempo, que desorientado no supo si lanzarse por la esfera rotunda en la corriente del Euro; ya por el Cierzo que Boreas soplaba, o ir hacia el Medio Día envuelto por las lluvias persistentes del caliginoso Abrego. Acortando el camino, a través de Zéfiro, llegué por ancha faja del limpio y gran firmamento, sin cuidarme de lechuzas, cuervos, grajas y cigüeñas, que tras de mí venían interrogando por tu paradero. No hubo de importarme que las Arpías-Milanos se columbraran sobre mi cabeza en son de guerra; a todos contestaba que de Merlín no sabía el rastro, a los más temibles daba señas cambiadas, y todo fuera bien para ti, ya que te empavoneas y jactas de tu fortaleza, si Saturno, adverso, no viniera a tus alcances. En la gayola de tus ingenios todos menos él se miran prisioneros y es tal, según le vi gesticular, su actitud vengativa, que temo hayas entrado en vísperas de un cruel castigo.

Merlín. De los demás, no; en cambio, de ti me extraña ver de cuán cortos alcances crees estoy hecho, y si sólo la desenfrenada carrera, que pudiste evitar, desde el de

Saturno por los diferentes cielos de Júpiter, Marte, Sol, Venus, Mercurio y Luna, para entrar en el del aire, ganar el que desde la Tierra se divisa y salvar de Polo a Polo la distancia colosal que nos separaba, fué por advertirme, como harto de saber estoy, viene en contra mía el dios Tiempo, tú perdiste el tuyo inútilmente.

Lor Squirrels. Siempre fuistes un desagradecido.

Merlín. Que Merlín no pierde ripio, ni duerme cuando de astucias se trata, y voy a verter mis suspiros en los cilindros cóncavos del Ponto, donde el chorro potente del manantial Aire, brama, unido al ruido natural de las olas, donde el dios Marino templa sus aceros, para que por los tubos y gargantas distintos, en los cuales respiran los vientos encontrados, con todos lleven, a la vez que mi aliento, las señales de mi vida a diferentes parajes. Así la brújula de Saturno descompongo, que gira a todas partes loca, sin señalar hacia la verdad, porque la mentira la envuelve; así, crédulo y confuso, toma una y mil rutas falsas por verdaderas mientras yo río, y no cien años, a la eternidad, y no te exagero, si no desiste, a su su descabellado viaje puedo dar duración, haciendo de su genio insoportable, al no encontrarme, se agriara en forma tal, que

fuera el amor de sus hijos, por mucho, pequeño para sufrirle, y ante la pesadez del abuelo, los nietos daríanle esquinazo, si algunos no venían a las manos por ver de arrancarle los cabellos.

Lor Squirrels. ¿Si es así?...

Merlín. Pero hete aquí en el preludio de un gran acontecimiento si quieres presenciarlo; vete si no. Ante el ¡pobre!, ¡tan bueno!, Merlín llegará el viejo Cronos amenazador. Desde hace un instante le hice tomar las verdaderas riendas, y su ojo de cíclope, ensangrentado por el azote constante de los aires durante el largo viaje, habrá de verme sin que yo recurra a mis divinas metamorfosis ni ponerme el sombrero mágico, que de sobra sabes sus propiedades cuando mira su visera hacia el lugar que Jano, el dios de las caras por partida doble, lo hace con los ojos de la del dorso.

Lor Squirrels. Temeridad ante el peligro tienes; pero si no han de convencerte mis razones y de una manera radical no empleas el procedimiento desorientador, ni el sombrero te lo encasquetas de forma que tu efigie primero se torne lívida para esfumarse en el aire transparente después, a mí me cabe elegir por la segunda de tus advertencias y me voy, que ni tengo porqué aguantar sofiones, cargos expiatorios por culpas aje-

nas, ni me nombren cómplice de tus locuras. *Dice y huye vertiginosamente. Viéndole marchar.*

Merlín. ¡Cobarde! Hiciste bien. *Al ir a perderse Lor Squirrels se da de boca con el Tiempo.*

ESCENA II

Dichos *y* **Saturno**

Saturno. *Deteniendo a Lor Squirrels.* ¿De dónde vienes tú?

Lor Squirrels. ¡Señor! Fuí en busca de Merlín por ver de ahorraros trabajo. Allí le tenéis en...

Saturno. No es menester, no es del caso, vete y ya tendrás tu recompensa ante el celo desplegado. *Retirándose.*

Lor Squirrels. Mil gracias entonces.

Saturno. ¡Cual será, de estos maldecidos, el peor! ¿Eh?

Merlín. *Yendo al encuentro del señor Tiempo.* Bien venido seáis.

Saturno. *Con creciente enojo.* ¡Y tú que lo veas! *Furioso sesga el aire con su guadaña monumental por encima del cráneo de Merlín.*

Merlín. *Con gran calma.* ¿Qué? ¿Te asombras que ante tu furor no haya caído mi cabeza cercenada bajo tus pies?

Saturno. *Admirado.* ¿Quién te ampara en contra mía?

Merlín. Mi astucia.

Saturno. *Irritadísimo.* ¡Ah, mientes!, ¡mientes! Habré errado el golpe! *De nuevo golpea el aire con la guadaña.*

Merlín. *Con sorna.* Temo que la ira produzca un berrinche al longevo Cronos; cálmate, viejo.

Saturno. En lo de viejo tú no me vas a la zaga.

Merlín. Mira que palabras siempre son buenas razones si por vía vienen de quien nos puede ilustrar, y no has de tardar en coger con la siniestra la guadaña para estrechar mi mano; pero si, como no supongo, sesgar el aire a diestro y siniestro proporciónate placer, sigue descargando golpes hasta el día del juicio.

Saturno. ¡Tanto descaro!

Merlín. Y tengo el sentimiento de comunicarte que si te aferras a la idea de hacer oídos sordos, pronto desalojo el campo. Desenhebra tus crespos y revueltos cabellos; vuelva el desenfado a tu faz; mira que tus malos propósitos que sobre mí acumulas no han de tener más eficacia que dejarte chasqueado. Y si todas mis advertencias no te llevan al convencimiento, déjame en paz de todas formas. Procura divertirte si ahora eres triste e incomodado matando ibis y a gypaetus,

que no han de faltar parados en los aleros de los templos, les arrancas sus claros y penetrantes ojos, que luego ensartarás en hilos de oro o de platino, formando un bello collar de topacios para ofrenda a la ingrata de tu corazón caduco.

Saturno. ¿Pero qué estás diciendo?

Merlín. Acaso el regalo hiciérate dormir carnalmente con alguna virgen blanca, empleando mejor que ahora tu tiempo en dar coces contra el aguijón.

Saturno. No es mi papel ir a doncellas requebrando.

Merlín. ¿Qué oigo? ¿Acaso enamorado de ti mismo, sintiéndote Narciso, como el hijo de Liriope y Céfiro, golpearas tus senos al contemplarte en la linfa de una fuente para matar mientras de insatisfecho amor a otra Eco infelice?

Saturno. Repara hablas con un dios y no te han de aprovechar desvergüenzas tan inauditas.

Merlín. ¡Señor, pequé!

Saturno. Más tu astucia que la lengua mueve. Si por artes de un conjuro o de premeditado examen cabalístico de mi poder te burlas y esta mi guazaña trofeo inútil es a darte la muerte, mil veces a puños ganada por ti, iré al trono de Júpiter a cantar el *Miserere*. El Solano, Gallego, Septentrión y Mediodía, en sus lloros copiosos, hincharán los

senos de los ahora revueltos mares; el carro del Sol, en lugar de entrar en los fuertes palpos del terrible Escorpión, dejará de besar los Coluros que por los polos del mundo atraviesan el Zodiaco. Así, aire, agua y fuego, fieles verdugos de mi ira, vendrán a darme cuenta de tu exterminio.

Merlín. Modera tu santa ira, que abrasarías los ojos y la faz de Vesta.

Saturno. Cierto.

Merlín. Y aun pudiera echar mano de los encontrados vientos para que sirvieran de portavoz en distintos planos a las palabras de Júpiter, y tú, harto de aquí para acullá, tan neciamente irías en su busca por delatarme como las avarientas van por el bello oro, llenando el tonel sin fondo suspendido en el vacío de sus inconmensurables ambiciones, que las mina, roe, sudores da y quita sueños.

Saturno. Cierto.

Merlín. Pero hoy, el único dios a cuya presencia temblaba como un azogue, no le temo, y a gala tengo decir sembraré en el Olimpo la semilla del desprestigio si vosotros, fuertes y tercos, venís a entorpecer la evolución misteriosa de mi existencia longeva: al tibio Sol naciente. ¡Amor sus alas azules brujulea en torno, y en mi cuerpo de momia floreció hecho fuego ese clavel rojo que allá en mi

niñez nació en el pecho y no ha poco descansaba en la cuna de hielo donde dormitan los de las esfinges. ¡Nieves y arrugas mías! ¡Años, qué aleves cruzasteis! ¡Para siempre adiós! ¡Hubierais escuchado de Merlín, a quien pesa el cuerpo, y su alma ir aspira al inmortal seguro! ¿Por qué todo lo puede el amor?... ¡Devastadores fríos, obscuridad, silencio abrumador, guerras sin tregua, todo, en fin, con santa calma se sobrelleva si de por medio cruza la esperanza de un purísimo amor que nos enciende y alienta! Mas... ¿a qué filosofar contigo? Vete, sabio Tiempo. No he de turbar con falacias las guías del raudo y seguro camino, y a la vez, cuando tus quejas, si ello no trajérate molestia, podrás contarle a Denio cómo en el reino de la Astucia las tijeras de Atropos se encuentran.

Saturno. ¡Ah! ¿Las tenías tú? ¡Dámelas y maldito seas!

Merlín. Modera tu cólera, nadie sustraérmelas puede en contra de mi voluntad, y si en el nidal de tu ambición...

Saturno. ¡Así te veas negra piedra convertida a la entrada del Tártaro!

Merlín. *Que ante el inesperado pensamiento y deseo de Saturno no tuvo lugar a prevenirse y contrarrestar el hechizo.* Y las tijeras a mi adheridas montaña y cierre la boca del

Infierno, por donde jamás entrará la humanidad. Así ésta en la Tierra, por tu culpa, como las divinidades en el Cielo, serán inmortales. *No puede hablar más. Paulatinamente los miembros de Merlín se deforman y petrifican y luego, más rápidamente, surge del suelo una muy rocosa montaña que cierra la soberbia gruta.*

Saturno. No, no me conviene esta metamorfosis, sin duda obré a la ligera. Habla a tu dios y prometo escucharte. *Las palabras del Tiempo quedan sin respuesta.* Recobra tu forma primitiva si la nueva te impide hablar. *El mandato de la divinidad queda sin eficacia.* ¡Ah! ¿Te revelas? ¿En qué dogmas brujos bebiste y quién tu padre espiritual? ¿Así te ha enseñado a rebatir mis ritos? *Pausa y rogando:* No me causes tortura con tanto silencio, que si como presumo en la magia llegaste a ser competidor y superable a mí, yo desde este instante te considero superhombre. Tendrás más oro que pesa Pluto mismo, si tus entrañas son roídas por la ambición; más pájaros que el Paraíso, si te embelesa el canto; si en ello te deleitas, más años que mi vida; que a la ninfa Floralina más flores he de darte, si esencias y perfumes; si vas tras la lujuria, el ardor puesto en los sátiros, y si quebranto y lágrimas, sabré hacerte llorar.

ESCENA III

Dicho, Ricoticoplas, Gibraleón *y* **Orontes,** *hechiceros*

Ricoticoplas. *Surgiendo.* Pero... ¿A estas lamentaciones os habéis entregado?

Saturno. Bien venido tú, Ricoticoplas y haz lleguen hasta mí tus hermanos jeroglifistas Gibraleón y Orontes: Hora es de consultaros.

Ricoticoplas. Me preceden, Señor. *Entran Gibraleón y Orontes.*

Gibraleón. Aquí nos tienes.

Saturno. Nunca tan oportunos como en esta ocasión. Turbada mi quietud por el talento del mágico Merlín, inconmovible y petrificado, ante la súplica mía, se ríe del poderío que me rodea, y no bastando súplicas ni amenazas, en vosotros, jeroglifistas excelsos, mis ojos pongo, habéis de salvarme de sus burlas y saber rescatar las tijeras de la sibila Atropos, que son punto de arranque de mortales, que gustaron del calor y la luz, hacia los lugares del hielo y de las obscuridades profundas.

Ricoticoplas. ¿Y dices que nosotros...? ¿Pero en qué podemos complacerte?

Gibraleón. ¿Qué postura adoptar en contra de Merlín el mago?

Saturno. ¿Quién os dió entonces el título de hechiceros?

Ricoticoplas. Mándanos que las frías aguas del Océano se corrompan.

Gibraleón. Que los pingüinos se tornen lechuzas.

Saturno. *A Gibraleón.* ¿Y tú eres descendiente de Tiresias, célebre mujer y macho, y te jactas de haber heredado toda su pujanza en las metamorfosis? ¿Y esotro, que antes habló, modelo de virtudes, y sus ojos no los clava en la redonda Tierra, donde como un insulto rueda la turbia y avasalladora especie encanallándose, libre del freno que el temor a morir en eterna condena, hasta ahora conteníala en sus recreos torpes? *Viendo hablan entre sí Gibraleón y Ricoticoplas.* ¿Y quién replica?

Gibraleón. Nadie.

Saturno. ¡Eh!

Ricoticoplas. Nadie.

Saturno. ¿Qué has de argumentar a esto, divino Orontes, hasta ahora permaneciste mudo? ¿No te irrita la calma de tus compañeros, ni burla tanta de mi contrincante? ¿O también, para mayor bochorno de nuestro imperial mando y seguir la corriente antinatural que como maldición flota en el Olimpo, te finges topo para claudicar cuando los vespertilios aparezcan, no bien el noctí-

floro abra sus capullos vertiendo en el ambiente sus olores pútridos...? *Interrumpiendo.*

Orontes. Ha de la calma, Cronos. No por nosotros, sino por ti salir debieras del laberíntico atolladero conquistado por tu genio original. Merlín bebió en todas las fuentes donde la magia brota y atrevióse a hojear en el libro de ese supremo Dios, sin origen ni forma, en quien no creeis, porque criaturas, torpes de sobra, no entendiéronle o no quisieron hacer entendían. Así los crédulos se vuelvan, diría yo, de estas doctrinas amparándose por explotar a la raza de borreguillos llamada humanidad, mixtificaron la rociada divina que había de traer cosecha de Santos del pecador mundo para el Cielo; y así, como no despreció nada de cuanto aquello aprendió, de Merlín el talento sobre el nuestro flota, la espuma hace igual, y se agiganta y multiplica porque a pasos de cíclope salva el trono de la Astucia proclamándose soberano. El fuego no ha de dar temor a quien sabe cambiarse en agua por vencerle; no apuro al victorioso opimaco convertido por hacer carnicería y burla de venenosas serpientes, que merodeando, irritadas, con las fauces abiertas iban a cerrarlas cuando llegara ocasión de hacerle presa; ni pesadumbre el yugo de los altos poderes

al viejo, roca mejor dicho, a quien por todo castigo, hace cosa de mil quinientos años, sólo conseguisteis hacerle melómelo implantando sobre sus normales orejas las alas del murciélago Chachachius.

Saturno. Recuerdo el incidente.

Orontes. Aun, por la ocurrencia que le hizo monstruo, os dió las gracias encima y salisteis bastante mohino de aquella aventura, que gruesas lágrimas pudo haberos acarreado.

Saturno. Deja de evocar cosas pasadas y te suplico resuelvas de la mejor forma este conflicto.

Orontes. Talento me sobra; pero si no pones tus buenos deseos, se estrellará mi sabiduría y de yerro en yerro iremos caminando hasta que el desacierto, atenazándonos fuertemente, nos reduzca a la condición de servirles.

Saturno. *A Gibraleón y Ricoticoplas.* ¿Véis, torpes, como Orontes sabrá abrirse paso por las dificultades? *A Orontes.* ¿Y aseguras rescataremos las tijeras?

Orontes. Sí; pero debes jurar por las nueve ondas estigias, arrojando sobre esta montaña agua del sagrado Pactolo suspender tus meditaciones desfavorables a Merlín y tras de darle el título de *grande* amigo, sin que esto atentar sea con su sabiduría, habrás de concederle el don que pedir le dicte su ca-

prichoso pensamiento. Inútil es en otro sentido dirigir las armas. Convocarás para un magno concierto a las Plañideras que a su servicio Terpsícore tiene, la cual frenética bailará con sus danzantes.

Saturno. ¿Para qué?

Orontes. ¿Quieres ceñirte a contrarrestar la metamorfosis? No interrogues y obra. Fuerte y sabio soy por la experiencia de mis estudios. Si a Merlín dar pretendes su primitiva forma es necesario que el cansancio por cualquier procedimiento rinda a una de las bellas aprendizas de la deidad danzante, dictes para esa fatigada sentencia de muerte y ordenes sus ojos y corazón ingresen dentro de una garrafa donde aprisionadas estarán aguas del río santo. De no caer ninguna bailarina vendrá la señal de nuestra derrota con el triunfo del astuto y poderoso adversario y del cual no se verificará la transformación; para Merlín dulzura y templanza son los escudos de tu fortaleza en esta ocasión. Y solicitando de tu imperial voluntad, para mis hermanos y para mí, nos concedas retirarnos, ya que muy importantes jeroglíficos tendemos arrancar de la áspera y rotunda Vesta, deseamos se aplaquen tus malos sudores vertidos y esa tu faz austera pierda el ceño que la entenebrece.

Saturno. ¿Y puedo confiar en la victoria?

Orontes. Sigue mis advertencias y nada te apure. Yo veré de salir vencedor en esta empeñada lucha, y si no haces a una de esas vírgenes caer de cansancio metiendo en sus entrañas el Solano, yo veré de ser liana, que enredando sus pies, la arroje al suelo.

Saturno. Puesto buenas nuevas me trajisteis, y tanta seguridad tienes en ti mismo, idos en buena hora.

Gibraleón y Ricoticoplas. Adiós.

Orontes. ¿No mandas nada más?

Saturno. Adiós a todos. *Se retiran los jeroglifistas; solo el Tiempo.* Y que me place seguir tus consejos Orontes encantador, ellos me llevarán a rescatar las tijeras, y una vez en mi poder, aunque pese a mi querido Júpiter, del imperio del Universo, yo, sólo yo, seré el magnate.

TRÁNSITO

Cuadro primero para las pantomimas

La música, como un tenue suspiro, irá extinguiéndose hasta morir para cambiar de motivo. Toda la placidez y dulzura anterior ahora invertida en sobresalto y angustias se manifiesta, y los arpegios de las arpas, llenos de viril dolor, las penas hondas cuentan de las almas en pecado torturadas por el arrepentimiento, lamentos,

imprecaciones, palabras de ansiedad de una raza maldita que sin consuelo gime bajo el yugo de la más perfecta tiranía, en confusión se distingue; pero con tal intensidad y fuerza emotiva, que nos hace rememorar en esas silentes noches donde la gran tirana traición tiende su celada pérfida; ora, bajo el techo de una familia honrada, para vestirla de las torpes manchas que la hambrienta lujuria trae; ya, en la cloaca de una turba de harapientos donde por un trozo de pan la discordia revienta; bien, en los crespones que corazones enlutecidos visten cuando siguen a la muerte de alguien a quien muy tiernamente se amó en vida.

Los malditos canes aúllan tristonamente; silba la hidra de Lerna por sus siete cabezas distinto y de modo seductor, como ocarina en labios de artista; la Quimera atemoriza vomitando fuego y rugiendo gózase de enseñar a los crédulos el camino; por la parte del mar vienen insulsos cantos de familiares pingüinos, y fugitivo, y más blanco que blanca nieve, cruza el oso polar y rey del impropio clima con sus aullidos molestando.

Es la opuesta Fauce del Tártaro infinito a la que pudiéramos llamar salida, aunque antójaseme impropio apelar así a tal abertura cónico-truncada, ya que los pacientes, habidos dentro del estupendo ombligo del hidrosauro colosal, ni por aquesta parte terminada en boca férrea de colmillos agudos, tal en los asteridios dispuesta la linterna de Aristóteles, vinieron a decirnos de sus castigos y tormentos, por temor de mal clavarse sin éxito; ni por la otra bien descrita anteriormente, por llamarse entrada, primero, y si esto, lector, te pareciera poco argumento y tomaras la entrada por la salida, que es un grande error, sábete está en aquella el Can Cerbero de guardián terrible, según las más afamadas mitologías, para que no se filtren las almas endemoniadas de rondón y al pícaro mundo vuelvan; si no te convence este argumento, como no tengo ganas de dis-

cutir y que por ahí personajes salgan, hice a Merlín, transformárase en montaña, con lo cual cierro esa boca y punto en ídem.

Elévase el telón y lentamente mueren las tristes notas que parecen venidas del corazón del infernal antro. Queda envuelto en desesperante tranquilidad el ambiente. Dos horas faltan al Sol para desgranar su luz de púrpura en este desolador paraje y sus ojos espléndidos fijos los tiene en Aries, pues los Peces del Zodiaco se encuentran en el punto del Cielo llamado Oriente. Por el mar las hidro-medusas, ahora que la palidez de la Luna es manifiesta, celebran su himeneo; y sembrando de esmeraldas al líquido y regocijado mar las microscópicas noctilucas encienden sus linternas.

El silencio es de duración corta porque la orquesta, como aliento blando, rompe en agudos. Ya la bella poesía el dulce Apolo vierte en forma de luz, a cuya evocación el Crepúsculo se hace, toma cuerpo de las serpentinas rojas y violetas pendientes al carro del poeta, y en la entraña luminoso-naciente, agradecidas, puros cantos trinan delicadas aves.

De Titán, temido por su hercúleo poder, es hijo el ursupeta Milón, fuerte como un dios. Hereda de su progenitor la pujanza en la pelea, siempre agresivo reconoce por amor la lucha y allí donde sus tenazas de bronce, tal son sus brazos, clava, deja tendida presa. Rival y campeón de Atlas colosal, en singular combate. En otro, formidable, en pleno pecho dió puñada tan fuerte a Marte que la negra sangre por la divina boca rodó abundante. Del sublime dios de la Guerra llegaron los lamentos hasta Júpiter, el cual, de incertidumbre lleno, a la negra paloma mensajera que predice muerte, no supo si lanzarla contra su sobrino; se abstuvo, aunque en pro de lo contrario ofició Saturno en persona, por tratarse del hijo de su hermano a quien juró odio sin tregua; sin embargo, el dios de la Luz a Hércules dió

cadena de acero gruesa con la cual a Milón maniatar debía y traerle a su presencia; con mucho sentimiento y por su voluntad de su padre,. obediente el hijo de la bella princesa tebana marchó a donde su primo, a quien, además del parentesco, unía una gran amistad. No hubo resistencia, y las fuertes manos de uno, del otro ataron los puños de cíclope, y así llegáronse a donde Lapis irritado dirigía lleno de majestad las riendas del Orbe; sus dorados ojos clavó en los enormes y más verdes que zoochlorellas del indefenso coloso, luego duras palabras, que a mal entendedor bastaríale para no asistir a festines y banquetes del regio Olimpo, con la ironía premeditada de un artista supo decirle y además, que, de su antigua fuerza el poderío, ante una mayor voluntad, era abatido. No dicho hubo esto, como cuando las anclas de los navíos el paso de los Leviatanes desentierran y las naos, sin brújula, giran a capricho de la Galerna, de la cadena, que le maniataba, ante su sobrenatural fuerza, las gruesas argollas estremecidas y rotas saltaron en direcciones distintas y por el vacío descendieron con estrépito, cayendo, para desdicha de la humanidad, en la Tierra, poblándose de los malos humores. Ante la fuerza y atrevimiento, magnánimo, Júpiter sintió en su excelente corazón gran ardimiento de trocar en bien cuanto mal pensaba para Milón; pero el rencor de Marte, mientras esto sucedía, venía adueñándose de la situación por serle favorable Sigilón y Venganza, y en aquel dorso ejemplar, más fuerte que toro fuerte, con todo el arte de un ruin y vengativo, cobarde sintióse el dios que preside en las batallas, hundiendo la broncínea lanza, tanto, que hubo al coloso la punta de salirle por el pecho; ante la felonía, y con orden expresa el águila sin par, enajenada remontó el vuelo, y como el roche en el carnero, en sus garras sujeto por las finas lanas de su augusta cabeza vióse de mal grado el viejo Cronos ante Júpiter. Mientras alar-

mantemente por la herida sangrienta vertia a chorros su vida el gladiador, larga polémica celebran el padre y el hijo por si debe morir o vivir, compromete el segundo, niégase el primero y, por último, triunfa Capitolino, ya que al herido le dió de beber del mismo cuerno de la cabra de Amaltea, con lo que el Tiempo, derrotado, tuvo que soplar favorablemente para Milón nuevos años de vida.

Era, además, muy gran flautista. Las divinidades campestres sintiéndose en la imitación monas, durante el atardecer, largas horas, en las orillas de las cañaveras construían sus flautas y las afinaban sin conseguir los sonidos tales que por un don salían de la garganta de ese todopoderoso el flauta, así, unos y otros, dieron en llamarle, y el osado y horrible Pan arteramente quiso hablando al artista venir al robo de su arte. El músico sublime, por castigarle, dijo si quería igualar y aun superar su musical filarmonía, de unas cuantas espigas del Gárgara debía sustraer el grano, en harina reducirlos y en un cuerno y con agua del Flegetón formar una pasta, los modernos llamamos engrudo, con ella llenar los cañones del instrumento y, a todo viento, dejarle al sol dos o tres días. Dejóla tres, Pan, con un sol rabioso y cuando éste, al tercero, sus ardientes ojos entorna; contra su corazón de cabra, trémulo el sátiro la siringa estruja, mira irse, con agradecimiento, al sol hecho moribundo ópalo, por aproximarse la hora de ensayo, y cuando sus mofletudas mejillas, de aire llenas, se vieron como vejiga de gaitero presta a tocar, la guasa viva y personificada de Milón, oculto tras un sauce corpulento, y que atisbándole venía, al mismo tiempo que Pan, la flauta, como nunca, sonó: Cree el sátiro de él escapan las excelencias de su talento artístico, por el raudal sonoro de cristalinas resonancias que golpean en su torpe oído; proclámase incomparable, y aquella noche misma tiene la osadía de, en una hoja de un gigante nopal, dedi-

car un mensaje, de ampulosidades y eufemismos lleno, invitando al canoro Apolo para un concierto magno. Este brilló por su ausencia. Bacantes, sátiros y ninfas acudieron en cantidad crecida; no faltó Sileno, músico y cabrón, rival de Pan en las dos artes, y el festival tomó un colorido deslumbrante, tal fué el rango y calidad de los concurrentes contribuyendo a darle realce y brillantez. Mas como el genio grotesco, que la burla preside, rondaba por allí, aguóse la fiesta antes de los comienzos. Corrida y del pulmón reventada quedó la divinidad, aguantando las más sangrientas burlas del respetable auditorio. Estupefacto hubo, con gran ardimiento, de suplicar a Boreas soplara con grande fuerza por aquellos agujeros tapados en realidad y que a él se le figuraban asimismo; pero no vino a salvarle del ridículo más notorio y claro, hartos y convenienzudos eran unos otros, y ante la espera, piadosos los menos, retiráronse donde a bien tuvieron, y los demás, chirigoteros, dejándole muy solo. El primero en romper la marcha, dando ligero pretexto, que mal encubría su lujuria, fué Tiresias hermafrodita tras una corza negra como el mismo ébano de quien andaba enamoricado, mientras, a él, un incipiente gamo lascivo y blanco como leche iba a los alcances, para contarle de sus amores. Dueño de la más profunda desesperación, en horrible lloro rompió el fracasado, y con rabia y desprecio, por el aire tiró el instrumento, en artefacto inútil convertido, el cual, formando caprichosa elíctica, se aleja, y al descender, el célebre flauta lo recibe en su boca. Ante el atónito sátiro, cruzó majestuoso, entonando la más perfecta sonatina, el célebre cazador de osos, que ahora cruza por la escena trayendo, sólo por armas, sus formidables brazos al desnudo.

No el autor en balde extendióse en describir al dios de la fuerza, haciendo resaltar sus rasgos característicos y hechos más salientes. El fin que persigue durante la

segunda jornada del tercer acto es que en la escena reine la pantomima, dejando a los vuelos del músico el éxito.

La música narrará con acompañamiento de la mímica los siguientes motivos: la lucha habida entre Milón y Atlas, el cual, muy inútilmente, intenta aplastarle, arrojando, sobre el forzudo hijo de Titán, el globo Terráqueo, donde se verán pintados los coluros y los continentes. Parando el golpe, sus puños sujetan la pesada esfera y certero lánzala con fuerza sobre la espalda del que es hijo de Urano; por el ímpetu del golpe y la enorme masa, agobiado y sin sentido, cae derrotado sobre una pálida nube en donde el vapor se condensa. Marte que los atisba, en ayuda viene de Atlas. Ya sabéis sale tan mal parado de la refriega; y su dolor, ante el certero golpe, sube en forma de grito, como una tromba, hasta el Cielo, interesando a Júpiter quien piensa, primero, con Milón hacer castigo ejemplar. Descrito queda de la manera y quien lo trajo maniatado ante Capitolino. Motivo en que demuestra el corpulento ante Lapis y Hércules la soberanía de su fuerza inaudita. La gran generosidad de Diespiter ante la proeza del coloso. Felonía de Marte cuando por la espalda le hiere. Mandato de Stator al imperial águila de arrebatar al Tiempo inmortal su libertad de acción, para celebrar careo. Triunfo de Júpiter y cura de Milón.

TRÁNSITO

Segundo cuadro para las pantomimas

La música cambia de metro para entrar en el gran motivo de las flautas. Al levantarse el telón se mira en lontananza el nevado pico de un monte. En escena, tupido boscaje de pinos hacia el fondo. Festoneando un rio brotan espigas y esbeltas cañaveras. Corpulentas vi-

des surgen del suelo, donde las divinidades campestres retozonas y alegres con su padre espiritual Pan, danzando le destripaterronan, haciendo grandes estragos en las plantaciones, bebiendo de la sangre madura hija del dios Baco. Es la hora de la agonía del Sol, cuando su redonda cara, por la barba, sepultó en el Ocaso; ya el Flauta, al inmortal Apolo, hizo homenaje con la más tierna balada de su repertorio escogido. Siente Pan envidia y por mucho que quiere afinar su ocarina no puede igualar al inimitable. Trata de arrancar el secreto de su arte a Milón, el cual, para castigar al osado y no pueda volver a tocar, le recomienda obstruya los agujeros. Ridícula escena ante los invitados de Pan. Excusas de Tiresias y otras divinidades para el cabrerizo humano-cabra y desesperación del sátiro chasqueado. Una vez terminada la dura lección, premio a la osadía, y cuando con el inútil artefacto, propiedad de la campestre divinidad, Milón toca, es interrumpido en su alegre sonatina por un desgarrador lamento de alguien para él muy conocido. Aterradores aullidos se dejan sentir. El hércules olfatea la atmósfera; su semblante, con un gesto duro y sombrío, se cubre de mortal palidez y ante sus ojos atónitos, Mar Lívico, ser muy tiernamente de Milón querido, es despedazado por un oso polar. El motivo del dolor reina en el ambiente. Ebrio, loco de dolor, sobre el cuadrúpedo carnicero se abalanza el gigante, ruedan por el suelo confundidos en estrechísimo abrazo, y tras desesperada y descomunal lucha, poco a poco, el hombre de la fiera se adueña hasta dejarla rígida en la nevada alfombra. Una vez conseguido esto, va en auxilio de su gran amigo, y al encontrarle muerto, ebrio de dolor, lúgubremente baila un pateado sobre las entrañas del bruto al tiempo que de su enronquecida garganta se escapan angustiosas lamentaciones.

Tercer cuadro para las pantomimas

Cae el telón, para dar tiempo a la decoración en que figura como primer término la opuesta boca del Infierno profusamente engalanado por una muy fantástica iluminación debida a los fuegos de artificio. ¿Y por qué no? Se puede echar para ello mano de un pirotécnico célebre.

Tras de Saturno, con dirección al Tártaro, vienen cuatro gnomos llevando una garrafa santa, llena de las divinas aguas del Pactolo. Nublando el Cielo llegan las Arpías-Milanos, precedidas por los sabios jeroglifistas, seguidas de espantables brujas y adivinadoras.

Al levantar Orontes el báculo surge Terpsícore engalanada con magnífico pompón verde rabioso a la cabeza y su notable y flotante traje de brillantes cintas de mil colores, mientras, llenas de romanticismo las plañideras, que tras la carnal sobrina de Cronos vienen, templan las cuerdas de sus arpas, mandolinas y violines; al son, en loco torbellino gira la diosa del Baile, imítanla preciosas vírgenes blancas que consigo trae. Durante la danza, espera con ansia Saturno se cumplan las proféticas palabras de Orontes. Inquietante risa contrae su faz y es su feroz gozo indescriptible cuando una de las danzantes por la fatiga viene al suelo aparatosamente. Alope extiende el vuelo hacia la caída y preciosa bailarina. El pico corvo de su repugnante cara, larga y enjuta, clava en los ojos de la desgraciada hasta arrancárselos y va la arpía feroz a depositarlos dentro del cuello de la garrafa. Ciega la infeliz pide piedad, rogando la conserve la vida y no la haga víctima de la contrametamorfosis, al Tiempo implacable, quien sus pupilas tiene en el horizonte, por donde, en rápido torbellino, llega un fuerte centauro que, templando el arco, silbante flecha aloja en el corazón de la mutilada.

Los buitres se aprestan a enorme festín. Alope y sus

dos hermanas destrozan las carnes ebúrneas a la victima, llevando el caliente y arrancado corazón a las mismas manos del Tiempo; éste lo apretuja con los dedos haciéndolo manar sangre, que, allá, dentro del frasco, mezcla con las aguas del sagrado río.

Ante el brutal cometido Terpsícore, cesando el baile, vierte tiernas lágrimas, su favorita ha muerto, y golpeando con el sistro el suelo, hace brotar del fuego central pura llama. Adrede prende sus vestiduras. Tirando fuertemente se despoja del ígneo traje y a los pies del cadáver lo arroja, en mil lenguas de fuego convertido. Huye con las enajenadas plañideras y bailarinas.

Saturno, de los enanos, toma la garrafa, estrellándola contra la cúspide de la montaña y, a renglón seguido, densa niebla la envuelve. El trueno retiembla en la lejanía y es el ciclón, redoblar de tambores y un continuado toque de platillos. De las entrañas de granito sube hasta el Cielo, en espiral inmensa, el muy enrojecido humo, del cual, tras una risa sardónica, surge Merlín, sin que los inmortales puedan impedirle se coloque el mágico sombrero de la forma que le hace desaparecer del paisaje, dejando confuso, chasqueado y sin tijeras de nuevo al señor Tiempo.



RAPTO DE VENUS

ACTO IV

Decorado, el mismo del tercero

ESCENA PRIMERA

Milón. *Persigue a un oso que gruñe por la isla helada.* No en balde, con tus gruñidos mi sueño ligero huiste. ¿Querías beber de mi sangre ¡ah, pícaro! cuando yo insensible y ahora de mi presencia te esquivas? Sin duda tus padres advirtiéronte el riesgo y piensas poner en salvo tu magnífica piel, que ha de quitarme el imperio de este frío mandado por mi más mortal enemigo, el Tiempo, sólo por ver de mortificarme. *Pausa. Durante este intervalo, Milón acecha por una y otra parte.* Escóndete rey de los montes, granuja, y no ha de valerte tu argucia, pues en el cubil, donde tienes tu palacio invadido por las negras sombras, ora en el paisaje desolador, bajo la pálida Luna, tus ojos sanguinarios perderán la luz, apenas con la suya el Alba tiña el Cielo. *Pausa. Vuelve a percibirse el desagradable gruñido de la fiera.*

Gruñe. ¿Y qué? Tu salvaje y ronco grito sólo pavor infunde a los pájaros bobos y alguna que otra alma unida al cuerpo pecador con quienes se rastrean, miedosos por sus existencias, sin tener noción del propio valer, por carecer de las alas que les negaron los inmortales magníficos y que a salvo les pondría de tu instinto. ¿A qué gruñir? No tus bravatas por la boca pierdas. ¡Acércate! ¡Que ya el vértigo salvaje cruza por mi cerebro y he de hundir las uñas en tu nívea piel por el gaznate, hasta que de tu vida el fin me den razón! ¡Exterminio sobre un cadáver juré de estas fieras salvajes! ¡Pobre Mar Lívico, por quien sufro cruento destierro! ¡Tu recuerdo llantos me acarrea! ¡Aquella tu boca fresca y bien dibujada, no volverá a sonreir, ni hablarme como solía! ¡No más tus dulces ojos causarán mi deleite! ¡Y yo, que para ti fui ternura, dice la voz maldiciente, ese atroz enemigo más fuerte que mis fuertes puños, fuí de un cariñoso abrazo te robé el aliento! ¡Pluguiera a los dioses, que la garra del oso que pisó tu pecho se les entrara por el corazón, ya que tan ciegos se ven para juzgarme! ¡Cierto! ¡No Marte, cuando arteramente vino a clavar su lanza por la espalda, daño tanto me hizo como esta afrenta! ¡No, para envidia de Pan, sonará mi flauta durante viva en el destierro;

pero, como el oso ante el ursupeta, temblarán las bestias gozosas en acometerme y tú el primero señor Tiempo, ya que lo das duro y amargo! ¡Si!, tu rabia incomparable a mi colosal y malogrado padre recibo por herencia, luego cuídate, y tu cuerpo a salvo pon, que, como las trombas en los mares, crece el odio en mi pecho y quizá se cumplirán, en no lejano plazo, las predicciones, que, bajo el silencio de las estrellas, van con mis plegarias al oído del rencoroso Júpiter! ¡Ah, si de justicia lleno me otorgara su reconciliación! ¡Bandidos! Entonces ¡huid! ¡huid de mí, como exhalada jauría, que si los pies y alas, haciéndoos traición, no sirven para redimiros, de vuestra sangre, más encarnadas que rojas amapolas se verán mis manos! Así como la fuente agua, el pájaro con sus trinos la monotonía de la selva rompe, el oro, en su brillar, agranda los ojos de la codicia... ésta, mi fuerza vendrá a hacerme justicia.

ESCENA II

Dicho *y* **Saturno.** *Presentándose a* **Milón**

Saturno. ¿Por qué esa actitud? Mal haces en quejarte y peor culparme de tus adversidades. De tus lamentos tuve noticia y vengo a proponerte un armisticio.

Milón. No quieras con falacias falsear la mala fe que para mí tienes. Por todas partes, donde pasé, mis huellas de manifiesto dejaste, en provecho de mis enemigos varios. Déjame cazar el oso tranquilamente. Si por odio a mi padre mal juraste hacerme, no creo, así porque así, prevariques de tu odioso cargo y vengas a traerme beneficios, que no te mendigué, en lugar de tantos perjuicios que acarrearme supiste.

Saturno. ¡Calla! ¿No sabes sonó, para ti, la hora de la reconciliación? El dilatado Olimpo será tu residencia, si agradable y sumiso a mi causa te miro y casi nada he de pedir y mucho conceder. Dispuesto estoy a indicarte, en la armilar bóveda, cuál la estrella nacida a la muerte de Mar Lívico.

Milón. ¡Calla, calla! ¿Esto puedes hacer?

Saturno. Y mucho más.

Milón. Si lo dicho prometes, amigo no, fiel can para ti seré. Responde: ¿El Cielo es en donde, los jueces terribles de su tierno espíritu, le dieron lugar? ¿Dime, no el Infierno ha sido en donde la calumnia precipitó su cuerpo puro?

Saturno. En el Cielo, a muchas leguas de donde el brillante Mercurio su argéntea luz esparce por los infinitos espacios, como el oro brilla su alma. He de mostrarte el camino; la ascensión será penosa y creo tu grande fuerza

pasará por dura prueba antes que tocar llegues su luminosa cabeza de rubios cabellos. Cierto, seré tu guía, y tendrás el consuelo de verle tan dichoso, y a solas contarle tus lástimas y dolores; pero, igualmente cierto, a tanto beneficio, la recompensa de un señalado servicio has de prestarme *a priori*. Deja ¡oh, hijo de Titán! la hostil actitud para con el oso, y a caza del zorro, que anida en el alma de Merlín, sin malgastar minuto, dedica tus fuerzas. Ocultándote tras de esa cantera, acecha. Mi reloj donde palpita su vida diciéndome está, que, llevando por guías la despreocupación y el descuido, aquí surgirá en breve, y es de imperiosa necesidad, sin despertar sospecha en su malicia, que tus brazos incomparables le atenacen fuerte, fuertemente, mientras mis manos registran los bolsillos de su amplia túnica.

Milón. ¿Ahora por el feo vicio de tu nieto Mercurio suspiras? No fuera yo si a otro precio me pagaras, quien para tu robo te ayudara, y menos tratándose de quien será el desvalijado. Gran apuro me causa traerme la enemistad de Merlín; pero también es grande la recompensa. Harto duro es el destierro y halagüeña mi vida en el Olimpo.

Saturno. ¿Qué determinas?

Milón. Decido ayudarte con el alma y con las energías de mi cuerpo, y si mis palabras no

te llevan el convencimiento de mi ánima, mira. *Hunde la uña del dedo pulgar de la mano derecha en el brazo izquierdo.* Por esta obscura sangre que mancha mi brazo te lo juro: ¡Será preso por mis tenazas, y puesto de tal conformidad, sin apuro podrás hacerte con la piedra filosofal que el loado y nunca bien ponderado guarda dentro de su diaprea y flotante vestidura.

Saturno. La piedra filosofal, si acaso pudo inventarla, que lo dudo, como premio al botín guárdala y te haga buen provecho si de ella sabes aprovecharte; a mí ciertas tijeras me preocupan únicamente; me las raptó el maldito cuando tenía que cortarme estas uñas tan largas y temo el arañarme las narices si al picarme tengo necesidad hacia ellas llevar mis manos.

Milón. No veo necesidad te ingenies para despistarme. Aquello que le quitares, aun cuando se tratara de su vida, no me preocupa.

Saturno. Pues menos palabras, y a tu puesto. *Milón tras una pendiente se oculta. Cronos continúa:* ¡Oh, alegría! Ya presiento tus pasos: uno, dos, otro, otro, uno, dos... ¡lástima el frío no te hiele la poca y mala sangre que te queda! Así, así, confiado, avanza por este sitio; la trampa está bajo tus pies y sobre tu cabeza se cierne mi venganza y, *Ocultándose*, sea el silencio, no venga Eco,

traidora, a llevar en sus alas mis palabras por recrear su oído de lince, pregonando mi estado de ánimo, dándole suficiente espacio para urdir la red maléfica que sólo la vergonzante derrota me traería.

Al desaparecer Saturno, llega cauteloso a escena Merlín. Lleva en su cara pintado el recelo, es su voz entrecortada y el temblor de sus piernas a duras penas puede disimular; por su frente copioso es el sudor; sus cabellos son más lacios que de costumbre; un tirso terminado por calavera de marfil lleva en la diestra enflaquecida y de la otra mano una linterna de cristal esmerilado y de luz verde, en cuyo fanal esférico, atraídos por la claridad, chocan sorprendidos los tétricos murciélagos, eternos paladines de la desgracia, brujos voladores que predicen felonías, cantantes acérrimos del mal agüero en la muda soberanía de la Noche.

ESCENA III

Merlín *y después* **Milón** *y* **Saturno**

Merlín. Un vientecillo sutil sopla en mi oído de no sé qué, pero poco halagüeño. Dijérase como una murmuración en el ambiente, encubierta por un olor de felonía. En esta obscura soledad, donde el miedo hondas raíces descubre, alguien vino a vomitar una blasfemia para mí. Confiado parásito, ¿por qué dejaste el redil? Vagos presentimientos bajo el palio de las estrellas me indican no buen fin para la nao. ¿Llegaré a puerto se-

guro? Sombra silenciosa, matriz infecunda: en tu entraña duerme la calma una siesta desesperante, pero es su despertar nuncio de horribles tempestades. ¡Ah, mi frente devorada por la fiebre, ¿no es el delirio lo que presientes?, instinto! ¿A qué parte romperá la tormenta? *Mientras sobrecogido expresa en sus palabras el reflejo de su espíritu, Milón de su escondite sale, y acercándose al mago de la luz verde con precauciones extremas, logra, por la espalda, hacerle prisionero. Merlín, desesperado, trata desprenderse sin conseguirlo. Su rival le aprieta los brazos fuertemente.* ¡Felonía! ¿Lo quiso así el Destino? ¿Preso este pobre viejo!? ¡Suelta! ¡Suelta! ¡Di, quienquiera fueres, ¿por qué tus fuertes puños contra mí!? ¡Ah, no lastimes mi carne enjuta! ¿Quién se atreverá a meterse con un hechicero? ¡No, Júpiter, no! Sus rayos divinos descubren su presencia llenando a las sombras de luz. ¡Cobarde! Deja ver tu cara, que mis ojos de caimán quieren clavarse en tu conciencia de perro para helarte el corazón! ¡Meterse con un anciano! ¡No apretujes, bestia! ¡Ah si tus puños incomparables pusieras a mi servicio, qué de oro! ¡Afloja un tanto mi brazo derecho para que mi tirso toque en tu frente y te daré un imperio, o un poco no más el izquierdo y que la luz de mi linterna riegue

sus verdes rayos sobre ti, y para qué más dicha! ¡Hijo! ¡Hijo! ¡Suelta! ¡Suelta! ¡Fiate de mí! *Saturno llega, fingiendo la voz para no ser conocido.*

Dicho. ¡Incauto, apriétale más fuerte todavía y romperé, *Dándola un puntapié*, su linterna, cuya luz, si de frente te bañase, sabría hacerte grajo, e intentaré adueñarme del tirso que mata!

Merlín. ¡Ah, malditos! ¡Debo habérmelas con célebres ladrones!

Saturno. ¡Tal vez hayas acertado! *Sin ningún escrúpulo registra en los bolsillos de Merlín.*

Merlín. ¿Pero quién por el frente sus viscosas manos de sapo hunde en mi túnica? ¡No tardaré en tomar venganza! ¿Qué vienes a buscar? ¡Profanación! ¡Profanación!

Saturno. ¡Calla! ¿No me has reconocido? ¡A tanta palabrería no sé si contenerme, y por quien soy te juro que esas manos de bronce que atándote están no han de soltarte hasta que en las mías sean las tijeras que me robaste, ¡ladrón! ¿Si no las traes!? ¿Dónde se encuentran?

Merlín. ¡Oh, Tiempo poderosísimo, aplaca tus nervios y reflexiona! Si tu delicadeza nula no sirvió para reconquistarlas, de todo menos torpe tildar puedes a este anciano. ¿Y quieres, viéndote de tal conformidad, de

buen talante las entregue? Sueñas, sueñas por un imposible.

Saturno. ¿Por el castigo que he de darte no tiemblas? ¿No sientes perder la vida?

Merlín. ¡Temerte, perder la vida cuando la muerte bajo mis órdenes se encuentra inactiva!... ¡Yo siempre seré yo, y por ser la Astucia flotaré en el ambiente, donde todo ser se desarrolla y crece! Y lo que es más abrumador para ti y los tuyos: sin hacer uso de la mortífera tijera que escondida tengo en seguro lugar, reproduciéndose estará, sin morir, el tipo o patrón de las distintas especies, y los frutos, ante lo inverosímil multiplicándose, si, crescendo crescendo, germinaran por la Tierra; y sin ver el fin, desde la criatura más perfecta hasta el parásito más simple al lujurioso placer entregados por entero, "agotaran con largueza sus reservas de energía, siguiendo los impulsos de su naturaleza, sin que nada pueda poner trabas a su empuje."

Saturno ¿Qué vaticinas?

Merlín. Y la molestia, ante el incontable número de seres, debido a la sorprendente fecundación, cundirá por el Olimpo y por la Tierra y, o claudicáis de vuestra jerarquía de dioses, o nosotros de la de hombres, que vendrá la igualdad a enseñar a todos la inmortalidad y al humano los derechos para

redimirse de su triste condición de esclavo, y tanta jerarquía para Júpiter excelso, como a Panágoras, el ser más idiota de lo creado, y aun en medio de esa desesperante igualdad, para vosotros la mofa y el desprestigio, que, habituados al despotismo, querréis vivir como magnates de un fuerte emporio regido bajo mi potestad.

Saturno. *A Milón.* No le sueltes, no. Mientras sujeto, el daño, por mucho que pueda hacer, no arraigará tan fuerte como si libre se encontrara. ¡Hijo de Titán! No te es dado poder estrangularle. ¡Inverosímil particularidad, la vida es con él, ya que a la muerte hizo su esclava! ¡Oh, ingenioso y detestable encantador y brujo, ¡inglesote! ¿A qué desquiciar los soportes magníficos de nuestro griego imperio si eres bárbaro? ¡No era malo que en la antigua Escocia, patria tuya, edificaras el pedestal para tu estatua y a nuestro antojo dejaras gobernar el reino Heleno. Tu maléfica influencia se desborda y un freno he de poner a los poetas para que tus proezas, baldón y escarnio de los dioses, no las canten y parezcan dormidas aun cuando palpiten. Sí, para los mortales de rigor es la soberanía de nuestro prestigio. que tratas obscurecer. Como la tiña, hondos estragos traerá tu maldad; pero soy fuerte y han de sufrir el castigo los seres todos y tú

el primero, que si extinguir no puedo las presentes generaciones no vendrán las futuras, porque a las presentes atrofiaré los órganos de reproducción. Zanjado quedará tu maleficio; si pensaste tener descendencia, tarde lo pensaste. Dijiste bien; seremos dioses y hombres inmortales, pero ni uno más, y es tan dilatado el Cielo infinito, que para todos habrá lugar, y no ha de haber discordia para quien no la tolere, ¡qué creiste!; aun ha de sobrarme espacio, si lo deseo, para poder hacer vida de anacoreta.

Merlín. ¿A qué este exordio, cuando por las vías del armisticio podemos venir? Los dos, fuertes y tercos hasta hoy, descargamos en nuestro perjuicio golpes intencionados; pues bien, estrechemos ya la diestra si queremos realizar nuestro sueño de ambición. La Astucia y el Tiempo deben ir hermanados para vencer toda dificultad.

Saturno. *A Milón.* Sujétale más fuerte, hijo; este es el rey de la trapisonda, y cuando engañar es su lema quiere dé crédito nuevamente a su fingido sentir.

Merlín. Duro es reconocer que la razón fué contigo en ocasiones. ¿Pero te ofrecí alguna vez las tijeras de Atropos como ahora? Por otra parte, menos la muerte, puedes todo en contra mia, sujeto o libre. Haz y dispón de mí. Inflíngeme torturas sin cuento si ello

te causa placer, e incluso, quien te lo impide, puedes provocar una esterilidad a la Naturaleza en general. Yo decirte sé no fueron tan malos los móviles que me llevaron a cometer el robo a las Hilanderas; no el deseo de regir en el Olimpo me llevó a consumar el acto, sino otro deseo. Vuelvo a insistir en la imperiosa falta de que nuestras voluntades vayan al unísono, y la riqueza, luz y amor verás a nuestros pies dando cuenta de nuestro triunfo.

Saturno. ¡Ah, si hablaras con sensatez!

Merlín. En el nidal de tus ambiciones el monstruo de la envidia te advierte quiere para ti el trono de la Luz; yo, más modesto, volar aspiraba sobre planos inferiores y sin darme apenas de ello cuenta, adquirí un arma terrible, formidable; no sólo me lleva a la inmortalidad sino puedo causar con ella la más acabada devastación secando las plantas, matando los animales, con el fin de torturar por hambre a todos los dioses. No a ese fin mi intención y mis brazos te abro para que reconquistes el usurpado trono y a Júpiter, tu hijo, metas en cintura; él tu poder se puso por montera y a devolverte voy la hegemonía.

Saturno. Gracias.

Merlín. No tanto beneficio ha de lloverte gratis.

Saturno. Sé breve, claro y el precio de tu ayuda expón.

Merlín. Si de mi sensantez haces aprecio desarruga la faz y sople tu voluntad de forma tal que el corazón de la diosa Venus duerma ante los requiebros de amor y galantería de Júpiter enamorado. Para recreo del dios, en el vergel del Paraíso, nunca la hembra ardiente, la más hermosa entre las incomparables, pues antiguos resentimientos, contra él, por haberme negado la categoría de inmortal y despedido con orgullo, sin hacer aprecio del raudo caudal por donde la Astucia puede desbordarse, me invitan a impedir se lleve a fin la profecía de las Horas, ofrendándole la hija de las espumas del mar.

Saturno. ¡Infeliz! ¿Ignoras?...

Merlín. En parte el vaticinio se ha cumplido por tu culpa, que impertérrito rodaste en el espacio y, claro, las Horas del Día me sorprendieron, precipitándose a desbaratar mis planes; pero ahora necesito de tu concurso para mi triunfo. Eres el Tiempo imprescindible para yo urdir la trama y no te arrepentirás. Hermanados el Orbe temblará, y así de Apolo en el Poniente su clara melena, no iniciada en Oriente todavía, mires, dueño serás del Cosmos.

Saturno. ¡Y tú deseas serlo de Venus! ¡Insensato!?

Merlín. Nunca por mi cerebro fué esa idea.

Saturno. ¿Tus torpes ojos en la diosa pones? ¡Maldito! ¿Pero, qué clase de monstruo eres para pretender mixtificar las dos razas, divina y humana? ¡Pudridero de perversión! ¿Y para esto solicitas de mi favor? ¡Nunca, por muchos tus prejuicios, mi buena voluntad hacia ti!

Merlín. ¿Ni por la claridad de la Luz que irredenta dorará tus cabellos de gosampino con los brillantes purísimos del Día? ¿Ni por el trono del Magnate? ¿Ni de los mares el Tridente mágico del dios que los levanta hasta besar los cielos puros, serenos? Si ver esclavo al mismo Erebo cuando tú el alma de las noches trágicas. Y de los mil crisoles rojos reventando, tuyo, el oro de sus entrañas, orgullo de Pluto. Si el albura del lagrimeante Rocío, que Aurora pone en el cáliz de las Flores, ha de calmar tu sed, y tantas y tantas cosas más de que pudieras llamarte dueño, si tu ambición constituyen, despierta de tu abulia y extiende tus largudos brazos por ahuyentar el peligro que desbocado galopa en contra mía.

Saturno. ¡Huracán, huracán, siento ruges sobre mi cabeza! Mas suéltale, Milón! Sus palabras han seducido al Tiempo, y de los abismos, altas cumbres, mar, fuego y aires, quiero la regencia! ¡Oye, Merlín! Con sus tintas de

prusia y oro la Aurora a clarear empieza, y Júpiter, nuestro común enemigo, puede venir en sospecha del pacto. Hablemos con cautela. Peregrina coincidencia sirve para adelantar tu lascivo deseo. ¿Ves con la rosa alborada esa neblina que a pasos de gigante cruza el éter? Es la envoltura de Venus celestial que con la diosa al Infierno precipitará el rencor de Jove, y es así, porque rastreándose Vulcano hasta mis pies y con lágrimas en los ojos, el rubor pintado en su caluroso rostro, del cual el sudor, copioso, parecía una torrentera, y después de besarme, hubo, con gran ardimiento, de pedírmela por esposa. Mucho quería el nieto, se la quitara yo a mi hijo; pero comprendiendo que su padre bastante tenía con Juno, y con otras divinidades, con las que engaña a la celosa Juno, y así que pude tranquilizarle con mi promesa formal de abogar en pro, ordené al Azar fuera a hacer una visita por todos los sentidos de la incomparable Venus; supo cumplir mi deseo hasta variárselos de forma que lo hermoso y atractivo sólo repulsión causara en el ánimo de la diosa, y en cambio todo lo feo tuviera el privilegio de sus atenciones. Hete ahí que, al contemplarla, siente Capitolino un incendio en su corazón y radiante en belleza, y armado de todas sus armas, ante Venus, resplandeciente, apa-

rece. Para ella, frases donde retrata su pasión, vierten los labios del Supremo; pero su amor, que era un volcán de lujuria, al sentir el latigazo que Venus, despreciativa, le da con su indiferencia, reacciona hasta convertirse en ronco y profundo despecho; la rabia que le anima se trasluce por su cara; en sus manos la cítara se rompe en mil añicos, mientras, con mirada altanera, clava sus grandes ojos en el más caliente y horrible de sus hijos, en Vulcano, concediéndole la insuperable dicha, para castigar a la ingrata, haga con ella vida marital, desatendiendo las súplicas de su otro hijo, Marte, a quien la locura de amor por Venus se le adentró por las entrañas, y el pobre, medio corrido, deponiendo las armas ante el trono regio, gritaba: ¡Para mí! ¡Para mí! Mas tan cierto como infinita mi existencia, esa nube roja que tras de la primera llega, es Vulcano, y la de más atrás, azulina, que la configuración caprichosa de un cisne nos recuerda, es en la que, persiguiéndoles, envuelto viene Marte.

Merlín. ¿Y es así cómo quieres ayudarme?

Saturno. La lucha inminente de los dos hermanos verías, por disputársela, si yo, Tiempo, no lo impidiera.

Merlín. ¿Cómo?

Saturno. Haré del Aire para uno sople hacia

Septentrión, y al otro arrojaré hasta aquí en compañía de la angelical divinidad.

Merlín. No hagas tal. Envía aquí a Venus, y manda para los dos hermanos el Septentrión, así descargarán su rabia en dilatados parajes, yo por tan señalado favor quedaré reconocido, tú siempre acreedor de mis atenciones y...

Saturno. Dame las tijeras.

Merlín. *Inclinándose, desnuda el pie izquierdo y de la sandalia saca las ambicionadas tijeras que entrega al Tiempo.* Helas aquí, cumple tú también lo que pido.

Saturno. *Apoderándose de las tijeras.* Imposible. No pondré obstáculo a su carrera tras Venus. Desde aquí los ojos de Vulcano me observan y le prometí ayuda como te conté, emplea tu ingenio para combatirle, ¡ja!, ¡ja!, acaso por cualquier nadería concediérate a la divinidad. ¡Infeliz! Tu prestigio rodó bajo mis pies y las Parcas cuenta darían de tu derrota con tu muerte ahora mismo; pero no, Júpiter su luz le plugo extender por esta región y al mirarte cadáver no tardaría en saber por quién fué decretada tu muerte, y con ella vendría en conocimiento poseo las tijeras. Esperaré, cuando las sombras lo emborronen todo, para secar por siempre las palabras de tus labios de zorro; pero en agradecimiento a la torpeza que tu amor in-

sano, por la diosa de Cíteres, te hizo cometer entregándome la terrible arma que muy bien pudiera haberte colocado en el trono de la inmortalidad, prometo no torturarte en las pocas horas de tu vida. Da gracias por ello a este magnate rey de los reyes, ¡perro! Alégrate en mi alegría, ¡esclavo! Adiós, ¡Merlinillo! ¿Ese poder de ayer, do lo dejaste? ¡Humo sólo las glorias tuyas! ¡A humo reducida la vanidad imperdonable de los demás, y así es mi voluntad. ¡El rey de dioses, yo; ellos, humo! *Vase.*

Merlín. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Oye, Milón! ¡No olvides que tu vida depende de mis manos! ¡Deja al señor Tiempo, en su engaño, ir al más notorio ridículo con sus tijeras falsas! Mira. *Inclinándose nuevamente, desnuda el pie derecho y de la sandalia saca las auténticas tijeras.* Cuán fácil separar de tu cuerpo de toro el alma para que visite los abismos tétricos donde el brutal Minos decreta los más crueles martirios. Merecido tienes por tu parte hacia mí, que nada te había hecho, un fin tan triste. Sólo de tus garras me salvó la Astucia, por ella, que logré abortar la terrible amenaza de que Cronos produjera una esterilidad en general, con lo cual me vería dentro del desagradable castigo de no poder tener descendencia, he de jurarte no sólo guardo ningún rencor hacia ti, sino te guiaré hacia

el Purgatorio, donde sufre Mar Lívico, y no hacia el Cielo donde el sátrapa dios, para granjearse tu amistad, te hizo entender.

Milón. No me infunden pavor las amenazas. En lucha reñida y para el alimento de algunas fieras hubiera dado mi sangre con gusto si no fuera hijo de mi nativo deseo ayudarte, y puedes disponer de mí, siempre a la Astucia la rendí buen culto, porque confío en la claridad precoz de sus recursos para conseguir la victoria, aun cuando se precipite por los caminos más arduos. Pide, tu petición he de cumplir así me trajere sacrificio. Ello podrá ser no cierto; pero la promesa, de que me harás ver a Mar Lívico, es ya garantía suficiente para en tu favor mueva mis vigorosos remos.

Merlín. De tu fuerza se trata, y si al porqué de cuanto ordeno, sin discutir te ciñes, de favor a favor te pagaré.

Milón. Ayudarte juro solemnemente.

Merlín. Los acontecimientos se precipitan. Tiempo me falta a desarrollar mi deseo para hacértelo comprensivo. Entrégame, por corto espacio, tu atractiva y singular flauta. Interponte entre esas dos nubes que a pasos de gigante llegan; por cualquier fútil pretexto, por sus barbas de azafrán, al dios Vulcano sujeta y no le des libertad hasta que en tu oído mueran de la flauta los so-

nidos. ¿Te enteras, mi buen Milón? Corre a su encuentro; mi astucia de ardor te alentará en la gran pugna y ella te sirva por compañera. *Milón envalentonado se dirige hacia el encuentro de Vulcano y Venus.* ¡Majadero! Que tanto daño pudiste traerme con tu fuerza, muera tu razón y la alucinación de que voy a prestarte un gran servicio encarne en ti, para que, de ardor encendido, descargues sobre tu rival golpes, para mi provecho.

Milón. ¡Encantador Merlín! ¿De qué luz alumbraste mi cerebro? ¡Cuán poderoso debes sentirte para, sin titubear, regir en el corazón del vasto imperio de la Mentira! ¡Soy tu esclavo! ¡Siento que los rayos de tu clarividente cerebro penetran hasta el mío mostrándome la burda trama con que la humanidad disfraza sus sentimientos, y si por amor hacia un ser, llorado como muerto, prometí ayudarte, juro por mi naciente odio hacia Mar Lívico y con rabia profunda, obediencia para ti, hasta perder de mi sangre la última gota! ¡Sí! ¡Allá, en Sicilia, vivo, él que renunció de mi amistad, y llenando de luto y de dolor mi alma, con otro huye de mis fraternales brazos, fingiendo, ante mis ojos, la ridícula pantomima de su muerte por un oso, menos falso que sus mismas entrañas! ¡Ah, maldito Prometeo! ¡De acuerdo con los dioses vengativos, ahora lo veo

todo, y con un rayo de Apolo, diste aparente vida a un muñeco de cartón piedra, dándole elasticidad, calor y similitud perfecta con mi putativo hermano, de sangre de un cordero al mamotreto manchaste su impropio pecho para la vida, y mientras la mía yo exponía con el gran Atlas, que metamorfoseado dentro de las pieles del oso Tuldragalión fingió su derrota, tú huyes con él, y éste, en joyas, con la mayor parte de mi patrimonio! ¡Pero no quedaréis sin castigo, y tú, recalcitrante escultor, preso por mi férrea mano, ahora mismo expiarás tu crimen!

Con furor reconcentrado sujeta, por las barbas, al dios Vulcano, que tras de Venus aparece. Mientras, Merlín, en la lejanía, con la flauta entona dulce serenata y sus ojos magnéticos persistentemente clava en la diosa, que atraída por tan singular música y ardiente mirada, con visible repugnancia se le acerca, hasta caer prisionera. Ocupa Merlín tan estratégico puesto que no puede ser visto por Vulcano.

ESCENA IV

Dichos, Venus *y* Vulcano

Vulcano. ¡Suelta, por tu vida, loco, el crimen lo estás haciendo tú! ¿No ves se marcha la diosa?

Milón. ¿Me importa eso a mí? ¡Has de pagar tus burlas, Prometeo!

Vulcano. Déjate de historias y ¡suéltame, animal! A buen seguro, la confusión te hace ver visiones. Soy Vulcano, no el Prometeo que dices.

Milón. ¡A mí no me engañas otra vez y a buen precio cobrarás el ultraje que supiste hacerme!

Vulcano. ¡Pronto, deja, déjame, se marcha Venus, repito sufres una muy lamentable equivocación!

Milón. *Descargando una puñada en pleno rostro a Vulcano.* ¡Sí, pues toma equivocación!

Vulcano. *Irritadísimo lucha con su contrincante y viendo alejarse a Venus.* ¿Dónde vas, señora mía? ¡Detén tu paso, mientras, como se merece, a este bruto castigo!

Merlín. *A Venus.* ¡Venus singular! Hacia mí dirige tus pasos. En mis plegarias soñaba contigo siempre. Ven a embriagar con tus amores los últimos años de mi vida. Tus caricias sean bálsamo y perfume para mi pobre cuerpo tan maltratado por los años. Tórtolas y rosas y de los manzanos del Paraíso frutos tendrás, como premio de tu sacrificio y aun puedés pedir más a la Astucia que, por complacerte, hará milagros. ¡Como un incendio devorador ven, siendo doncella, hasta mí, hija de la sal que cría el mar! ¡Tus rosados brazos trenza en todo mi rugoso cuello amarillento, porque mis labios,

marchitos, rocen en las rojas amapolas de los tuyos y mi cuerpo, de milenario, como verde y dormido lagarto que el Sol acariciara, al roce, con el tuyo, el volcán de amor, en todo su apogeo, despierte! Para que mi descendencia no sea una esperanza; para que cuides de tus hijos que serán míos; para redimirte del odioso papel que el Oráculo te asigna prediciendo serás la gran matrona de los dioses.

Milón. *A Vulcano.* Si fuertes eres y mis golpes resistes, como yo los tuyos, así durante un siglo nos veremos.

Vulcano. Grande es el perjuicio que sin darte cuenta me acarreas; conseguirás que de mi vista pierda a Venus.

Milón. De la mía para siempre borraste a Mar Lívico y él, de la dorada arca que me legó mi padre, de acuerdo contigo, el brillo del oro ¡ladrones!

Vulcano. ¿Deliras o eres impostor? ¡Venus, Venus! ¿Adónde tus pasos diriges? ¿Cuál feroz enemigo esta celada me tiende?

Venus. ¡Oh! ¡La atractiva música! ¿Quién el artista que así conmueve mi existencia toda?

Vulcano. *A Milón y a Venus.* ¡Suéltame ya! ¡No te marches no, mi bella mujer!

Venus. *A Vulcano.* Cesa en tu persecución. Palabras dulces escuché, señor Vulcano, y aun cuando supo decírmelas alguien más viejo

y feo que tú, me marcharé a hacer vida en su compañía, ya que el Azar, por mandato de tu abuelo, me hizo sentir predilección por lo más horrible, y mira que singularidad: Con todo lo engendro que tu padre supo hacerte, ante el repulsivo ser que me galantea, resultas empalagoso y más guapo que Narciso.

Vulcano. ¿De qué burla soy víctima, madre mía?!

Merlín. En el fondo de una gruta tienes erigido un templo donde vivirás regalada de mis solícitos cuidados; acércate, ven, sultana gentil, que tu felicidad corre hacia esta parte, y te lo digo de buena ley, flores no han de faltar en tus jarrones. No tiembles, el camino, sin asperezas, surgirá ante ti; dame el primor de una de tus manos, en mí hallarás un firme guía para cruzar la muy peligrosa escollera que la florida raza de dioses colocará bajo tus pies. Antílope fuera yo o alado espíritu para, como turbión, que loco se desata, cruzar las devoradoras llamas infernales que el deseo enciende llevándote en mis brazos impoluta, y abundancia en el reino del hambre. Luz, perfume, música, en todo, para ti quisiera convertirme... y pide a cambio ¡mujer! ¿Qué no he de darte yo, si la alegría única sentida la experimento al verte?

Venus. Brujo, la flauta tañes con maestría; pero

es mayor el arte de tu lenguaje para cautivar.

Vulcano. *A Milón.* Esto debí de comprenderlo antes y haberme puesto en guardia de ti. ¡Oh, feroz hermano!

Venus. *A Merlín.* Y si tu ingenio no se reduce sólo a decir tales lindezas, abrázame, que ardo por el capricho de verme en tus brazos y sentir de tus fofos y colgantes labios el viscoso beso de impudicia.

Vulcano. ¡Sin respetar de Júpiter el parecer, Marte intransigente, atropellando mi derecho querías a Venus; pero te juro, por la sangre que corre por nuestras venas, no ha de ser para ti!

Milón. ¡Estúpido Prometeo! ¿A qué me llamas Marte?

Vulcano. ¡Marte estúpido! ¿Por qué me llamas Prometeo?

Milón. ¡El oro mío y menos palabras quiero!

Vulcano. ¡Quiérelo con delirio!

Milón. ¡A mí tú no vengas fingiendo, restituye ¡canalla! restituye!

Vulcano. ¡Anda ya, hipócrita! ¿Crees de tan diferente modo ataviado a tu usual costumbre, sin tu casco y flameante tizona, vas a pasar desapercibido ante mí, y por sorpresa dejarme maniatado con ese cinturón sujeto a tu falso traje de cazador de osos, y huir en compañía de Venus, nada más, por el

capricho de haberte enamorado, contra todo derecho, de la quien el magnífico señaló como mía?...

Milón. ¡Mis joyas, mis joyas! ¿Qué me importa la divinidad?!

Merlín. ¡Venus, los instantes son preciosos, decídete por mí!

Vulcano. *A Milón.* ¡De parte a parte equivocado estás; tuya... ¡nunca! y aquí, por mi deseo, sujeto y preso tú!

Merlín. ¿Lo has pensado por fin?

Venus. ¿No nos verán? Espérate. *Y corriendo hacia Merlín.* Sí. ¿Pero inclinarás, hasta mi pecho, tus orejas singulares, que alas de murciélago son? *Dicho esto romperá la diosa a reir de muy bonísima gana, entregándose en brazos de Merlín.*

Merlín. *Abrazándola tiernamente.* Eres la felicidad que se adentra por las puertas de mi dicha. ¡Ay! Al verte, entre mis brazos, tan delicada, la vida un nuevo soplo de vigor me brinda.

Vulcano. *A Milón.* ¡Tú lo has querido; lucha sin cuartel!

Milón. ¿Veremos quién de los dos sucumbe en la pelea!?

Merlín. *Llevándose a Venus sin ser visto de los dos luchadores.* ¡Chis! Así, en mi compañía, déjate al descuido, no seremos vistos por nadie, y mientras esos infelices se hacen pe-

dazos, engañados el uno del otro, porque así lo quise, y llevando por guía el amor, siempre triunfante, de la realidad del vivir arrancaré el palacio de las ilusiones, donde como reina, y libre de peligro, vivirás con tus hijos que has de cuidar solícita. *Desaparecen. Solos Vulcano y Milón, desesperadamente forcejeando.*

Vulcano. ¡Maldito amor y envidia maldita, a tan triste trance nos lleva! ¡No ha de ser tuya, mía sí, Marte feroz!

Milón. ¡La nieve, de nuestra negra sangre, se tiñe!

Vulcano. ¡Triste realidad! ¡No importa! ¡Ninguno de los dos podemos perecer por ser dioses; pero teme el castigo de mi rencor profundo, sumado a la ira de nuestro padre, tan pronto como Apolo por el Cielo vierta el oro de sus melenas y se asesore por la causa injusta que en contra mia te encrespas!

Milón. *Con guasa.* ¡Pobre de mí! ¡Qué horror!

Vulcano. ¡Y aun el Tiempo se complacerá dándote tu merecido!

Milón. *Irritadísimo.* ¡Artífice de Pandora! ¡Gran bisoño para el arte de fingir! ¡Te creí sátrapa, pero no hasta el extremo de hacerte pasar por Vulcano! ¡Maldito seas! ¡Dame mis alhajas!

Vulcano. *Con furor.* ¡Pero... *Apercibiéndose no*

se halla Venus en escena y en tono de súplica. ¡Ay de mí! Si es menester que te lo pida humildemente ¡hermano! ¡hermanito mío! ¡por nuestro padre, suéltame! ¡Venus! ¡Venus! ¿Dónde estás?



PRÓLOGO
de la segunda parte

Así como el reo, por muy valeroso, tiembla ante el hacha del verdugo, los excelsos líricos, embelleciendo la absurda religión que crearan los gentiles, olvidados del verdadero Dios, su Creador, por un temor incomprensible en sus cantos heroicos acallan el influjo que sobre las encopetadas divinidades ejerció Merlín. Los más explícitos dijeron de un inglés, gran mago que hizo mucho ruido en el siglo V, poseía un singular sombrero mágico, y de Irlanda a Inglaterra las grandes rocas que se levantaban en Salisbury por artes de birlibirloque las había traspuesto. A esto y cosas de menor cuantía redújose por la Tierra el mérito de sus inéditas hazañas, porque el gran Júpiter al hijo de Smirna, Rodas, Colofón, Argos, Chío, Salamina y Atenas, me refiero a Homero, que aun cuando su patria se ignora estas siete ciudades se disputan el honor de serlo, le hubo de prohibir el que con perlas del cerebro guiara a su inmortal pluma a manchar un solo pergamino para aludir de la gran burla que el dios de la Astucia les hizo al raptar y poseer antes que ningún dios a Venus encantadora. Juró no divulgaría dicha verdad por la Tierra el llorado y pundonoroso poeta, con lo cual Júpiter dejóle escribir su admirable Iliada y pulida Odisea. A Píndaro y a Virgilio les hizo iguales reconvin-

ciones y al gran Hesiodo. De no sabría la humanidad por Eurípides esto, que menoscabaría la influencia de su imperio, consiguió el dios de la Luz. Como de todos los poetas griegos, a quien los tenía medrosicos por el cúmulo de castigos que como granizada copiosa mandaría sobre la cabeza de aquel o aquellos que, contraviniendo sus mandamientos, para los hombres narraran las burlas con que la Astucia tenía en berlina a las deidades en general y a los dioses en particular.

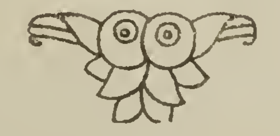
Negóse Esquiles, hombre fuerte de espíritu, poeta dramático y batallador incansable en los sitios de Maratón y de Salamina, a guardar el silencio exigido por el déspota y magnate, y tomando cuerpo en su cerebro la idea de la desobediencia, adoptó la resolución de para la plebe y el Teatro, con acontecimientos de felice recordación, enjaretar una muy sonada parodia ridiculizando el poderío de los poderosísimos señores del Olimpo.

Sentí, a fe de hombre cuya franqueza tiene muy por lo alto, y bajo dos aspectos diferentes, el que el señor que en la tragedia griega, inventada por Tespis, fué restaurador feliz no llevara a fin la tan cacareada burla para los dioses, puesto ni a los comienzos hubo lugar de la tal joya satírica. Para qué negarlo: sus manos la hubieran tejido inimitable. He, hasta aquí, la parte expositiva de mi primer sentimiento; mi segundo sentir se concreta a manifestaros la alegría de poderme eludir ante el formal compromiso de escribir esta obra si él u otro se me hubiera anticipado.

¿Entonces, en su empeño, el poeta griego volvióse atrás? No. Profundo rencor que floreció en Stator, supo, antes que del cerebro de Esquiles saliera la primera ironía, cerrarle los labios con el beso helado de la muerte. Su trágico fin, no debiera decirlo, fué tan extraño, que hace historia y todos lo sabéis ya. Va por ti, culto lector, no fueras a desconocerlo. En Siracusa, y

mientras dormía siesta en un campo, del poeta laureado la divina calva se partió, manchando de negra sangre los tréboles de la verde pradera, testigos mudos del castigo que Júpiter encomienda al Aguila celeste, la cual presta, desde las naves más altas del Cielo, le arroja una tortuga que para celebrar festín llevaba entre sus garras. ¡Buen golpe este para Esquiles! Allí dejó su vida.

Desaprensivo y terco, no quise escarmentar en cabeza ajena; pero, permíteme ¡Júpiter!, cuando salgo por alguna callejuela, vaya por el centro de la vía, no te fuera a dar la ocurrencia para descargar tus enojos por mi desobediencia, desprendas con toda tu delicada intención, ¡quién lo duda!, sobre mi nuca, todavía no calva, de cualquier ventanuco un tiesto de claveles dobles. Y si en la venganza piensas, ¡ay de mí! No te molestes, por antojárseme tal postura ya es tardía, sí, podrás dar muerte a la gallina de los huevos de oro... mas lo que dije ya, dicho se queda.



SEGUNDA PARTE

VENGANZA DE LOS DIOSES

DELIBERACIÓN

ACTO PRIMERO

Lugar del Cielo donde la Luna enorme riega su luz clara por las nubes, llenándolas en el total perímetro de rizados encajes de una blancura impoluta. A capricho el Euro, desenfrenado, agranda y empequeñece los nimbos y cúmulos. De la entraña de uno de estos gigantes pájaros de vapor que sin rumbo determinado se precipitan, ya se elevan, se condensan ahora, para luego reducirse, o al contrario, y precedido de un resplandor súbito, hijo del fragoroso incendio habido por la descarga, surge paulatinamente la cohorte de los dioses.

La detonación, al reventar la nube, es indescriptible, y el eco, ensordecedor, por las naves del Cielo rueda de nube en nube.

El viejo Enero hace tiritar a los preocupados emperadores del Olimpo, convocados a junta excepcional y en hora tan intempestiva por Júpiter, quien, como águila en el altura se troncha un ala, siente la nostalgia por un poder que a pasos de cíclope se derrumba. Sus correctas facciones se han alargado por el sufrir de veinte años en lucha desigual con la Astucia triunfante y, como los de felino, fosforescentes sus dorados ojos, allá, en las profundas órbitas, brillan calenturientos.

ESCENA PRIMERA

Júpiter, Apolo, Neptuno, Las Horas, Juno, Saturno, *que hablan, y así varios de los que forman la cohorte.*

Júpiter. Aquí, todos en torno, sin la altanería peculiar, hice os reunierais. Motivo interesante y harto significativo es que sin mis galas y despojado de mis atributos venga por vez última a presidir el imperio del Universo. *Todos mudos y quietos esperan continúe Diespiter. Después de una larga pausa.* Cese el Euro su impetuoso soplar. Sus caracteres de tal pierda la tormenta. La calma, con su idilio desesperante, bastardeando mi corazón hecho para la sin igual batalla de todos contra mí, aquí, en mi auxilio. Amargas lágrimas, primero que en mi cerebro tomó cuerpo esta idea, mis pobres ojos vertieron. También la imagen de mi patria, reliquia, orgullo, recreo y baluarte..., cuando para mí, en el destierro, por propia voluntad me mire, sea sólo una imagen, estos cansados ojos de llorar, todavía sabrán verter amargas lágrimas. *Pausa.* Pero no quiero bajo el amparo de la Noche, llenándoos del natural asombro, huir de todos para siempre jamás. Cada cual, y a un plano que oscila,

no se me oculta, con diferente intensidad supisteis remontaros, y la suma de todas vuestras ambiciones, fuerzas que aunadas nos hubieran llevado al triunfo, me arrojan por las escaleras de mi trono. *Murmullos de protesta.*

No he de culpar en esta postrer conferencia sino a mi bondad, que se excedió en consentiros vuestras pretensiones egoístas. El púlpito de marfil y oro de la diópolis magna vacante es. Adiós para siempre, y sea el hueco que en vosotros delego dirigido por aquel que después de haber puesto sobre el costado izquierdo, hacia el corazón, con fuerza sus manos y respirando satisfecho por sus méritos y fuerzas, sucesor digno se crea para gobernar el Orbe.

Apolo. Padre Universal, nadie como tú quien nos gobierne, y si con tanta entereza persistes en el propósito de precipitar tu huida... no he de ser yo, al nacer del nuevo día, quien lleve el carro de la Luz.

Júpiter. Por tus palabras, gracias.

Neptuno. Otro domará del salitroso mar las ondas levantiscas.

Juno. Dijo Neptuno bien, y ten presente mi angustia a la hora de tu partida.

Las Horas. ¡Para tranquilizarnos, mira que el miedo nos puso trémulas, dinos, misericordioso, dinos no te irás!

Unos a otros. No, no debe marcharse, no puede marcharse, no le dejaremos ir. *Júpiter solloza, llevándose las manos al rostro. Avanzando hacia su hijo.*

Saturno. La desesperación que veo en tu rostro afligido, cruel pesadumbre es en tu padre. Del entero carácter tuyo nadie conocimiento tiene más exacto que yo, y a no ser sientas en el cambio de vida un placer irresistible, si aprecio te merece este consejo, debes continuar en el poder.

Unos. Eso es, eso es, en el poder.

Otros. Bien dicho.

Júpiter. *A Saturno.* Mira, cuán poco, padre queridísimo, dando dos pasos sólo tu ideal de oro en tangible se convierte. La pesadilla encarnada en ti, por la que pasas gimiendo y llorando lustro sobre lustro, ¿por qué no realidad? ¿Qué te detiene? Sube a él, y desde ese trono verás, a través de las infinitas bóvedas azules, la perspectiva de un reino hundido bajo los tentáculos corpulentos de la Astucia maldita y rastrera, en vez de lo que todos os habéis figurado ver: el imperio viril regido por un déspota a quien de rigor es martirizarle. Como los cuervos sois. Amor supe esparcir para vosotros y por las puertas de mi dicha se me adentró la ingratitud, en general, y a todas las ninfas he de hacer objeto de mi amargo

reproche. Solícitas, al morir de la tarde, con adelfas, miosotis y nepentas el perfumado lecho para mi descanso tejiais con las espinas de las zarzamoras y de los floridos rosales para que mi sueño no fuera tranquilo; la osadía llegó hasta abrasar los dedos de alguien que para no buen fin los dirigió sobre los diamantes purísimos de mi corona, y los menos partícipes de traerme a la bancarrota firmaban secretos pactos, para sus lucros, con mis encarnizados rivales. Habido esto, ved ahora mi asombro. Cuando dejo el culto de mi vida pasada; cuando al águila imperial sujeta, bajo mis pies, por férrea cadena, libre, como vértigo, cruza por el Cielo hambrienta y amenazadora; cuando como barco sin timón, que marchara por el infinito piélago presto a sucumbir en la entraña de un abismo sin fondo, me siento ciego y desalentado... se apodera de mi espíritu una tristeza mayor que la perspectiva del destierro. No insistáis, no, prevalezca en mis dominios; ni por ternuras ni prevaricaciones.

Saturno. Sin reflexión quisimos ver claro desde lo más escondido de nuestra conciencia y ahora lo claro es turbio y revuelto...

Júpiter. Y ese trono tan suspirado, que fué vuestra ambición, nadie hoy le quiere. Sin fuerzas, para la arriesgada empresa, tratáis

disuadirme y mi pena se acentúa, porque, tras no veros con méritos asequibles, os falta el valor para empuñar el látigo de la soberanía.

Saturno. ¡Oh, Diespiter! No sé qué he de contestar; pero nos falta valor.

Júpiter. ¡Héroe afortunado, quienquiera fueres, haciéndote eco de mi sentir surge, que he de bendecirte, al pie del trono, antes de partir!

ESCENA II

Dichos *y* **Minerva**

Aparece resplandeciente de luz y de hermosura

Minerva. Dices partir... ¡Huye el que teme! ¡Aquí serás el héroe, nosotros tus caudillos!

Saturno. *A Juno*. ¿Escuchas? Le está hablando la guerrera y sabia Minerva.

Juno. *A Saturno*. ¡Bendita sea! Sus palabras siempre hacen renacer mis esperanzas.

Minerva. *A su padre*. ¿Ves esas legiones de bravos guerreros al frente de Marte, fuerte como un oso? Por ti romperán sus lanzas, destierra tus sentimientos anodinos; cuando la razón y el derecho van con un dios se llega a la más alta cumbre, a la más ardua empresa se da cima.

Júpiter. ¡Habla, habla!; tus palabras son bálsa-

mo confortador de mis heridas y tienen el privilegio de enardecer la sangre, activar los sentidos, ¡hija!, ¿de qué diferente forma fuiste forjada que tus hermanos?

Minerva. No los mortifiques, bastante tienen con sus ineptitudes, ahora que pensabas abdicar.

Júpiter. Ellos, tras la imperdonable ambición...

Minerva. Lo sé, lo sé.

Júpiter. Correteaban sacrificando en aras de la Astucia vigor y más vigor. Se reflejó, en cada cual, la idea de ser déspota, y este deseo cundió en proporciones tan alarmantes por el Olimpo, que para atemperar los ánimos tuve que fraccionar mi poder y repartirlo equitativamente.

Minerva. Mal hiciste.

Júpiter. Desde el fondo de su gruta Merlín veía, complaciente, el egoísmo de mis allegados cumplido por mi excesiva bondad.

Minerva. Claro y de esto él sacó partido.

Júpiter. Para el anhelado triunfo dióse tal arte y prisa en construir sus redes, y con tal acierto lanzó mentiras, a granel, que a unos y a otros enemista y a todos mueve en contra mía. Como premio de tanta maldad decretó su muerte; pero valido de sus recursos múltiples se apodera de las tijeras de Atropos, rapta a Venus, y burla burlando, mañana veinte años expiran, sin que sobre su

cabeza llueva el castigo. Transcurrirían siglos de vergüenza para mí de continuar en la presente postura, obligado y sometido a su antojo. Preciso es ya confundirle en la Nada purificadora, o convenir toca a su fin mi largo reinado. Dos actitudes extremas, hijas del largo meditar, son estas que considero imprescindibles; todo, menos esclavo. Vosotros, en actitud deliberada, de una vez para siempre, gastar las energías en hacerme vencedor o vencido. Es el último favor que pediré y con ansia aguardo conocer el fallo.

Saturno. Aquí, como círculo de acero, alrededor de Júpiter sean todos los dioses y al diapasón sublime de la guerra vibren los corazones; resuene el arpa del sublime poeta en son bélico, y hasta sus enemigos tradicionales, los fornidos titanes, pongan al servicio del magno-páter sus cuerpos esbeltos. Oidlo, pitonisas, quiero el justo enojo de Ammón aplaquéis. Fuertes centauros, aprestaros para la gran pelea. Jeroglifistas excelsos ¿qué no he de exigir de vuestro esclarecido ingenio, para la derrota de nuestro tradicional enemigo? Venid en apretadas filas formando fuertes murallas de hierro donde se estrelle la rebeldía del, hasta ahora, ínclito astuto y darle muerte vil.

Varios. Eso es, la muerte para quien tanto mal nos trae.

Otros. ¡Que muera! ¡Que muera!

Varios. ¡Guerra hasta su exterminio!

Otros. ¡Guerra hasta el fin!

Uno. *A Júpiter.* Señor, véis nuestra voluntad, encargaros de conducirnos al triunfo.

Otro. Aceptad, de nuevo, las riendas del Imperio.

Júpiter. Así lo haré.

Juno. *A las Horas.* ¿Oí bien?

Las Horas. *A Juno.* ¡Oh, alegría! ¡Entonces nuestro es el triunfo!

Uno. Tan sólo él puede redimirnos de nuestra condición de esclavos.

Otro. Sólo él, que es Todopoderoso.

Uno. Y seremos libres hogaño.

Otro. Como lo fuimos antaño.

Uno. Eso es, libres.

Otro. Bien merece la pena ayudar a quien nos librará pasar por un trance tan amargo como la esclavitud.

Uno. ¡Muera Merlín!

Otro. ¡Viva nuestro señor Júpiter, rey de dioses!

Todos. ¡Viva!...

Júpiter. Así los caudillos de Marte por la redondez de la Tierra, como de Polo a Polo, los tritones, por los Océanos, animados de un bélico empuje, rompan los obstáculos, que Merlín, frenético, extenderá con profusión. Del poder de su lujuria, violentamente

arrancar a Venus, y sin las tijeras, muerto o vivo, quiero verle cuando a las cinco en el azul prusia del cóncavo Cielo la estrella Vespertina empiece a tomar cuerpo. *Interrumpe.*

Minerva. Nadie puede darle muerte si las tijeras simbólicas están en sus dominios. Para conseguir tan anhelado deseo, sería preciso que, involuntariamente, las abandonara un instante. Quizá, a ello, le obligara un gran dolor, haciéndole perder toda memoria por un corto intervalo, que nosotros sabríamos muy bien aprovechar. Me atengo a tu sabiduría; pero creo, si empiezas haciendo alardes de fuerza, perderás la partida, porque prevenido de cuanto ambicionas parará los golpes. En una gruta impenetrable, con Arisco, esbelto y arrogante mancebo, fruto de sus amores con Venus, viven en concordia, y precisamente la derrota de Merlín está en sembrar en su hogar la discordia. Origen de largas meditaciones es el madurado plan que en mi cerebro germinó, para triunfar en toda línea. Pronto deseas la derrota del adversario; mas por mi runa que te la concedo, si tu imperial permiso, para atacarle, recibo sin dilación.

Júpiter. Habla, pendiente estoy de tus palabras. Nadie sino tú acometerá la empresa. Y oidlo bien. ¡Hasta mañana; con mi con-

fianza y alegría, en esta hija mi poder declino!

Minerva. La lucha sorda que ahora empezará no ha de menester guerreros esforzados, ni de tritones, ni de jeroglifistas. Dejemos que la más santa calma sea el tutelar guardián de Merlín el mago, para de un modo inesperado reciba en pleno rostro el rudo golpe de la Venganza, sin saber quién se lo envía.

Júpiter. No vas desacertada.

Minerva. Y este es el plan. Nunca hubo en el mundo, para los padres, herida tan grande como la muerte de sus hijos. Pues bien; Arisco morirá.

Júpiter. ¿Quién podrá matarle si el instrumento de la muerte es en poder del padre?

Minerva. Tu observación esperaba. Si sólo él puede valerse de tal arma, Merlín matará a su hijo. Los procedimientos que llevaré a la práctica, mañana, al atardecer, sabréis extensamente. Ahora, para mi plan ¡oh Tiempo! eres imprescindible. Trastornarás los sentidos de Venus de forma que odiando al padre y reteniendo al hijo entre sus brazos, creyendo lícito es el incesto, como impúdica hembra le requiebre de amor.

Saturno. Algo de monstruosa tiene tu maquinación; pero cúmplase tu voluntad.

Minerva. Y con ella vuestra victoria.

Júpiter. Así lo espero.

Saturno. Desde estos instantes sólo desprecio sentirá Venus para Merlín.

Minerva. Entonces ¡Némesis, surge presto! Y ya que ostentas el título de diosa de la Venganza, en ti confío; pero para asegurar el triunfo de nuestra deseada causa, únete al engendro que esparce por los hogares la discordia y la sospecha, aleccionado se encuentra y dile vas de mi parte.

ESCENA III

Dichos *y* Némesis

Némesis. *Apareciendo.* ¿De qué monstruo se trata y dónde le hallaré?

Minerva. Dirigiendo la vista por el solsticio de Invierno, hacia el Gárgara, en la parcela del Uyuyuy, verás sobre la espiga Cundioritis tiene su asiento la cizaña Rocamandona: señora de tan vastos procedimientos para extender la ruina y desolación que es su fama proverbial, y llega al límite cuando, alentada por un instinto perverso, cubre su escuálido cuerpo con el traje de... ¡anda y pícame, que picar te quiero!

Némesis. Siento orgullo sabiendo que para el castigo de Merlín, con quien tengo que saldar cuentas particulares, fijas tus ojos en mí y si nada nuevo ordenas, voy a unirme a la

vieja que ronda por el Gárgara, no dudando con ello agradaré a Júpiter.

Minerva. Id en buena hora. *Retírase Némesis.*

Júpiter. Poderosos rivales veo contra la Astucia diriges, mas ¿a tu privilegiado cerebro, le cupo el convencimiento del triunfo?

Minerva. Sí, porque a la Cizaña calmando su sed con oro, los dañinos medios de que dispone verterá sobre el brujo, quien sintiendo el azote de la maléfica influencia—como por la terrible roya los pobres trigales, ayer vigorosos y hoy raquíticos y combados—, verá su fuerza y confianza declinar. Y no lo dudéis, el ídolo caerá de su pedestal, porque al mismo tiempo que la cizaña, hiriéndole en su dignidad, le hace entregarse por entero a sus sospechas, con toda su desnudez, con toda su implacable crudeza la venganza hermosa extenderá sus largas alas.

Uno. *Incrédulo.* ¿Y será derrotado?

Minerva. Termine esta inquietud, ¡padre! Tu sombría cara vuelva a ser alegre. Lucha sin perdón, porque mis taciturnos hermanos no sientan la nostalgia de un sueño perdido. En esta noche lúgubre y fría, más fuerte que nunca es nuestro imperio, ¿quién dijo miedo? ¡Viva nuestro señor Júpiter, rey de dioses!

Todos. ¡Viva!!

Minerva. Y a quien pensare en el ocaso de nuestra soberanía, no bien la estrella Vesper

se pinte clara en el Cielo al atardecer del mañana, demostraré, de una elocuente forma, hasta dónde le hizo caminar el yerro.

Uno. Nadie pone en duda tus palabras.

Otro. Cumple Minerva cuando promete.

Uno. Y seremos fuertes.

Otro. Sí.

Uno. ¿Con tal lujo de seguridades nos permitimos estar tristes?

Otro. Y ¿por qué estamos tristes?

Uno. ¡Bronio!, de tu garrafa inagotable dame sangre de la vid.

Otro. ¡Al vino, al vino adoremos!

Uno. Eso es. ¡Viva la alegría!

Otro. Prometo beber hasta reventar.

Uno. ¡Nuestro será el triunfo, celebrémosle!

Otro. ¡A beber! ¡A beber! *Arman los dioses gran algazara. Imponiendo silencio.*

Minerva. Atended. Ahora, de sus señorías, deseo la más perfecta discreción. Sin haceros más advertencias me retiro. Cumpliré cuanto supe ofrecer, sí, y mucho tengo aún que trajinar para conducir a la fiera al cubil. Nos jugamos el todo por el todo, es verdad; pero el reinado de Merlín tiene ya contados sus minutos.



REPRESALIAS

ACTO II

El interior de la gruta de Merlín. Aquí el mundo la fantasía a puro pulmón respira. Esta concavidad, enclavada entre peñascales y elevados riscos, cerrada a toda luz natural, la forman dos soberbios vestíbulos, independientes entre sí por un estrecho y corto pasillo que comunica con ambos. Maravilloso resorte oculto entre las quiebras de las rocas, aisla a una de otra cámara; ambas, independientemente, tienen disimulada entrada. Convertido en templo de amor es aquélla, donde el terreno más en declive va a perderse, se supone, hasta un caudaloso río que muere en el mar próximo a una albufera, y de cuyas aguas, por filtración, provee a un hermosísimo y circular almajar o estanque de blanco mármol, situado en la parte anterior del vestíbulo. De efecto sorprendente, sobre el verde líquido, es la fantástica figura en bronce del dios Marino y su carro tirado por corpulentos triquéquidos, tríglidos, trioníquidos, tritones y otras mil marinas monstruosidades, por cuyas fauces y fosas brota el agua perlada. Descrita es la piscina donde Venus baña sus ebúrneas carnes. Dirigiendo más la vista hacia el centro, entre dos columnas piramidales y sobre una mesa cuadrilonga de serpentina, bruñido jarrón de plata imita una campestre

divinidad, tal vez a Pan, con su cara de sátiro, pezuñas y cuernos en oro. Lleva el caprino y grotesco monigote lujurioso, que parece en éxtasis, de una mano una flauta labrada con primor y en la otra un blanco y gigante lirio.

Al fondo, esfumándose entre profundidades, y tras un arco en ojiva, adornado por ídolos y geniecillos, el lecho de Venus, en nácar y mármol, figurando una tridagna colosal sostenida sobre el vientre de biforme araña o bien de una centolla, de patas movibles y velludas, sobre las que aferráronse elegantes cavolinas y otros moluscos de nacarada caparazón vertiendo, a torrentes, la luz de sus espléndidos y variados colores.

A la entrada de la ojival puerta, sentado sobre el busto de la Cólera el boquiabierto y caribobo Panágoras, es el guardián, entretenido en la ocurrencia de quitar la virilidad hasta a una docena de cucurucús, que aletargados topó entre el musgo y bajo las peñas del encharcado suelo.

Y en fin, aunque no se me oculta, paso por alto cinco o seis gnomos petrificados que duermen el sueño de los justos, y de los cientopies, por las paredes trepando; y de otras mil maravillas, que a vosotros cansado y a mí enojoso sería *decillas;* como también de la iluminación, que es toda ella muy sorprendente y fantástica, pues ya procede de los ojos de los monstruos acuáticos, ora del busto del señor colérico, como tan pronto de las velludas patas de la centolla marina, del jarrón singular o de las fosforescentes pupilas de algunos ibis y lechuzas; pasaré a describir el segundo vestíbulo, si en contra mía trayéndome alguna impedimenta no viene algún airado genio infernal o paradisíaco.

Allí donde el suelo ofrece su más elevada pendiente, distinguiréis el célebre laboratorio del sin par viejo que todo lo aprendió a fuerza de su astucia. Los más raros chirimbolos, indispensables al químico, sin orden por el suelo, por la mesa, por las estanterías. Tubos comu-

nicantes, dice la historia que también existían de los que no se comunican, vasijas transparentes, vasos esmerilados, pomos de mil colores y formas, retortas, serpentines, alambiques, sopletes, hornillos, sifones, linternas, pilas, y no diré la Biblia en verso, por temer equivocarme; extractos de plantas inverosímiles durmiendo dentro de ánforas; en frascos, clasificados, funginas de los más venenosos hongos, vinagres aromáticos, variadas esencias, de rosa, heliotropo, lirio, miel, violeta y nardo; pomadas para conservar animales disecados; líquidos para preparaciones botánicas; tónicos contra la calvicie; gelatinas, jarabes, desinfectantes y unos amarillos polvos, de no sé cuál composición, mejores, sin duda, que los de don Perlimplín y que el brujo tenía en gran aprecio; por ellos, tarde o temprano, vendría en conocimiento del porvenir de las almas. Esto no era todo. En tan extraordinario recinto llaman poderosamente la atención dos hermosas estatuas: la una de Venus, sin terminar, saliendo de una rotonda llena de frutas y tórtolas; la otra representa ser el fotófobo Erebo, tapándose los ojos, desesperado, por abrasárselos mil destellos, incomparables, de purísimos rubíes, brillantes, esmeraldas y zafiros. ¡Ay, sí! De tan valiosas piedras le viste la mala intención del vengativo mago, quien no contento todavía, por las sienes ciñe, del que sólo vive en la Noche y para las Sombras, hermosa diadema de refulgentes estrellas.

Olvidaba decir que allá en el fondo existe, empotrada, a una discreta salida del laboratorio, gran y cilíndrica jaula de barrotes de acero, fabricada a ex profeso para aprisionar a alguna mala bruja, como después se verá. Y una vez dicho, penden de las paredes, a más de alguna telaraña, a representación de los dioses multitud de grotescas caricaturas, pintadas sobre amarillentos pergaminos; y vampiros, procelarias, buhos y otros pájaros de cuenta, por clavos, también prisioneros en

las oquedades; un tonel lleno de resina hacia una lateral; en la misma, amontonados, hasta una treintena de troncos de pino; y no muy lejos de allí, un crisol en donde se funden a fuego vivo cráneos de fabulosos animales antediluvianos... creo, de la manera más fiel, haber descrito el destartalado laboratorio del viejo sin par que todo lo aprendió a fuerza de su astucia.

Elévase el telón, apareciendo iluminado sólo el primer vestíbulo.

Mientras Saturno penosamente penetra por las grietas de una pared y haciendo signos cabalísticos extiende el maleficio que la ideal Minerva pensara para la derrota de Merlín, Venus, radiante de hermosura, hacia el centro, parece en meditación, hasta que una corneja su melancólico canto deja oir; a tal suceso, como si hubiera sido la señal convenida, reduciéndose en humo se desvanece el Tiempo, sale la diosa de su abstracción y sacudiendo, nerviosa, su cabeza incomparable, las rizadas hebras de sus largos cabellos intensamente negros en alborotada nube flotan por los turgentes y albos senos, torneados al fuego de los puros rayos del Sol. ¡Hembra habida no los tuvo igual! Invocaria al mismo Páris para la verdad de mi aserto, si alguien, de mis justas alabanzas, no hiciera artículo de fe.

¡Ah! jarrón caprino, que duermes con los ojos muy abiertos sobre la mesa de serpentina! ¡Ahora comprendo el porqué de tu cara de sátiro!

ESCENA PRIMERA

Venus

Dicha. Por fin llegó a mi vida el despertar. Prisionera ¿hasta cuándo, dentro de esta cueva, por la codicia de un ser decrépito?

Ayer, ciega, te creí hermoso y corrí hacia el cautiverio; soñaba aunque despierta; hoy, mis ojos se llenaron de luz, y la tu vejez y horrible fealdad correr me harán a ser libre, y llegaré al Olimpo no bien la Aurora dios Apolo abra las puertas del Cielo. ¡Ah, cómo el tiempo cambia! ¡Ya, con tu hermosura, ni durmiendo, sueño! ¿Y puede haber estética en una cara de burro viejo con alas de un murciélago por orejas? ¿Dónde la esbeltez de tu cuerpo caprichosamente encorvado?

Víctima de un maleficio inexplicable, sin duda, fué todo lo horrible atractivo imán para mí; pero ya el Tiempo trae razón a mis perturbados sentidos y con invencible repulsión abandonaré la gruta y este abominable tálamo, testigos mudos de cuantas veces tu lujuria desbordante, de viejo prostituído, se aplacó en la hirviente sangre de mi cuerpo juvenil. ¡Fuera grande tu poder si pudieras reducirme a la esclavitud, inmundo sapo enamorado! ¡No el despotismo, no la templanza vendrían a convencerme de mi resolución! ¡De ti, jamás desde hoy! Ni por el amor de nuestro tierno Arisco, ni por tu desesperación más profunda! *Se oyen discretos golpes hacia la disimulada entrada del vestíbulo. Sobresaltándose Venus.* ¿Quién por la secreta puerta se aventura a llamar? Acaso fuera el viento al penetrar por alguna

grieta del muro. *De nuevo se escuchan los golpes.* No; veamos quién es el atrevido en esta hora avanzada.

Venus toca un disimulado botón sobre la frente del busto de la cólera, y al mismo tiempo se le cierra la boca al tontísimo de Panágoras queda abierta la misteriosa puerta. Venus reconociendo a su hijo.

ESCENA II

Dicha *y* Arisco

Venus. ¡Ah! ¿Eres tú?

Arisco. Sí, madre mía.

Venus. ¿Qué singular acontecimiento te trae a mi vestíbulo a las altas horas de la Noche?

Arisco. Ello fué, que a mi señor padre, no hace mucho, dió en la manía de querer ausentarme de Citeres bajo un fútil pretexto; en su cara se pintaba un ardiente deseo, que precisarlo sería difícil. Nunca le hallé de tal conformidad. Su rostro tenía algo de suplicante. Vehemente me decía: Anda, hijo, luego será tarde; sobre la Isla encontrarás una tripuda chalupa, en ella acondiciónate y rema, rema sin cesar; dirige la proa hacia la Creta, o dirígete a Laconia, o hasta el fin del Orbe; lo esencial es no estés en esta Isla maldecida; preciso es me obedezcas. Y como mostrare disgusto y contrariedad ante el

mandato, él se puso colérico, y más por miedo que por obediencia, transigí.

Venus. Extraño proceder.

Arisco. Llenó esta bolsa de valiosa pedrería y oro, y entregándomela dijo: Ahí va más de lo que necesitas para vivir por unos cuantos días, para unos breves días que te saldré al encuentro dondequiera estuvieres, y juntos regresaremos a la Isla de la que sales hoy con carácter de fugitivo, y el triunfo y la felicidad será para con nosotros por siempre. Dióme un abrazo, y como si le corriera una gran prisa el perderme de vista, puso el remo en mis manos, dió un vigoroso empuje a la chalupa que se internó conmigo mar afuera, y vi, en la expresión de su cara, el contento, y una contra otra frotar sus manos a modo de satisfacción, y en el Cielo clavar sus hoscas pupilas en señal de triunfo.

Apenas él perdióse de mi vista, movido por un ardiente deseo de venirte a ver, sin duda la desobediencia me aconsejó, dirigí la proa del barco hacia la Isla: era fuerte abandonar, aun cuando para unos días, los patrios lares sin despedirme de ti.

Venus. Hiciste bien.

Arisco. Esta fué la intención mía, sólo decirte adiós; pero al tocar mis pies la playa, un sofocante baho penetró por estos pulmones y

fué a llenar mi pecho de sentimientos cálidos, y a mi cerebro de impuras ideas. ¡Es horrible expresarte los sentires de mi alma envilecida, sujeta a la condenación eterna, por el poder de algún sortilegio hecho, a no dudarlo, por un poderosísimo brujo, que se me antoja fué el Tiempo!

Venus. ¡Bello hijo mío! ¿Qué tempestades brotan en tu corazón?

Arisco. Pero sabré ser digno, y víctima del maleficio, moriré, primero hambriento que faltar al sagrado deber que un hijo tiene para con sus padres. Ya en tal postura, me creo en la obligación de, como al principio, decirte adiós, y ahora para siempre. Los móviles que a ello me impulsan decírtelos he para no me tildes de ingrato.

Una revelación vino a manifestarme que aquí, bajo este techo, estaba mi felicidad, y tú la constituyes. Aún las aterradoras palabras de un ser desconocido siento: Fuera tonto corrieras aventuras ¡oh, joven!, cuando tan cerca de ti las tienes. Vete guiado por el carnal deseo que te inoculó a saciar tus apetitos en el cuerpo de tu madre. Ella es reina de gracias, y la mejor rosa de un ramillete, la perla de mayor oriente en un collar, la más brillante estrella de los cielos, entre las incomparables, la más hermosa... Grandes venturas te aguardan, ¡hijo desobe-

diente! Hiciste bien no cumpliendo la voluntad de tu zorro padre que tanto sabe. ¡Quizás hayas desbaratado los planes al sabio! Y una risa estentórea me dejó confuso a lo largo del camino y sin saber qué partido tomar hasta que, formando en mi espíritu cuerpo la idea de manifestarte cuán desgraciado me hicieron los Poderosos, vine hasta aquí, y así, escuchando de mis labios tan horrible confesión, encontrarás razonable mi huída para siempre.

Venus. ¡Oh! Tu abnegado proceder que habría de traerte la desgracia cuando en el destierro te encontraras, hijo, refrena los ímpetus que el deber te dictan; no huyas, no, quizás en lejanas tierras tu cuerpo desdichado sufra las nostalgias de un paraíso perdido. Deja de torturar tu espíritu con la pesadilla del deber. Yo, por ti, siento una inclinación fascinadora, que hasta hoy no la presentí, sin duda, del mismo emponzoñado filtro que a ti diéronme del bebedizo los Poderosos.

Arisco. ¡Madre! ¡Madre! ¡El deber o la muerte primero!...

Venus. ¿Quién habla de morir, ahora que la felicidad se nos entró por las puertas de nuestra futura dicha? ¡Ah, lumbre de mis venas! ¡Ven, hijo, ven a mis brazos, que ya las frescas aguas del Pactolo no sabrían cal-

mar mi sed ardiente! *Arisco huye de los brazos que su madre quiere tenderle.* ¡Ven, hijo, llega hasta mí, mirando compasivo hasta qué trance me colocó el deseo; no te detengas!

Arisco. ¡Jamás! Sobre nosotros caería la responsabilidad de tan monstruoso incesto!

Venus. ¡Sí! ¡Sí! ¡Quiero!...

Arisco. ¡Nunca! ¡Aparta, ardiente hembra, no me abrases en la lumbre de tus ojos, mira que el castigo y la vergüenza serían por siempre nuestros compañeros, de los dioses la mordaz sátira vendría persiguiéndonos y maldecidos por mi padre sólo la desgracia nos sería propicia!

Venus. ¡No te detengas, no! ¡Seré a impedir lleves la mortificación a tu cuerpo! No cabe obedecer a la secreta voz del deber, que invocas, cuando la pasión grita en el pecho cual rudo el huracán; ni pretendas hacer recaer en nosotros una culpa hija legítima del capricho de los dioses. Ellos, que todo lo pueden, todo lo trocan y nuestros puros cariños ya los llevan a enterrar, porque hicieron nacer en nuestros cuerpos deseos torpes, sentires insanos.

Arisco. Presiento a la Desgracia venir cerniendo sus alas hasta aquí.

Venus. Si así lo quieren los inmortales rodemos al cataclismo, víctimas podrán llamar-

nos de sus injusticias, y no tildar de culpables al sentir ardiente calor si en nuestro pecho pusieron el volcán, si en el cerebro el mal pensamiento, si en nuestro irresistible deseo la acción.

Arisco. ¡Ah, miserable de mí!

Venus. Si te hicieron atractivo imán a ellos de rigor es encausarles, pero la culpa tampoco ha de recaer sobre los inmortales todopoderosos. ¡Ven, hijo, ven, que ya presiento, como una futura aurora, nuestra felicidad!

Arisco. Tengo miedo; un miedo invencible se apodera de mi espíritu.

Venus. Desecha esa inquietud que atormentándote está. Fuertes clarividencias que surgen por mi espíritu vienen a demostrar hacia el lugar donde la tormenta va a sonar.

Arisco. ¿Quién será, pues, la víctima del feroz ensañamiento de los dioses?

Venus. Lo sabrás en breve. *Cogiéndole apasionadamente y llevándole hacia la tridagna.* Ahora es de rigor pasemos ocultos y desapercibidos el resto de la noche, hasta mañana que, saliendo por la disimulada puerta y guiados por las primeras tintas de la Aurora, huyamos de esta cárcel sin ser vistos.

Arisco. Y si lo crees bien partiremos en la barca, que duerme sujeta por su amarra en una aguda roca.

Venus. Y tú serás el remero y la proa pondremos hacia un lugar desierto.

Arisco. Aun allí la ira de mi padre nos perseguirá.

Venus. Bello presentido. ¿Lo crees así? ¿Por qué ese temor si prometí muy en breve decirte quién será la víctima?

Al tiempo de abandonarse Venus y Arisco sobre la tridagna, los ojos de los monstruos marinos pierden paulatinamente su luz hasta quedar el vestíbulo envuelto en discretas sombras.

—

Caprichosa iluminación haciéndose de repente alumbra al laboratorio cuando ya el viejo Merlín desciende a él por una escalera de cáñamo sujeta en el techo, muy cerca de donde muy estrecha fisura a duras penas deja pasar el cuerpo de un ser humano. Trae en su cara la más viva satisfacción pintada, y como si le corriera una gran prisa, para obtener sus maravillosos polvos, fundir las cabezotas y cabezotitas de animalotes y animalejos, atiza el fuego. Una cuchara o cazo gigantesco repetidas veces y no muy cariñosamente sumerge en el crisol.

ESCENA III

Merlín

Dicho. Santas noches y tranquilas de paz me aguardan ahora que el batallar llega a su término. Vuestros gestos altivos, príncipes tiranos, que en lucha cruel y peligrosa durante veinte años me trajeron, a muecas

grotescas veránse reducidos, donde la impotencia de vuestra fuerte raza se mire reflejada, y expirará el plazo profético y absurdo, a cuyo recuerdo tiemblo, por el capricho de los altos mandos, dictando al oráculo mismo la sentencia infausta de que en la propia Cíteres verdugo fuera yo de mi hijo Arisco. Antes falte la Luz, y a mí los tristes ojos, y en brazos de Tahanatos y el Olvido durmieron mis hazañas, y el mar hecho con sangre de inocentes querubines, que a tal extremo injusto y criminal me hiciereis.

Y la hora fatal de vuestra predicción, que se avecina, quedará conjurada; él, alejado de Cíteres, boga y rema llevado por su salvadora y frágil barca a puerto seguro, y la Isla elegida por tumba será mansión de paz y recreo para quien, perseguido con un ensañamiento sin precedentes y sin saber el motivo, se ve forzado a huir hasta que el horario del Tiempo indique no corre el riesgo de morir por mis manos.

Caballero alerta, haciendo que vuestros planes aborten sucesivamente, tenéis a mi espíritu día y noche, y en la reñida contienda no se me oculta tratáis usurpar el cariño que Venus siente por mí. Si os creisteis cada cual dignos de tanta ventura y las adversidades me trajeran la desgracia... ¡ay! al más

venturoso dios que Júpiter en premio se la diera, sería el más desdichado de los dioses. La inconstancia, si de mí se olvida, brotará en su corazón, y tomando a Marte por Vulcano, y dejando aquél por Baco y a éstos por algún Adonis venidero, despreciando siempre hoy lo que ayer anheló, cristalizará su cuerpo en y para un ambiente impúdico de frívola novedad, que al menos aprensivo traerá sonrojos el recuerdo sólo de haberla conocido.

Entretanto, en esta paz aparente y sorda en que me tenéis sumergido, os conjuro para que descarguéis cuantas felonías para mí pensasteis, y tened el convencimiento de que por un impulso de generosidad habido en mi pecho, mayor aún al deseo del triunfo, gobernando giráis en el Olimpo, con todos vuestros atributos y egoísmos, en torno del magno Páter.

Diciendo estas palabras, la tempestad se desencadena furiosa allá afuera, donde la lluvia debe caer copiosamente; los truenos son intensos y persistentes, haciendo retemblar las paredes y objetos de la gruta. Retador y majestuoso se encuentra Merlín ante el furor de los elementos, nuncio del mal humor de las divinidades paradisíacas, cuando menudos y discretos golpes déjanse oir hacia el lugar donde existe una secreta entrada al laboratorio. Quejumbrosa voz de anciana se percibe pidiendo hospitalidad.

ESCENA IV

Dicho. *Desde fuera la voz de* **Rocamandona**

Voz. ¡Abrid! ¡abrid!, por amor a la caridad, a una pobre anciana, que después de una gran jornada la arrolló la tormenta en mitad del camino.

Merlín. ¿Quién eres y adónde vas? La aventura te trajo, seguramente, engañada; ponerse en camino cuando el Cielo amenaza tormentas es empresa arriesgada. Hermana, vete en buena hora.

Voz. ¡Señor, abridme la puerta!...

Merlín. Y si difícil fué la entrada a todo ser en esta gruta, ves sabiendo que la salida sería impracticable. Vete, pues, y agradece mi consejo.

Voz. ¡Las lluvias mojaron mi túnica y me siento desfallecer por el frío! ¡Insisto me deis hospitalidad, siquiera hasta que la tormenta ceda!

Merlín. Mira bien lo que deseas. El Cielo hace un instante estaba despejado, y por mucha prisa la pertinaz lluvia se diera en caer, no se me oculta para ti sería leve, puesto que viene dirigida sólo en contra mía.

Voz. Cuando la lluvia cae a todos nos moja. Calentarme en el rescoldo de algunas bra-

sas sería mi felicidad. ¡Tengo frío! ¡Siento un frio glacial, abrid por amor a la caridad!

Merlín. Grandes deseos tienes en conseguir tu objeto; alguna muy importante misión te dieron los dioses cuando sin comprender la verdad que mis palabras encierran y despreciando mis advertencias sigues insistiendo por conseguir una hospitalidad a buen seguro funestísima para ti. A tu buen sentido encomiendo tu cuerpo de vieja malvada; procura, pues, ponerte en salvo.

Voz. No lo creáis así, no, ¡no!; sólo buenas nuevas y dulces noticias puedo yo traeros.

Merlín. Mas no ha de decirse puse en esta ocasión obstáculos al peligro, del cual debes ser portadora, y por demostrar a los Poderosos no les temo, si crees para alivio de tu pobre cuerpo necesario albergar y reconfortarte en las ascuas que, en efecto, encendidas tengo, toquen tus manos, que deben ser muy flacas y muy de vieja, en esa especie de botón saliente que advertirás por encima de tu cabeza, en el muro, y dos veces en el suelo golpea con el pie donde esa mancha, que no es otra cosa que un granate incrustado en el pedernal.

Mientras esto dice, el mago va apagando las luces del laboratorio hasta sumirlo en sombras. Un ligero crujido, como de algo que se resquebraja, indica que Rocamandona puso en ejecución las instrucciones dic-

tadas por Merlín. Enorme grieta, haciéndose en el muro, pone en comunicación el exterior con la jaula de hierro, donde inconscientemente, al penetrar, queda encerrada la vieja entre los barrotes y el muro vuelto a su primitivo estado de solidez. Cruel risa de Satanás se dibuja en los labios de Merlín mientras la arpía Rocamandona, hecha una tarasca, golpea con brío los sólidos barrotes de su prisión.

Merlín. Con la piel pagan los obstinados, maldita bruja, que a todo trance tratabas de perjudicarme.

Rocamandona. *Suplicando, y desde este momento tuteando a Merlín.* ¡Suéltame! ¡Suéltame! Por el dios que seas idólatra.

Merlín. ¡Oh, venturosa casualidad! Con tu adquisición encuentro lo real para terminar el invento de mis amarillos polvos que leerán el porvenir de las almas.

Rocamandona. ¿Qué pretendes hacer de mí?

Merlín. Sin duda, era tu cabeza la que buscaba afanoso para conseguir mi maravilloso invento. Dirige hasta aquí tu vista. *Señala el crisol.* Este es el lugar donde tu terca obstinación ha de precipitarte.

Rocamandona. ¡Nunca podrás hacer tal cosa con una pobre anciana!

Merlín. No pretendas, con tus lamentaciones, falsear la intención que aquí te trajo.

Rocamandona. Buenos, fueron muy buenos los móviles que me impulsaron para venir hasta aquí. ¡Suelta, concédeme la libertad, no

fuera por tu actitud a juzgarte algún dios de cobarde, por amenazar a una pobre vieja, indefensa; suelta te repito, por ser un gran desacierto tengas, entre estos barrotes y el muro, prisionera a quien, ciertamente, no reúne por junto energías para levantar un cántaro de hidro-miel del tamaño corriente!...

Merlín. Cuán inútil es tortures a tu ingenio.

Rocamandona. Sobre todo ya que fuiste magnánimo momentos antes, aconsejando no penetrara hasta aquí, concédeme ahora el traspasar el muro y considera no vine a mendigar tan dura hospitalidad.

Merlín. Calla, en mi poder te encuentras, y es tan ardiente el deseo de llevar a fin cuanto pensé, a costa de tu pellejo, que la más dura prueba no me haría desistir, ni aun cuando se tratara no de una mala víbora y sí de una santa mujer.

Rocamandona. Mira por donde, tus palabras, fiel reflejo de la actitud que te anima, vienen a ahorrarme el ser fingida desde estos momentos. No por ti será mi libertad un hecho. Sé hasta dónde llega la entereza de tu carácter; ¿y si mis súplicas desatenderías, por qué volver a insistir sueltes de la jaula al pájaro? Pero no tu feroz alegría durará mucho tiempo, tu momentáneo triunfo apenas tendrá la duración que vida un relámpago.

Merlín. Nada han de importarme los silbidos de la venenosa sierpe encarcelada.

Rocamandona. Y consciente del peligro, que debía proporcionarme el llegar hasta aquí, vine para predecir tu derrota.

Merlín. ¿Por qué desde afuera no me la cantaste y el lance hubiera sido menos expuesto para ti?

Rocamandona. Era, en la gruta, indispensable mi presencia para mis palabras tuvieran visos de realidad.

Merlín. Metafórica estás.

Rocamandona. Y bien aventurados quienes anduvieron por el mundo sin encontrarme en el camino.

Merlín. Nunca tuve noticias de tu existencia, ni procuré ver, en ti, la calidad del enemigo con quien tenía que habérmelas; pero aparte de un ligero disgusto proporcionado al contemplar tu enrevesada cara, aseguro no vislumbro el peligro y los daños que me puedes haber traído por llegar hasta la gruta y en la triste condición en que sólo puedes valerte de tu lengua.

Rocamandona. Y es bastante, créelo; mis energías sólo viven en mi lengua de víbora, y tú, confundido, inventas esta fuerte cárcel para mi débil cuerpo y no una mordaza que me hiciera callar. Gran desacierto tuviste consintiendo franqueara la entrada...

Merlín. Acaba, mi paciencia va llegando a su término y por poco tiempo te emplazco, para que hables claramente.

Rocamandona. Sabe, pues, diste en tu hogar albergue ¡oh Merlín! a la cizaña, y por donde quiera pasé se dibujó el espectro de la desolación. Soy la carcoma de los bosques, la sarna de todo granero y por los hogares siembro la discordia; el causar perjuicio es mi goce profundo, respiro para la maldad a pulmón abierto, y cuando la grandeza del daño adquiere proporciones gigantescas una risa voluptuosa embriaga mi existencia por entero. La Envidia es mi eternal amiga y la favorezco con la potencia de mis cinco sentidos, tanto vaya haciendo compañía a un altivo y despótico monarca, tanto se apodere de un humilde esclavo...

Merlín. ¡Calla!

Rocamandona. Y sembrando querellas, a veces injustificadas, rencores y odios, surgen sangrientas guerras, y por las cuales pueblos florecientes quedan reducidos a montón de ruinas calcinadas.

Merlín. ¡Siniestra bruja, te mandé callar!

Rocamandona. Y en tu hogar floreció la desgracia, porque en estos instantes de suprema angustia en que sientes el horror de una posible venganza...

Merlín. ¡Cállate! ¡Cállate! ¡Más vale ignorarlo!

Rocamandona. Apuesto galán, que desde hace tiempo consiguió el favor de Venus, se encuentra rindiendo, ahora mismo, ferviente culto a su hermosura.

Merlín. Di que mentiste, mala mujer; devuélveme la tranquilidad y no tardarás en ser libre. *Una risa sorda y siniestra de gozo indescriptible acomete a la feroz Rocamandona.* ¿Pero qué siniestra y feroz alegría percibo en el brillar de tus ojos? ¡Aborto del infierno! ¿Hasta dónde alcanza tu poder que llevas a mi espíritu la duda? ¡Pronto sabré el motivo de tus risas, la intención de tus palabras, mientras aquí, presa, morirás, por hambre, si mentiste!

Rocamandona. No mentí y de salir al encuentro de tu rival mucha cautela, señor zorro, la presa puede escaparse.

Merlín. ¡Si cuanto dices es cierto, morirá, irremisiblemente!

Mientras Merlín, silencioso y amenazador, penetra, haciendo jugar un resorte, en el estrecho pasillo que comunica con el vestíbulo de Venus, y llegando hasta la misma tridagna, con su diestra mano crispada sepulta las tijeras de Atropos en el pecho de Arisco, ignorando fué a su hijo a quien le alcanzó la venganza; la cruel vieja Rocamandona, metiendo las manos en sus flácidos pechos arrugados como vejigas sin aire, saca de la túnica una lima de templado acero y con un vigor impropio de su edad se entrega ardientemente a la operación de partir los barrotes de su prisión.

Rocamandona. Estos instantes son preciosos para mi libertad. *Tras de grandes esfuerzos consigue su propósito, y saliendo de la jaula,* ¿Conseguiré trepar por la escalera, sin ser vista, hasta ganar esa oquedad que miro en el techo? *Trepa por la escalera de cáñamo para huir; pero como su característica es el causar perjuicio y el sembrar la ruina, se vuelve sobre sus pasos, y al mismo tiempo que vierte el tonel de resina hacia el lugar donde se encuentran los troncos de árbol, y sacando de la hornilla varias ascuas que desparrama por el suelo con lo que se inicia un rápido incendio en la gruta, va diciendo*: ¿Y voy a marcharme de aquí sin realizar una de mis bellas aspiraciones? Se diría entonces no supe aprovechar mi tiempo. *Se ríe cruelmente.* Se diría entonces habría perdido, por primera vez, la noción de lo que es mi alto cargo. ¿Y me cupo mayor ventura que el destruir este laboratorio y ponerte en trance de que perezcas, como un abrasado gusarapo?

Dice, acontece y precipitadamente sube la escalera, porque las proporciones del fuego se multiplican por momentos; pero no quieren los Misericordiosos salvar a tan pérfido monstruo, y una horrible explosión, ensordecedora, producida por el fósforo vivo y otras mil materias explosivas, al reventar dentro de sus frascos, prenden las naves. Las llamas, gigantescas, todo lo invaden, abrasando por sus puntos de suspensión a la

flotante escalera que viene aparatosamente al suelo con la fugitiva incendiaria. Tras de lamentaciones indescriptibles muere abrasada por la voraz hoguera la promotora de la carroña social, la escoria de todo vicio.

El mundo, por tal acontecimiento, hubiera podido vestirse con traje de fiesta, si la semilla, que sus huellas dejaron en los surcos de la redonda tierra, fecundándose al amparo de los esplendentes rayos del divino Sol, no hubiera dado tanto fruto.

Mientras esta escena va sucediéndose por sus pasos contados, en el vestíbulo despiértase Venus, sobresaltada por el siniestro golpe que da Merlín con el arma de la muerte en el pecho de su mismo hijo. Horrorizada dice:

Venus. ¡Merlín feroz! ¿Qué hiciste?

Merlín. ¡Lo has visto: quitar la vida a quien venía a dar mengua a mi honor!

Venus. ¿Es realidad o estoy bajo la pesadilla de un sueño?

Merlín. ¡Y es mi mayor tortura tu inmortalidad, si no ahora mismo corrieras igual camino!

Venus. ¿Sabes a quién dió muerte tu mano criminal!?

Merlín. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Admirado estoy por tu osadía, gran señora!

Venus. ¡Ríete, ríe! ¡Orgulloso debes encontrarte ante el cuerpo ensangrentado de nuestro hijo!

Merlín. *Retrocediendo espantado.* ¿Qué has dicho? ¿Oí bien? ¿Mi hijo? ¡Imposible!

Venus. ¡Ah, madre infelice! ¿En este secuestro, qué vida te aguarda ya?!

Merlín. ¿Quién es el muerto? ¡Me da horror el pensarlo! ¿Qué clase de monstruo soy yo? ¡Es él! ¡Mi hijo! ¡Parricida!! *Cae sobre el cadáver llorando, y abrazándolo.* Es la predicción fatal, cumplida. ¡Maldición!

Venus. ¿Y era este el programa de dichas para lo porvenir? ¡Implacable! ¡Monstruoso! ¡Horrible engendro! ¡Ay!... Con él ha muerto para ti mi corazón! ¡Pero no es posible consientas tanta barbarie y nuestro hijo debe vivir para nosotros, tiene que vivir! ¿Verdad le has de resucitar?

Merlín. ¡Si arrancándome, a tiras, la carne de mi cuerpo, y vertiendo mi sangre hasta la última gota pudiera darte, ¡hijo!, el aliento que te he quitado!!...

Venus. Tus embrujadas pócimas; tus ungüentos; tus palabras cabalísticas, ¿...? ¿no podrán conseguir tanta ventura? *Merlín mueve negativamente la cabeza.* ¿De qué te sirvió tu sabiduría?

Merlín. ¡Dioses miserables y vengativos, su cuerpo bien muerto está! ¡Gozaos! ¡Gozaos en este triunfo; pero mi venganza ha de ser feroz!

Venus. ¡A nadie culpes, sino a ti mismo de tanto mal!

Merlín. ¡Ellos! ¡Ellos los promotores de esta barbarie!

Venus. ¡Pero es imposible, que entre todos, me

traigáis tanta desgracia, y si mis súplicas, que aquí caerían en el vacío, y mi sufrir hondo no te conmueven, yo misma, en este instante... *Toca el resorte de salida, abriéndose instantáneamente la puerta,* iré al Olimpo y verteré tantas lágrimas y encontrarán los dioses tan sincero mi dolor ante la desgracia, que conmovido Júpiter mismo no querrá desampararme y enviará un dulce rayo de luz capaz de poner en movimiento a este pobre corazón que ha dejado de latir!

Merlín. *Desprendiéndose de su hijo quiere impedir huya Venus.* ¡Aquí, tú! ¡No partas! ¡Causarías a mi destrozado corazón mayor tortura! ¡Quédate, infeliz! ¡No huyas! ¡No huyas!

Se precipita tras de Venus que ha desaparecido. Cuando a traspasar va el dintel, Némesis, la hermosa deidad, que se deja ver cuando la venganza suena en toda su majestuosa belleza, aparece oponiendo resistencias inauditas a los desesperados esfuerzos de Merlín, que, a todo trance, quiere ganar la salida. Némesis, haciendo una raya con la flamígera espada de la vindicta.

ESCENA V

Dicho *y* **Némesis**

Némesis. De aquí no pasarás.

Merlín. ¡Déjame libre paso! ¡Venus, Venus! ¡Vuelve a la gruta! ¡Paso, gran señora!

Némesis. ¿A qué suplicas? ¿A qué forcejear? Ármate sólo de gran resignación, que es el gesto propio de los pequeños y humildes. De fuerza o por grado caiste en las redes sutiles de la ingeniosa Minerva y la predicción de los dioses marcan el fin de tu reinado. Venus, idolatrada, de tu astucia libre, por fin, va a cumplir su papel en el universal Paraíso, y su belleza, extraordinaria, encontrando buena acogida en el Cielo, será codiciada fruta de todos los dioses.

Merlín. ¡Nunca!

Némesis. Vuelvo a advertir debes armarte de una gran conformidad, y, de paso, sé espléndido en el óbolo que dieras a Carón, cuando la mortífera siega se ponga en movimiento para ti.

Merlín. Nadie puede matarme si el instrumento de la muerte se encuentra en mi poder y las tijeras son mías.

Némesis. Algún imprevisto suceso pudiera hacer las rescatásemos.

Merlín. Mientras mi voluntad exista, ¡no! *Intenta de nuevo huir.*

Némesis. Pero, ¿qué pretendes? ¡Aparta, no intentes salir!

Merlín. ¡Y ella volverá a la gruta!

Némesis. ¡Y ella no volverá a la gruta, Némesis lo garantiza y créelo! Todos los dioses, a quienes desafiaste, se congregan, tal día

como hoy, en contra tuya. Apenas puedes darte cuenta del castigo que se te viene encima.

Merlín. ¿Y qué mayor daño que este de arrancarme, de un golpe, mis dos únicos seres queridos?

Némesis. Fija tus ojos por donde las aguas, filtrándose, rezuman a través de los muros. ¿Comprendes, ahora, la magnitud del daño que vas a recibir? Abiertas las esclusas, el mar hinchado penetra por los diques y en horrible catarata se desborda a planos más bajos.

Merlín. ¿Qué hicieron los miserables?!

Némesis. Y tu pobre guarida, bajo el nivel de la ría, recibiendo el constante azote de las aguas, que aumentan de peso y volumen por instantes—así hicistes llorar a los cielos para hinchar de enojos al mar de tal manera—, haciéndose paso entrarán impetuosas anegando el templo de tus amores, si no le aplastan.

Merlín. ¡Ah, malditos, malditos!

Némesis. Oculto y sepultado el tálamo bajo el mar, ya no podrás entregarte, como solías, a tus contemplaciones y éxtasis. ¡Merlín, desespérate cuanto quisieras: Venus, aquí, no volverá!

Merlín. ¡Miserables! ¡Pluguiera al caprichoso destino poder convertiros en un solo hombre,

que así os clavaría mis tijeras a un tiempo en el corazón! ¡Y todo por mi gran culpa! ¡De sobra fuí misericordioso hasta aquí; pero cuán duro me cuesta tal debilidad! ¡No obstante soy fuerte; más fuerte todavía que un cíclope, y así como pretendisteis hundir mi hogar y mi dicha, derrumbaré, por siempre, vuestra soberanía!

Némesis. Si la ira ha de llevar calma a tus nervios, bien que la ejercites; mas temo tus bravatas vengan demasiado tarde, y mira la elocuente prueba de mi afirmación.

Dice y desaparece al mismo tiempo que desraigándose varias piedras del muro por la presión de las aguas, éstas penetran a grandes chorros por el vestíbulo, amenazando hundir la techumbre y aplastar al desesperado viejo.

Merlín. *Corriendo frenético de un lado a otro, para librarse de las goteras que mojan su enjuto cuerpo y blancos cabellos.* ¡Es de rigor! ¡Es de rigor abata, para siempre, vuestro imperio! *Cuando esto dice, fragorosa explosión se deja oir en el laboratorio provocada, como se sabe, por el incendio que el genio infernal de la miserable arpía produjo. Horrorizado se lanza Merlín en su gabinete de trabajo, pasto de las llamas y del humo.* No pudisteis ser más rigoristas en el castigo. Me amenazáis por fuego y agua. Si poner a prueba mi fortaleza fué vuestro de-

signio, de nuevo, como tantas veces, quedaréis chasqueados. No el triunfo sonará en vuestro favor. La magnitud de la hecatombe apaga el dolor en este corazón, que late para la venganza sólo; y ya no hay tiernas lágrimas en los ojos para desahogo de mi rabia honda. Sólo el desquite y para el desquite respiro, y, de nuevo, la serenidad ¡quién lo creyera! que siempre fué peculiar en mí, la siento viene en tan críticos instantes para tomar cuerpo en mi espíritu.

Los inmedibles males, que os dignasteis conceder, no puedo decir los extirpé de mi cuerpo, pero sí quedaron localizados; y tal vez sea esto un nuevo capricho de los altos ingenios, en contra mía congregados, pues sorprendente es, en verdad, tener insensible el corazón si mi hijo ha muerto y este padecimiento en la boca ¡ay! ¡Horrible es el dolor de estas mis muelas! ¡Sin duda, por la muerte de sus allegados cada cual padece a su manera, y yo, puedo afirmar, sufro muy a lo vivo en este instante! ¡Ah, maldito raigón! ¡Sospecho debes estar de duelo, que tal guerra me estás dando! ¡Cuánto desearé, pues, mi libertad! ¡Anhelo encontrar en mi camino algún alma piadosa que me arranque, a cualquier precio, esta raíz de la boca para remedio de mis penas! ¿Pero podré conseguir esto?... El agua, por una parte, me

cierra el paso. El fuego, y lo digo con gozo, que tostando está el cuerpo de la maldita arpía, y el mundo no ha perdido con ello nada, con sus mil lenguas devoradoras trata de martirizar el mío, hasta que convertido en vivo y calcinado tostón, en mis dolores, declinara a favor de la muerte mi voluntad inquebrantable, entregando, a los Implacables, las tijeras que jamás las verán en sus manos.

¡Tormenta, tormenta! ¡Tú ruges dentro de todo mi ser! ¡Espera y descargarás tus iras en oportuno lugar! Entretanto, crédulas señorías: si cegasteis las bocas de salida pensando encarcelarme, como se puede encerrar a un topo en su madriguera, seré a convenceros; no tal calificativo corresponde a Merlín que tiene recursos múltiples para abrirse paso por las dificultades.

Agarrando una piqueta da fuertes golpes en la pared. A juzgar por los sonidos a hueco que el pico, hundiéndose sobre esta parte del muro, produce, prueba no ha de ser difícil tarea echarle abajo.

Empezada que fué esta febril tarea por el viejo, termina el cuadro.

CUADRO II

Comiénzase este sobre apareciendo el exterior del refugio de Merlín, enclavado bajo el nivel del mar. Las revueltas aguas inundan la gruta en sus dos terceras partes.

En la serenidad de la noche se percibe el trabajo febril del viejo, golpeando con la piqueta el falso muro, hasta que, cediendo, éste se quiebra primero y después se desploma. Sale al exterior Merlín, de entre una nube de fuego y humo, mientras por la parte opuesta llega, sin creer es visto, el odontólogo y falso Basilio, que no es sino Minerva de tal forma disfrazada. Trae unas tenazas, que le servían allá en el Infierno, según dirá muy ingeniosamente a Merlín, para dejar melladas cuantas bocas de mortal el azar, durante una gran temporada, puso en sus manos.

ESCENA VI

Merlín *y* Falso Basilio

Merlín. *Dándose cuenta de su situación.* Mal enemigo, a la vista, viene ahora haciéndome frente. No creas, a pesar de tu falso ropaje, pasas desapercibida, Minerva genial. Esos tus ojos intensamente negros, inconfundibles, brillan traicionándote. ¿Para qué ante mí con tal atavío? No tu creída perfecta metamorfosis es lo que me va a traer la derrota. En guardia puesto, obraré prudentemente.

Falso Basilio. De tal forma vestida, seguro no ha de reconocerme, y adaptando una postura amistosa para él quizás no sea empresa tan ardua descargar el golpe que ha de arrastrarle como un vil gusano por el suelo.

Merlín. Acerquémonos sin temor, fingiendo no conocer a la divinidad, y así, con el curso de sus palabras, me iré enterando de la urdimbre que tejen para mí los Inmortales.

Falso Basilio. Él avanza. ¿De qué manera presentarme? ¿Cómo iniciar el diálogo para no despertar sospecha?

Merlín. *Llevándose las manos a la boca con vivas muestras de intenso dolor y dirigiéndose al Falso Basilio como si no le hubiera visto.* ¡Cinco óbolos doy a quien me extraiga esta maldita raíz!

Falso Basilio. ¿Decís, señor, cinco óbolos? (1). No es mucho; sin embargo, a ese precio quitaría cuantos dientes, muelas y colmillos tengáis en la boca.

Merlín. *Haciendo se sorprende al oir a Basilio.* ¿...?

Falso Basilio. Por menos durante diez y nueve años y un pico que ha de hacer uno más, quieras no quieras, fuí el saca dientes de cuanta ánima en pena fué a rondar por los infiernos, porque el brutal Minos obligábame, con algún perdido mojicón en mi cara de torta, a dejar sin un diente a todas las beatas, cotillas y otros arrapiezos de semejante índole, es decir, descreídas y embuste-

---

(1) Cuarenta céntimos de peseta venía a ofrecer Merlín, dado a que el óbolo era una moneda ateniense del valor aproximado de ocho céntimos.

ras como ellas solas. Quería él utilizar el marfil de esos huesos, que el vicio y tiempo habían carcomido y que no podían dar marfil así me aspasen, en la confección de un bonito collar de abalorios para hacer un donativo a una tísica y mala hembra, muerta desde tiempo inmemorial, con cuya ánima empecatada quería entrar en fornicación.

Merlín. ¿Qué me importa todo eso?

Falso Basilio. Y yo vivía sacrificado, entretanto, amasando tan pestífera pasta, deseando me llegara el turno de morir, que nunca se presentó; ya agotada mi paciencia tuve el bonito pensamiento de huir, y arrastrado por las corrientes del Océano en frágil velero, a merced de las auras del poderoso Céfiro, fuí rodando de puerto en puerto hasta que el azar aquí me condujo. Ahora, vuesa señoría puede dar las gracias y las monedas. En un decir amén quedará sin la raíz que tanto le importuna.

Merlín. Aunque no hubieras dicho tu profesión, por charlatán te creyera sacamuelas. ¿Quién eres y qué pretendes haciéndome ver fuiste odontólogo en el mismísimo Infierno, lugar de refugio de cuerpos en pecado y sin alma? ¿Acaso puedo creer que tú gozando de las dos cosas allí te encontraras? Explícame ese extremo claramente y tiembla si durante el curso de tus palabras

a esa poco elocuente señora la Mentira veo viene cojeando.

Falso Basilio. Señor, infundís miedo. Mis labios se despegaron para decir verdad. Mi nombre es Basilio y voy a hacer historia. En un lugar cuyo nombre huelga, y en unión de mi hermano Auro, me dedicaba al honroso y productivo cargo, más productivo que honroso, de ir rematando animales enfermos que la vecindad traía para poner en vías de cura. Sacábamos el dinero por tres partes: la de nuestros honorarios; por la piel del difunto, que vendíamos una vez desollado, y por los dientes del animal, que empleábamos para botones y otros objetos de menor cuantía. Así, en lugar de purgas, dando pestíferos venenos al animal y excusas al perjudicado en sus intereses, de quien aguantábamos impertinencias y a veces improperios con la serenidad propia de delincuentes, vivíamos felices, saneando más y más nuestra hacienda; pero hete ahí que un día nos trajeron una mala burra de leche altos señores, que del Olimpo venían para no serlo, y diciendo se trataba del magnífico Pegaso (1) que el mismo Apolo monta,

(1) Aunque en este pasaje Minerva habla tan mal de Pegaso, y de quien seguramente hace alusión, el autor no olvida fué dicha deidad quien domó a tan salvaje y gallardo potro, sobre el cual montar quieren hoy muchos poetas.

nos obligaron, llamándonos incomparables veterinarios y otras lindezas, a ponerle en vías de cura de un cólico nefrítico habido por un atracón de versos ripiosos que le ofrecieron unos cuantos ramplones poetastros en memorable tarde cuando las Musas se encontraban durmiendo para tan privilegiadas cabezas de chorlito. Porfiaba yo que la pieza del tal Pegaso tenía más de burra que de potro, y mi hermano, que ceceaba, decía que más que *Pegazo* aquello le parecía pega.

Merlín. Abrevia.

Falso Basilio. Así nació la porfía por unos y otros. Por sí o por no, la disputa degeneró en reyerta; si ellos tercos, nosotros obstinados, y tal barullo se armó, que el dios de la elocuencia, surgiendo, dijo. *Minerva finge decir algo al oído del mago.*

Merlín. *Incrédulo.* ¿Dices fué el dios de la elocuencia quien así habló?

Falso Basilio. Y lo sostengo.

Merlín. En menos tiempo no pudo decir más disparates.

Falso Basilio. Los dijo tales, señor, que al oirlos todos enmudecieron. No quise hacer lo mismo. Contestéle quién era para imponer el silencio de esa forma soez y sostuve hablaría y disputaría, si ello le era molesto, hasta el día del juicio en aquel lugar que era mi casa.

No lo hubiera dicho; el dios creció en cólera, menudearon los disparates que en su elocuente lengua tiene siempre tan a punto, y mientras los otros, sin andarse en contemplaciones, pero mohinos, se llevaron a la maltrecha burra, o al potro, u lo que fuese, Mercurio me agarró de las barbas, diciendo así castigaba a los inobedientes, y arrastrándome, lanzóse, fuera de casa, campo traviesa, con rapidez increíble.

Merlín. Como lo que cuentas.

Falso Basilio. Era el aire tan rápido al cruzar por mi cara que, a duras penas, podía respirar. Pedíle perdón más de una vez, y así se lo hubiera pedido ciento, y creo no me perdonara, por lo que empecé a vociferar, pidiendo auxilio, y al contemplar sobre la llanura a un cuitado penitente que a mí se me antojó supremo magistrado, grité hasta enronquecer: ¡Señor juez, que me tiran de los pelos, haga justicia, y el energúmeno dios elocuentísimo también gritaba: Que se *prisiente* y verá el fantoche que por el mundo anda dictando sentencia y aplicando leyes. Claro, no se presentó, ni por guasa, y nosotros continuamos la carrera durante una y otra tarde, una y otra noche, hasta la mañana siguiente, que, llegando a la misma boca del Infierno, tuvo la ocurrencia de ponerme a disposición del fiero Minos, quien no pudo

juzgarme por tener que hacerlo antes aun tal Merlinillo, acaso le conozcáis, que había robado, mañana hará veinte años, no sé qué aparato a la más vieja parca del trío.

Merlín. ¿Serían unas tijeras?

Falso Basilio. ¿Cómo lo sabéis? Sí, unas tijeras, y tenían la rara virtud de comunicar la muerte a los mortales. Le supliqué, entonces, me dejara huir de tan espantoso lugar, siquiera hasta que me llegara el turno de ir, como los muertos, con el alma separada del cuerpo; pero, enterado de mi profesión por el mundo, y con carácter de interino, para hacerme después de plantilla y sin jubilación tan pronto se las reconquistaran al viejo zorro, me dió el honorífico título de quitadientes de ánimas empecatadas y en pena, como os referí, y si ahora necesitáis de mis servicios, tened por entendido no os las habéis con un vulgar sacamuelas. Todo un profesional me hicieron las vicisitudes.

Merlín. Mira, Basilio, es cosa corriente que, en el mundo, unos con otros quieran jugar al trágala trágala; media humanidad se la ve desvivirse estudiando procedimientos de engañar a la otra media, y gran es tu empeño en venirme a demostrar eres artista, sacando dientes, para que un espíritu anodino, en tu intención, no adivinara los sedimentos que enturbian esa tu conciencia. Fuera quien

fueres, vinieras disfrazado y a ciencia cierta viera en ti enemigo implacable, solicitaría de tu concurso en tan apremiante ocasión, porque si el perjuicio, que traerme puedes con tu falsa amistad, sirve para evitar un mayor mal, prefiero ese perjuicio.

Falso Basilio. ¿Cómo, señor?

Merlín. No hay, para mí, martirio comparable a este dolor de muelas; por verme libre de la maldita raíz, a una carta me jugara la vida. Entiéndelo, compenetrado de tus pensamientos sé vienes por las tijeras de Atropos queriéndote valer de una distracción mía para ello; pero mientras mi voluntad se halle en potencia, ni tuyas ni de otro dios.

Falso Basilio. No sé de qué tijeras hacéis alusión.

Merlín. Bien, no discutamos. Largo tiempo perdimos. Con ardiente deseo, puestos los ojos en esas tenazas, que han de servirte para arrancarme la raíz, ambos creemos caminar hacia la victoria; pero los consumados hechos sólo, mientras por las lindes nos dirigimos expuestos a una gran derrota, vendrán a dar razón del triunfo al más fuerte. ¡Minerva sabia! A tan arriesgada operación te muestras solícita; por ella recibe gracias efusivamente, con profunda sinceridad lo digo, porque tus energías consagras a hacer desaparezca mi dolor.

Falso Basilio. Muéstrame qué raíz te duele y quedarás servido.

Merlín. De las dos únicas, la del juicio es, y mira no equivocarte ni causarme mucha tortura, que en mi nervosidad pudiera pincharte los ojos, sin querer, con estas tijeras muy mías.

Falso Basilio. ¡Muy tuyas, muy tuyas!... Es mi mano cual pluma ligera, abre la boca y tu sufrimiento durará un segundo.

Dice, y una vez sujetada por las tenazas la raíz, da un vigoroso tirón. El viejo rompe en alaridos por el dolor e inconscientemente suelta las tijeras, que vienen al suelo al llevarse las manos hacia la mandíbula maltratada. Con rapidez de ardilla, Minerva, inclinándose, las recoge. En este momento empieza a alborear. Merlín, cuando quiere darse cuenta de su verdadera situación ya es tarde para poner remedio y las tijeras de manos de Minerva van a las del Mensajero, que hace su aparición en escena. Hermes, elevándose por la atmósfera, vuela hacia el trono del padre Dios, que allá, sentado en lo alto del Cielo, se nos muestra. *Rabioso por el dolor.*

Merlín. ¡Es un golpe que pudo costarme una mandíbula! *Con alegría indescriptible.*

Falso Basilio. ¡Mías al fin!; perdiste en la jugada, pobre viejo, la justicia de mi padre pronto caerá sobre ti.

Merlín. ¿Vuestras al cabo?... ¡Pero si se las lleva! *Inútilmente quiere detener à Minerva.* ¡Escucha!, ¡atiende!, ¡no me vencisteis!; ¡fué el dolor intenso, que se sobrepuso a mi astu-

cia derrotándola por un instante!; ¡perdidas, sí, con la voluntad y entereza por el rudo tirón tan sabiamente dado! ¡No perezosa estuviste en aprovechar ese tiempo en que inconsciente permanecí! ¿Cómo de otra forma hubieras podido hacerte con el arma tan ardientemente deseada? ¡Orgullosa debes estar de tu rastrero procedimiento! ¡Como paladín, vete, pues, a comunicar de confín a confín ese tu resonante triunfo! ¡A vuestra merced está el viejo milenario, a quien no le arredraron las enconadas luchas ni temblar hiciéronle vuestros severos gestos, para que ahora fuera a sobrecogerse de espanto cuando la hora del fallo! ¡No con la lealtad, arma característica de que alardeáis y de los fuertes, vinisteis en lucha cruda contra mí, sino con la de los procedimientos que esparció mi malicia por todas partes; me congratulo salierais discípulos aventajados! Y no lo dudo, ¡oh feroces!, podréis, con alegría y ensañamiento, inflingir a mi flaco cuerpo el martirio conveniente; ¿pero pienso claudicar ya? ¡No! ¡no! He de batirme hasta el último instante! ¿Batirme? ¿Y qué ideal persigo con ello? ¿A qué luchar más si la desgracia llamó a mi puerta? ¡Oh angustia de vivir para este solitario! Una honda tristeza, ahora que la Naturaleza despierta y ríe, me acomete y pienso con envidia

en la serenidad de los muertos, descansando bajo el amparo de la eterna Noche que se extendió para siempre por sus velados ojos en algún desierto lugar. ¡Hijo mío! ¡Hijo perdido para siempre! ¡Plugiera a los dioses en su sentencia apagar el soplo de mi vida para que nuestras almas, gemelas en el volar, fueran a reunirse hacia el paraje de paz en donde la fatalidad llevó la tuya! Oid mi plegaria final. ¡Sed misericordiosos, ahora que los seres empiezan a sonreir con la venida de la Aurora, llevándoos mis infinitas tristezas con la vida! ¡Mirad que a nadie dejo en el lugar de tránsito que tenga para el viejo una mirada piadosa! Bendecida sea la hora de mi muerte. ¡Muerte, ven ya; Merlín te espera con ansia!

Al bajarse el telón la música cambia de metro para entrar en el motivo de la alborada, donde figurarán los pájaros con sus cantos y los insectos con el roce de sus antenas saludan al nuevo día.



MERLÍN, NUEVO DIOS

ACTO III [1]

Decorado: El mismo que para el Nacimiento de Venus en el primer acto; por lo que nos encontramos de nuevo en la isla de Cíteres y a flor de agua, donde el soberano del Magreo y el príncipe del Flirteo, envueltos en túnicas, se encuentran tomando su baño vesperal, como de costumbre. Aquel obeso parece un tonel y no iría desacertado diciendo es más ancho que alto. Mofletudos y gordos he conocido, pero como el Soberano nunca los vi. Lleva la gramática parda dentro de la masa de la sangre, es bisoño y miope, tan mal orador como dado a las mujeres y aficionado al delicioso néctar de la vid; su distracción favorita lo indica muy bien su remoquete y a la que se dedica, lo menos, las

(1) Los poetas de la antigüedad guardáronse muy bien de hacer en sus escritos mención referente del Soberano y Príncipe, dos grotescos y típicos personajes, que por la isla de Cíteres vagaban en la época a que esta obra se refiere. Eran, sobre todo uno, de condición tan licenciosa y soez, que los líricos en su inspirada nomenclatura no encontraban apodo para bautizarles sin riesgo sufriera deterioro el lenguaje bello y clásico que por entonces cultivaban. Por otra parte, quedaría esta obra incompleta si atacado de los mismos temores y sin valerme de un lenguaje bastante vulgar, pero apropiado, no os los diera a conocer con los remoquetes de «El soberano del Magreo» y «El príncipe del Flirteo».

tres cuartas partes del día y casi toda la noche. El Príncipe es la estampa de la golosina o mejor un macarrón italiano de los más endebles, tal que un esqueleto recubierto de piel; lleva la gramática parda en la punta de la lengua, por lo que todos sus hechos se le van por la boca; la naturaleza le dió tan excelente vista que para sí la hubiera querido un lince. Moreno aquél y éste rubio y a fuerza de ser diferentes en todo, vieron que para la vida de relación el uno del otro se necesitaban tanto como las plantas del agua, y resultando que a los dos les gustaba un horror el trato con las mujeres, que huían del gordo por sus chabacanerías y patarra, y por sus inapetencias del flaco piropeador, vinieron ellos en hacer amistad estrecha, que les sirvió para tener de mujeres un montón y esto está claro como la luz, porque mientras el Príncipe flirteándolas el Soberano las magrea, con lo que todos satisfechos, y a las pobres les completan el gusto.

ESCENA PRIMERA

Soberano *y* **Príncipe**

Príncipe. ¿No te parece, caro amigo, que, por hoy, basta de baño? ¿Hasta cuándo piensas estemos dentro del agua?

Soberano. Dime, por tu vida: ¿Aquella sombra que mis torpes ojos no aciertan a distinguir pertenece acaso a alguna distraída beldad que la corriente empuja, para nuestra ventura, hacia esta orilla?

Príncipe. ¡Bendito sea el grande Júpiter! ¡Si no puedo dar crédito a lo que estoy viendo!

Soberano. Hay para pegarse de cachetes. ¡Quién no fuera miope! Dime si hermosa es la desconocida que se aproxima. Siento mi boca se deshace en agua.

Príncipe. Ha debido quedar rezagada en la diurna expedición que el dios Neptuno organiza, y ahora, perdida, mira a todas partes con inquietud.

Soberano. Acabarás por matarme de impaciencia.

Príncipe. Sus legítimos abuelos son el Océano y la Tierra; vete viendo la calidad del personaje.

Soberano. ¿Es que se trata de la encantadora hija de Doris y del fuerte Nereo?

Príncipe. Acertaste, ella es Tetis.

Soberano. Nunca mayor ventura pudo traernos la casualidad. ¡Ah, querido primo! Ya siento el pavo se me sube y pasea por el rostro; ardiendo estoy como una brasa. *Sacando los brazos del agua.* Y mira cuán chorreo por el sudor, soy todo un torrente. ¡Si hablar supiera como tú, qué de bellas cosas habría de contarle; apiádate de mí, ya que mi oratoria es torpe, y llámala a engaño con tus falsos arrullos; entretenla!

Príncipe. Para que, como siempre, saques partido de mi labia, ¿eh? ¿Y encuentras esto medio equitativo? No pienses voy a pasar hoy por plaza de tonto.

Soberano. ¡Ayúdame, como siempre, en esta clase de aventuras!

Príncipe. Repito me abstengo de mi secundario papel.

Soberano. ¿Y no te proporciona ello distracciones, como tú mismo has confesado?

Príncipe. Bien dices, pero sólo si de tus chinchorrerías hago vista gorda; mas si a esto me prestara en esta ocasión quedaría descalificado ante la deidad piropeada y, a su juicio, tú serías el vivo.

Soberano. ¡Caray! ¡Caray! ¿No he de aprovecharme de tus valiosos recursos de oratoria, ya que los dioses me negaron ese don con que las embriagas?

Príncipe. ¡Bien pudo el destino hacerte elocuente, soberano del Magreo!

Soberano. No insultes, y a ti bien pudo hacerte potente, príncipe del Flirteo, y no tendrías que avergonzarte ahora de tu papel.

Príncipe. Eso sí es verdad.

Soberano. ¿Y no has venido en reconocer que los dos nos completamos para hacer feliz a una mujer y que una ruptura en nuestra amistad nos pondría en trance de no poder gozar, cada cual a su manera, de las infinitas gracias que por aquí andan desperdigadas?

Príncipe. Sí.

Soberano. Y tanto como de ti por tus inapeten-

cias, huirian por mis chabacanos procedimientos e imperdonables faltas de oratoria.

Príncipe. Te doy la razón una vez más de las mil y una que en disputa abordamos este mismo asunto, y compenetrado de para lo que sólo sirvo, por todo transigiría. El magreo y el flirteo reunidos son las dos armas eficaces para batir con éxito a la más esquiva ingrata; pero hoy que en el Cielo va a sonar la hora de las reivindicaciones y la justicia del padre Stator, como plomo derretido y ardiente, ha de caer sobre la conciencia del pecador, quiero, si se digna dirigir su vista hacia mí, que lo he sido bastante, pero no tanto como tú, porque nunca, por mucho, fué tan gran pecado faltarlas de pensamiento como de obra, me encuentre en postura de humildad y con propósitos de enmienda.

Soberano. ¿Pero qué embrollo estás urdiendo?

Príncipe. Te lo diré clarito. No cuentes, pues, que a Tetis entretenga para que tú medites una barrabasada que teniendo eco en el altura, a través de las bóvedas celestes, vaya hasta los mismos oídos del justiciero dios.

Soberano. ¿Y ahora que me contemplas hecho una brasa pretendes desampararme, cuando se aproxima la celeste y marina criatura? ¡Mal aprecio hiciste de mi amistad! ¡Vete en mala hora con tus aprensiones, mira-

mientos y temores, dejándome al amparo de mis recursos torpes! ¡Quién lo creyera, de una amistad tan firme ver los cambios y matices que experimenta al correr del tiempo!

Príncipe. No hagas invocación de ese tradicional afecto que nos une para conseguir tu antojo ni creas que por echar mano de sensiblerías vas a apartarme de la verdadera línea de conducta que seguir debo hoy, y ya que tanto cacareas el que nuestra amistad, aunque a mí me pareció y me parece continúa en auge, viene por los suelos, he de darte prueba de mi cariño y desinterés una vez más, rogándote desistas de la grande aventura que piensas correr para bien de tu pellejo.

Soberano. ¡Retírate, no necesito de consejos, ayuda fué lo que te pedí.

Príncipe. Mal haces no observando mis advertencias, y si no fuera que lo estoy haciendo de cuerpo entero, te diría me lavaba las manos ahora.

Soberano. ¡Vaya su señoría... de paseo... por donde le dé la gana!

Príncipe. Detrás de estas rocas, pescando alguno que otro boquerón, me tendrás esperándote, hermano, y lluevan las venturas para ti; pero si el malhadado Destino te la reserva adversa, vocea y acudiré en tu auxilio.

Ocúltase el Príncipe cuando ya la deidad se va aproximando. El Soberano, emocionadísimo, dirige su torpe palabra a la desnuda y singular Tetis, a la cual persigue con obstinada impudicia.

Soberano. ¡Peregrina belleza, *do vas* tan sola por el líquido azul de la acuosa superficie, que esa caterva de *imbechiles*, llamados sabios, dieron en denominarle mar! ¿No ves, que apenas Vesper en el claro cielo se dibuje, se iniciará la Noche, y has de encontrarte solita, en el agua, a merced de los férreos, *por no decir acerados*, dientes de algún glotón caimán? ¿Venías con afán de buscar pareja? Deja *¡bonita tú, sí, sí!* la descabellada empresa de nadar de aquí para acullá, sin rumbo fijo. ¡No huyas, no! Vente conmigo, y a fe de hombre gordo. ¡Ay que éxtasis! ¡Monina! ¡Hembra gentil! ¡Te lo prometo! ¡Como las *crabas* hacen la felicidad de sus machos, has de hacer tú la mía, en los apriscos, muy rocosos, *a donde* te llevará esta malicia, que ha de procurarte nuevas y desconocidas sensaciones! *¡Vene! ¡Vene!* Y si hoy gustas de la mar, te enseñaré la mar... de cositas *güenas*, que el hado casualidad, sin duda, hoy guardaba para ti!

Uniendo la acción a la palabra, abalánzase sobre la diosa Tetis, la cual viendo la ardiente actitud del Soberano ardiente, que hacia ella tiende los brazos para estrujarla, le dice enojadísima.

ESCENA II

Soberano *y* **Tetis**

Dicha. ¡Plebeyo! ¡Que hasta mi tiendes tus pecadoras manos!...

Soberano. Pescadoras querrás, tal vez, decir.

Tetis. ¡Reprime los ímpetus que experimenta tu cuerpo fogoso y déjame libre el camino!

Soberano. ¡Oh, señora! ¡No sabes de las artes que tiene el Soberano para complacerte, no le repudies! *Dicho esto consigue sujetar a Tetis por una muñeca.*

Tetis. ¡Suelta, por tu vida!

Soberano. ¡Al fin ¡placer inmedible! podré llamarte muy mía!

Tetis. ¡Oh, dioses! ¡Que de confín a confín vais pregonando vuestra justicia, hacedla, sin dilación, librándome del sátiro tonel!

Soberano. ¡Tus insultos, hembra gentil, avivan la llama de mi violenta pasión!

Tetis. ¡Vírgenes blancas! ¿Y consentiréis que la misma hija de Nereo, esclavizada y oprimida y de vergüenza llena ante la afrenta, llore, para siempre, su perdida castidad?

Rogándole. He de darte corales y perlas, tantas, que puedas arrastrar en un saco, y narcar todo el que empujen en el carro de Neptuno cincuenta tríglidos. ¡Suéltame, buen hombre, y verás que el caprichoso destino sopló favorable para ti, cuando te mires acaudalado!

Soberano. Archimillonario soy teniéndote ¡oh, vales más que todo el nácar, los corales y las perlas reunidos y que el mar guarda en su verde entraña! *Lleno de ansiedad pretende abrazarla.*

Tetis. ¡Auxilio! ¡Favor! ¡Haced justicia o la vergüenza me matará aquí mismo!

Mientras inútilmente Tetis forcejea y suplica, viene, nadando con rapidez, enorme perro marino, el cual, haciendo presa en la túnica del Soberano, tira hacia atrás fuertemente del sorprendido sátiro, quien asustadísimo suelta a la deidad, que al verse libre huye nadando y asimismo el perro, con un jirón de túnica en las fauces, precisamente el mismo que le hiciera falta al Soberano para cubrir sus enormes posaderas, que, sin lamentables consecuencias, se muestran ahora desnudas a la clara luz de la tarde.

Soberano. ¡Socorro! ¡Príncipe! ¡Ven hasta aquí! ¡Que me asesinan por la espalda o un poco más abajo; ellos son, sí, los implacables congregados contra mí! ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué horror! ¡Me desgarran y descuartizan y mil pinchos, por mi carne, siento clavan! ¡Ven amigo, que la sangre debo verter copiosa

por mis heridas! ¡Menudo el bocado fué! ¡Déjate de pescar boquerones ahora y dime si las abiertas llagas, que hicieron en mi carne, son mortales de necesidad!

Lívido, tiritando no sabemos si por el miedo o por el largo baño asoma por entre las rocas su delgada faz el Príncipe, quien al contemplar solo a su amigo se le acerca y agridulcemente le recrimina.

ESCENA III

Dicho *y* **Príncipe**

Príncipe. Desoiste mis advertencias, mío carísimo, y ahora te ves de tal conformidad.

Soberano. No me recrimines ahora que los hechos fueron consumados; haz reconocimiento de todo mi cuerpo y dime, por tu vida, si estoy en trance de morir.

Príncipe. No creo llegues a tan apurado estado.

Soberano. Dirige tu inspección, por el dorso, hacia esta parte, y dime si observas algo anómalo.

Príncipe. *Reconociéndole y haciéndose cruces.* ¡Sí!

Soberano. ¡Ay de mí! ¿Qué es ello?

Príncipe. Sin la más ligera lesión, la enorme popa que el azar te donó se te está viendo,

y debes ocultarla sentándote en el agua, hasta que la noche arribe, porque estás bastante indecoroso.

Soberano. ¡Ah, sí?!...

Príncipe. Y en este estado pudiera despertarse con la ajena risa la vergüenza propia.

Soberano. Bien sabes no la conozco; pero me complazco obedeciéndote, por no servir de comidilla a los chirigoteros, que son gentuza de mal gusto, y si no más el ropaje fué el perjudicado, ahora empiezo a explicarme que mis dolores fueran muy llevaderos.

Príncipe. Como que las mortales heridas que padeciste, hicieron sólo cuerpo en tu aprensiva imaginación.

Soberano. Y en la túnica.

Príncipe. Eso es.

Soberano. ¿Y cómo, sano y salvo, pude dejar prenda tan necesaria para mis ratos de ocio? ¡Oh, necio! ¡El susto mío y no las heridas fué la causa de tu huída ¡desaprensiva divinidad! que por la mar y para acrecentar mis deseos mueves tus espléndidos remos; mira tu pericia en el manejo del timón, no fuera, para mi dulce dicha, a estrellarse hacia esta boya de carne ardiente la frágil proa de tu deseado barco!

Príncipe. *Sobresaltándose.* Detén la lengua, y mirando tu vientre hacia el cielo, para que el cielo de tus desnudeces no se ofenda, de

prisa boga con los tuyos, y los dioses propicios sean a poner en salvo tu gabarra enorme.

Soberano. ¿Hay peligro nuevo en perspectiva?

Príncipe. Sígueme, que a todo vapor mi esquife muevo, por ver si gano esas rocas donde podremos ocultarnos. Nuestro enemigo tradicional, el de las orejas de vespertilio, ese Merlín que los tiempos confundan, con pasos vacilantes su vieja osambre arrastra, y consigo su astucia en contra nuestra. *Vásen.*

ESCENA IV

Merlín

Apercibido de que se ocultan el Príncipe y Soberano. Y vosotros también, idos en buena hora. Se esfuerzan todos por huir, sin comprender el imperio de mi mando en cada existencia. A todas luces, los Crueles trataron de minar mi poderío, y hoy que gozosos se prestan para mi exterminio, dilatándolos, una risa singular se enseñorea por estos labios desfallecidos. Durante los albores de tan largo reinar, vertiendo, pródigo, el semillero de mi vocación, desconocida para todos hasta entonces, profundas raíces por la Tierra se bifurcaron al amparo de la

Noche y fué tan fecunda la cosecha, que hoy no existe ser vivo que en su interior no sienta, más o menos, agudizado el arte, que a todos inculque, para engañar al prójimo. Fuera muy otro el estado de tranquilidad que se refleja hoy en mí, hace tantos años, cuando mortales y dioses ajenos de malicia diigían sus pasos sólo por la clara y ancha zona de luz que Júpiter excelso vertía con el Día; cuando en pugna la Razón y Rectitud apretado bloque formaban para batirme como visionario al predicar el triunfo de la Malicia. ¡Y qué triunfo el de la Virtud, y cuánta mi derrota si en la Virtud no hubieran los Vicios arraigado! ¡Entendimientos sanos! Los más reiais, los menos mostrabais vuestra indiferencia ante mi personalidad, creyéndome todos perturbado; pero a medida que en todo sentimiento fuí inculcando los matices de la Sinrazón, el Ardid, la Maña y Sagacidad, y visteis cuán bellos recursos eran los míos para engrandecer, a expensas de los de allegados y parientes, vuestros dominios, se fué agigantando mi personalidad, y los incrédulos, al verse burlados, volvíanse recelosos.

Hoy, con la Humanidad, los Inmortales son llenos de vicios, y éstos, sin comprender cuán sólidas las cadenas de mis artefugios, llenos de un místico miedo tratan

al creador de la Astucia reducir a cenizas y su imperio a polvo. Mi muerte galopando se aproxima, pero ¡ya es tardío vuestro proceder! Mi personalidad haciendo ciclo se muestra eterna por los ámbitos; a través de las generaciones tendré una existencia tan longeva como el mismo Tiempo, y llenos del natural asombro veréis, marcadas en el reloj de Cronos, hermano mío en lo inmortal, las maliciosas artes de la indestructible raigambre de la especie lanzada. Bebistes de la ponzoña que por mis filtros envenenados se destilaba, y como de raíces abuelas y troncos padres, hijas ramas surgen, y se derivan botones y hojas, nietos y biznietas; todos los árboles genealógicos, sin excepción, que pueblan el inmenso mundo, desde la medula a la superficie, de raíz a copa se hallarán podridos. Id temiendo por el estado de sus flores y frutos.

Júpiter, con sus rayos, quizá la atmósfera purifique; pero nunca la triste condición de la especie hombre; cada uno en sí llevará un Merlín. ¡Discípulos preclaros! Achacoso y cansado ya, en vosotros pongo mis ojos lleno de esperanzas. Fuí vuestro preceptor, y a través de mi horrible pena, una inmensa alegría experimento por veros tan buenos discípulos, ante el mal que supisteis hacerme cuando, como perros rabiosos, las reve-

ladas artes en contra mía volvisteis para arrebatarme a Venus idolatrada; para que con sangre de mi propio hijo se mancharan mis manos.

Y lo mismo hoy, en medio de mis desdichas recursos para traeros en jaque como cuando hace veinte años la misma Atropos quiso cortar el hilo de mi vida; pero ¿por qué ideal va a luchar este viejo solitario, si indestructiblemente contempla cimentado su imperio que recibiréis por herencia?... Sea ese el castigo postrero que mi lengua dicta para los que supieron destruir mi inestimable hogar, porque libre de afecciones ya en la vida, una vez entre en el mundo de los espíritus, soportaréis la carga que con paciencia y vocación infinitas sabía sobrellevar al ver se multiplicaba la malicia por el mundo.

Y nuevamente seréis llamados a engaño. Creéis, con fe, reinará de nuevo la concordia y desinterés tan luego muera el propagador de tanta calamidad; mas el mismo Tiempo que se desliza eternamente, atónito, a través del espacio, verá el inextinguible fruto de mi ciencia, aunque trajinare rudamente con la siega, se esparce y prende como fecunda hidra ante el impotente filo del cuchillo del podador.

Y aclamaréis mi soberanía de ámbito en ámbito y maldiciendo, los perjudicados han

de gritarme: ¡Astuto Merlín! Tu espíritu sigue flotando dentro de la atmósfera, por las dilatadas riberas, en la profundidad de los mares, y ¡oh sorpresa! A medida que las venideras razas perfeccionen su educación, su poderío agranden, intensifiquen su vida comercial, sujetas por una pérfida intención, más y más agudizarán los procedimientos de astucia para destrozarse, y a través de una etapa, avivando el ingenio, nuestros hermanos que han de venir, aprestaranse tras de una guerra a otra más cruda y sanguinaria y los días de aparente quietud, de hermosa tranquilidad en el mundo, nuncios serán de terribles tempestades.

Habla Merlín fría y pausadamente; por sus ojos, sin expresión, rueda una amarga lágrima, dijérase que, en las postrimerías, el corazón del viejo sufre inenarrables martirios en lucha con sus remordimientos; pero su cerebro fuerte, su orgullo desmedido, ahora que va a sonar la hora fatal, le obligan a morir sin la reconciliación y sin solicitar el perdón, de los todopoderosos, por sus graves pecados. El Sol se muestra bastante oblicuo cuando en el Cielo, alrededor de Júpiter, se dibujan las siluetas de los graves dioses. Paulatinamente, y con las tijeras, hacia la Isla llegan las tres Parcas, quienes por artes de los altos mandos recobran el uso de la palabra; se acondicionan sobre las rocas, siéntanse Lequesis y Cloto, aquélla con el huso, ésta desenredando el hilo de la hilaza que Atropos, que se encuentra de pie, sabrá cortar una vez Némesis, por mandato del Tiempo, se lo ordenare.

El motivo de la muerte flota por los espacios; los pájaros cesan en sus trinos. Dijérase que la Naturaleza, en general, quiere languidecer. Cruza la visión de la muerte por las dilatadas órbitas del viejo, y, en la lejanía, el trueno rueda sordamente. Ammón, por gracia especial, envía el Mensajero a Merlín, para que antes de morir éste vuele Hermes hacia el altura llevándole noticias de su arrepentimiento.

ESCENA V

Dicho *y* Mensajero

Merlín. *Viendo ante sí a Mercurio.* ¡Visión o realidad! ¿Qué quieres, que ante mí te muestras?

Mensajero. Nuevas llevar de tu arrepentimiento al Cielo para que los enojados dioses desarruguen el ceño de sus hoscas pupilas por tus fechorías en el mundo. *Merlín mueve negativamente la cabeza.* ¿Por qué te obstinas callando y mueves tu cabeza negativamente, cuando tus ojos miro llenos de lágrimas en la hora de tu próxima derrota?

Merlín. ¡Lloro porque no puedo arrepentirme y quisiera! Por el Mundo bien dirigí mi Imperio, para que hoy sintiera remordimiento de no haber cumplido con mi deber. ¡Hoy, mañana y siempre la soberanía de la Astu-

cia seguirá reinando en contra de vuestras aspiraciones! Haced saber al padre de la Luz que nunca los héroes fueron derrotados; pudieron morir luchando tras un ideal, aunque no lo consiguieran sus caudillos; pero yo, que voy a dejar la vida cuando con exceso conseguí consolidar mis vastos planes, no encuentro, aun cuando trato de rebuscar, motivos de arrepentimiento! Id, pues, hijo, presto a comunicar con mi triunfo su derrota y las vuestras; decidle mi espíritu será tan inmortal como su espíritu.

Mensajero. ¿Y esa es tu última voluntad?

Merlín. Esa es mi única y postrera voluntad.

Mensajero. Por tu orgullo desmedido, visionario Merlín, teme el castigo. *Dice y vuela hacia el altura.*

Merlín. Por mis enseñanzas dejasteis de ser rectos y justos. Yo, a pesar de vuestros sanos principios, no me aparté de la torcida senda que la fatalidad me señaló como a sus señorías del buen camino. ¿Hablabas de castigo? ¡El castigo para vosotros los contagiados, que elaboré vuestras derrotas en las metamorfosis que experimentasteis y de las cuales jamás saldréis, y no para mí, que vuelvo siendo como era a la dura y madre Tierra, de donde salí.

Pero, ¡oh tortura inmedible!, ¡qué angustioso momento! ¡El aire apenas puedo res-

pirar! *Un disco de fuego parece el enrojecido Sol. Las cinco, pausadas y graves, suenan en la armilar esfera y por la cadavérica faz de Merlín mana copioso el sudor; los dedos huesudos de sus manos esqueléticas, en afanoso reconocimiento, oprimen su deprimido pecho; por sus pulmones debe cruzar poco aire, a juzgar por el estado congestivo de su cara.* Sí, claramente percibo suena una hora, la de mi descanso eternal; pero también la de vuestra derrota infinita. *Al finalizar la última campanada se escucha la voz de la sentencia.*

ESCENA VI

Dicho, Una voz, Atropos, Lequesis *y* **Cloto**

Una voz. Las cinco; Atropos, cumple con tu deber.

Atropos. *A su hermana.* Cloto, pon el hilo tirante, que voy a cortar.

Cloto. *Sosteniendo tirante con las dos manos una porción de hilo.* ¿Por aquí, hermana?

Atropos corta el hilo de la vida con las tijeras, que suenan produciendo un chirrido acerado y lúgubre. Instantáneamente Merlín, sin vida, rueda por las rocas al fondo del mar.

Las Parcas, de la Isla, y las Divinidades, del Cielo, desaparecen. Minutos más tarde, Carón en su barco llegará, y valiéndose de un largo bichero sacará el cadáver de Merlín; en su Ponto lo acondiciona e impertérrito y majestuoso mueve los remos, alejándose con dirección al Averno.

De los ojos de Febo un rayo de luz iluminará la cara del espectro.

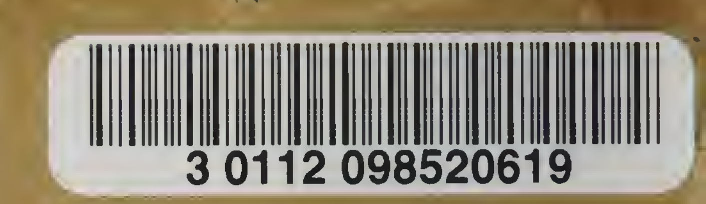
FIN

AUTO DE FE

A las cinco idas de aquella memorable tarde y en el libro *Reginan Natura de la Dióspolis magna*, al folio trece mil ciento quince, Júpiter, con invencible disgusto, y a fin de que no se entienda, con bastante mala letra, anotó: "*Deo Merlín, imperator, soberano de la Astucia.*" Con matrícula (y aquí no quisiera equivocarme) mil un millón mil uno de los dioses paganos. Ignora el autor si se le dió bebida en el cuerno de Amaltea.

EX LIBRIS





OBRAS DEL AUTOR

PREPARADAS

ABRACADABRA, cuentos.
PHAROS, poesías.
DE HONOR A HONOR, teatro.
LA CANCIÓN DEL JUGLAR, ídem.
S. M. EL GABILÁN, ídem.
LELA MARIEN, novela.

EN PREPARACIÓN

EL REY MATÍAS, comedia pastoril.

EN COLABORACIÓN

LA MAJA DEL BARRIO, zarzuela en un acto y tres cuadros, con D. Manuel Espinosa.

Los pedidos al autor, Galileo, 11.-Madrid